ARKÁN-53
CIENCIA FICCION EN BITS

Axxón 53, febrero de 1994

- **Novedades:** Novedades, Axxón
- **Editorial:** Editorial 53, Eduardo J. Carletti
- **Seccion:** El portal fantástico, Carlos E. Ferro
- **Ficciones:** El bosque, Carlos Ferro y Diego Molina
- **Ficciones:** Las vírgenes y los mejores premios, Silvia Inés Segat
- **Seccion:** Crónicas desde la Garrafa Virtual (IV), Alejandro Alonso/Andrés Urtubey
- **Correo:** Correo 53, febrero de 1994
- **Ficciones:** Bill Percebe, el espacial, Lucius Shepard
- **Anticipos:** Anticipos, Axxón
- **Equipo:** Equipo Axxón, Axxón

Acerca de esta versión

Novedades

Axxón

Y por fin se larga la novedad más nueva de este mes, que venía asomando la cabecita hace rato: en este número presentamos la sección dedicada a la Fantasía y Literatura Fantástica, a cargo de Carlos E. Ferro, que la ha bautizado, con todo el cariño de un papá nuevecito, El *PORTAL FANTASTICO*.

Editorial - Axxón 53

Voy a empezar con una puntualización que creo muy importante: No sé si lo habrán notado, pero ESCASEA en Axxón el material de origen hispanoparlante. Esto ha de tener diversas razones de ser, que —según yo las entiendo— trataré de analizar.

1. Se escribe poco en español —o *muy* poco, quizá — con el nivel necesario, y nosotros hemos ido elevando, con el tiempo, el umbral de calidad para la aceptación del material.
2. En el caso del material de extranjeros ocurre que en un principio, al tomar conocimiento de la existencia de Axxón, nos inundaron con *la obra de toda su vida*, cosa posible, obviamente, a causa de que antes no se conocían sus obras en Argentina, y por eso, gracias a la abundancia, pudimos elegir muy bien, pero luego, lamentablemente, la mayoría siguieron enviando muy pocas cosas nuevas.

Y una conclusión final y evidente:

3. En los países de habla hispana, principalmente en Latinoamérica, no hay estímulos para la creación.

En el continuo esfuerzo por mejorar nuestra calidad, y ante la necesidad insoslayable de persistir en nuestra idea de publicar MAYORMENTE material de origen hispanoamericano, hemos decidido crear un estímulo. Para esto, y con gran sacrificio de nuestra parte, instituimos a partir de este número de la revista el Premio Axxón a la narrativa, que será entregado todos los años en nuestra fiesta de cumpleaños (es decir, y para que les quede claro a aquellos que recién nos conozcan y no estén enterados de nuestras costumbres cumpleañeras, el 21 de setiembre de cada año). El mecanismo será así: elegiremos, de los trabajos recibidos a partir de hoy mismo, los de mayor nivel, que serán publicados en nuestra revista y/o en

nuestros libros, y otorgaremos, por jurado, una mención mensual al mejor/mejores de cada número. El jurado que hará este trabajo será elegido cada mes entre aquellos lectores que se acerquen para ofrecerse (y nos demuestren que podemos confiarles el trabajo a ellos), entre los miembros del CACyF, y/o entre los integrantes de la misma revista; el único requisito será que no haya obras de miembros del jurado en el material a considerar. Estas obras nominadas entrarán en concurso para el Premio Axxón (anual), que consistirá en una suma de $1.000 (o U$S 1000, para mejor comprensión del monto por los extranjeros), un Axón Electrónico Primordial y los correspondientes honores. La lista de los trabajos concursantes de cada año cerrará en el ejemplar de agosto de cada año y aparecerá, completa (y para una mejor guía de los votantes), en ese mismo ejemplar[*]. Los lectores podrán votar, por carta o personalmente, hasta el mismo día de la fiesta (y durante la misma, claro). Hacia el final de la fiesta se abrirá la urna de votos y se realizará el conteo de los mismos. Dado que los trabajos participantes serán unos cuantos (esperamos esto, sinceramente), y para evitar las injusticias que se pueden producir por la dispersión de votos (como por ejemplo, que gane un trabajo que tenga sólo dos o tres votos), la obra ganadora deberá tener, para serlo, más de un tercio del total de los votos, caso contrario el premio se considerará DESIERTO y en ese caso se agregará la suma del premio al del año siguiente. Los votos deberán ir acompañados por el nombre y apellido, dirección y número de documento del votante, y no serán válidos los votos por obras propias. En este caso (y a diferencia de nuestro habitual premio de reconocimiento llamado “Axón Primordial Electrónico”), dado que la decisión final corre por parte de un jurado imparcial, en primera instancia, y por los lectores, en la decisión final, no quedarán fuera de concurso los colaboradores y miembros de la revista.

Espero sinceramente que este esfuerzo de Axxón cause en ustedes un fuerte deseo de trabajar en sus ideas, en sus borradores, en sus obras ya escritas, para, con el necesario esfuerzo y la debida dedicación, llevarlas a un nivel de excelencia que les permita competir y ganar este interesante premio, y que, como consecuencia de todo lo dicho, nos encontremos dentro de un tiempo con el mercado que deseamos para la CF nacional y de origen hispanoparlante.

---

[*] Procuraremos, dada la corta distancia en el tiempo entre la aparición del ejemplar de agosto y la decisión final, que en este ejemplar no aparezcan ni demasiadas obras a considerar ni obras muy extensas, para así facilitar la posibilidad de su lectura e incorporación en el voto.

El portal fantástico

Carlos E. Ferro

Buenos días, amigos lectores. O buenas tardes, o noches, o madrugadas. Esta es la voz de su amigo Carlos E. Ferro. Como estaba anunciado en el número de diciembre del año anterior, me hago cargo de una sección de Fantasía en esta hermosa y extraña revista.

Por la gran benevolencia de nuestro editor, el aprecio que siente por mí y sus ganas crecientes de delegar trabajo, y mis méritos y colaboraciones (esporádicas, hay que admitirlo) a Axxón, finalmente decidió encargarme esta columna, sección, conjunto de bits o lo que sea. Me parece bien, porque me encanta la fantasía. Me parece fantástico.

Así, esta sección se abre con muchas ganas. La idea de Eduardo era llamarla *La ventana Fantástica*, en un paralelo con la *Ventana Cyberpunk* de reciente aparición. Pero yo, como programador, detesto el entorno de Windows [ventanas], así que preferí cambiarle el nombre. Por otra parte, una ventana no suena tan fantástico como un portal… Inmediatamente recuerdo (y pude comprobar hablando con Juan Kovac que no soy el único) el Portal de Ivrel, de C. J. Cherryh, novela fantástica si las hay, y muchos otros portales famosos. Portales que se abren sobre otros universos, realidades, dimensiones o fuere cual sea la palabra elegida por el autor de turno, pero siempre estamos hablando de lo mismo: el Otro Mundo, lo Ajeno, lo Fantástico, lo Irreal. A eso quiero apuntar.

Hablando con otro de mis amigos, me dijo: ¿Fantasía? Pero, ¿qué es fantasía? ¿El Señor de los Anillos, las espadas, los brujos, He-Man y todo eso?

Sí, le dije. Eso es una parte de la Fantasía. La *sword & sorcery* [espada y hechicería, rama de la fantasía inaugurada por Conan, de Robert E. Howard… ya hablaremos de eso] y los cuentos de hadas, adaptados o no a nuestros tiempos, son una parte de la fantasía (que me encanta). Pero hay más: Borges y Bioy Casares, por ejemplo, tienen una línea completamente distinta que también es fantasía. Y García Márquez, y Cortázar… La

Fantasía es terriblemente amplia. Y como no tengo la formación literaria necesaria [¡piedad! soy sólo un lector], ni las ganas de hacerlo, prefiero no pensar dónde estarán sus límites. Prefiero no discutir qué es y qué no es… Prefiero leerla. Y disfrutar de eso que me provoca: el contacto con lo fantástico, la sacudida, la sorpresa, el estremecimiento, el choque, la maravilla. Y supongo que ustedes también quieren eso, así que voy a dejar de perder el tiempo y voy a presentar los textos.

El primero, *El Bosque*, lo elegí por varias razones:

1. es fantástico, sin duda.
2. me gusta.
3. es mío, en parte.
4. hay que cumplir una deuda con los lectores y aclarar una situación incómoda.

Sobre el punto 4, los memoriosos y observadores recordarán (y los que no, pueden revisar su bitlioteca) que desde el número 42 apareció en el anuncio de lo que viene en próximos números la dupla Carlos Ferro/Diego Molina. Apareció allí, pero nunca apareció el cuento prometido. Esto se repitió varios meses. Estábamos pensando, con Diego, llevarle una torta a Eduardo con una velita cuando se cumpliera el año. Pero bueno, acá está el cuento.

Ahora, voy a aclarar cuál fue exactamente la participación de Diego Molina (prestigioso socio del CACYF) en este cuento: nos juntamos una tarde, con el propósito de escribir algo. Fue la primera (y hasta ahora última) vez que lo hicimos. Después de un rato largo de otras actividades (como jugar con la computadora, por ejemplo, que para eso fueron creadas) empezamos a ver sobre qué escribíamos. Fue un diálogo más o menos así:

Ferro: Bueno, ¿qué querés escribir?

Molina: Y… qué sé yo. Algo de fantasía.

—Perfecto. ¿Qué ponemos? ¿Unicornios, espadas y todo eso?

—Sí, sí, pero… hagamos algo distinto.

—¿Distinto? ¿Y qué ponemos? [sentándome en la computadora]

—Podría ser… imaginate un unicornio estacionado en doble fila, por ejemplo.

—Y que le ponen el cepo.

—Sí, podría ser. Bah, un cepo no, una manea.

—OK. ¿Título?

—…tiene que haber un bosque…

—Se llama “El bosque”, entonces. ¡Qué original! [abriendo el documento correspondiente]

—¿Y cómo empezamos?

—Un bosque tiene que empezar con un árbol.

Bueno, ahí surgió el título, la idea y las primeras frases del cuento. Todo eso vino de Diego. Después, yo empecé a escribir y seguí hasta terminar el cuento. Tengo que aclarar que a lo largo del mismo, la colaboración de Diego siguió: iba leyendo por sobre mi hombro, y cada vez que me trababa con algo o me detenía, tiraba una idea para seguir. Así salieron los leñadores, el lago, los problemas con el nombre del Bosque… Él fue tirando casi todas las ideas del cuento, y yo iba escribiendo libremente sobre ellas. Y esa fue la parte de cada uno. Él pretende que el cuento es sólo mío, porque yo lo escribí. Yo sostengo que eso no es muy relevante, y que nunca lo hubiera escrito si él no hubiera dado las ideas. Creo que podemos abrir una polémica. Pero el cuento en sí, apunta a tratar un montón de tópicos usados (y gastados) por la fantasía tradicional de la línea del Señor de los Anillos y mitologías célticas en general: bosques, elfos, doncellas, unicornios, etcétera. Pero tratarlos de manera graciosa, con un contexto distorsionado. Espero que les guste.

El otro cuento, *Las vírgenes y los mejores premios*, es fantástico de una manera distinta, más sutil. De una manera que nos hacer recordar a ese Bioy Casares que aparece en el epígrafe, quizás como homenaje. Aquí la fantasía impregna el ambiente y la trama, guiñándonos un ojo desde algún rincón de las descripciones o los diálogos. Nunca se exhibe abiertamente, sólo nos deja entrever que está. Todo podría tener una explicación perfectamente natural, pero nosotros sabemos que no es así… Es un cuento que hay que leer con mucha atención y sin perderse nada, un cuento para paladear como un buen vino.

Un comentario final y un pedido: quisiera que los lectores participen del trabajo de la columna, no solamente yo. Si tienen sugerencias sobre material que quisieran ver publicado, cuentos fantásticos que consideren con el suficiente nivel para aparecer, ensayos o simplemente comentarios

sobre el tema, les agradecería que los envíen. Pueden mandárselos a Eduardo o directamente a mí, a General Urquiza 186, 6º “23” (1215) Capital Federal.

El bosque

Carlos Ferro y Diego Molina

Esta es la somera y posible historia de un bosque, tal como hubiera podido figurar en los libros no escritos de historia de los reinos inexistentes. Historia de un bosque fantástico, de su surgimiento, crecimiento, apogeo, declinación y caída. Quizás fuera interesante hacer un paralelo entre la historia del bosque y la de muchos imperios, pero no sé si tendría sentido… se necesitaría bastante cerveza. (Palabras introductorias de uno de los autores).

En un principio era un árbol. Intrascendente como sólo puede serlo un árbol. Después, nadie sabe bien cómo, pero la siguiente vez que miré eran muchos. Y la gente empezó a llamarlo Bosque.

Una vez que lo llamaron bosque, ya fue. Enseguida se llenó de pajaritos, ardillitas, bellotas y porquerías por el estilo. Había ciervos, jabalíes y dicen que galos y romanos. Yo no lo creo, ¿quién vio alguna vez un romano en el medio de la Patagonia? De todas formas, el bosque tampoco estaba en la Patagonia. Pero el resultado era el mismo.

¡Unicornios! Claro, también había unicornios. Un bosque sin unicornios es una simple arboleda. Y todos sabemos que donde hay unicornios, las doncellas no pueden estar demasiado lejos. Así que el bosque se empezó a poblar. Estaban los unicornios, las doncellas y los tipos que venían a buscar doncellas. Algunos también venían a buscar unicornios, pero eran más raros.

Y las hadas. Con semejante profusión de personajes extraños, no tardaron en aparecer unas cuantas. Había de todos los tamaños, desde las pequeñitas (XS) de unos quince centímetros y con alas brillantes (que uno siempre tiene la sana duda, ¿son hadas o mariposas?) hasta las de tamaño natural, bastante atractivas por cierto, pero inalcanzables.

Y el bosque empezó a crecer. Era la única manera de albergar tantos seres.

Cuando empezó a crecer, aparecieron seres más grandes. Claro, ahora había lugar. Lo primero que vino en esta segunda etapa fueron las hadas de talles más grandes. ¿Usted se imagina cinco metros y medio de hada, con una voz finita y preguntándole si no vio por ahí setas con sombrero violeta? Pero las había.

Junto con ellas vinieron los Estanques y los Claros del bosque. Claro, con todo eso hubo que empezar a hacer orden. Y la gente trajo Caminos y Puentes. Los fueron poniendo de cualquier manera, como caían, pero por lo menos ya los tenían. Tiempo para moverlos siempre hay.

Surgió un pequeño problema: había puentes, y nada debajo de ellos. Así es, nada. Y la gente que los trajo se irritó. Organizaron manifestaciones y huelgas de hambre hasta que finalmente el rey cedió ante las presiones y mandó traer ocho Arroyos, dos Ríos y un Lago. El lago no llevaba puente encima, pero le hacían precio si lo llevaba, así que…

Ahí empezó el gran problema. Ya había mucha gente, muchas cosas. No se podía seguir llamando bosque, a secas. Y la gente le empezó a poner nombres. Pero todos distintos. Así, era el Bosque Negro, el Bosque Verde, el Bosque Magenta, el Bosque de M…, el Bosque del Rey, el Bosque del Norte, el Bosque del Lago sin Puente, el Bosque del Juez, el Bosque Cacho y otras cosas por el estilo.

Vuelta a jorobar al rey para que decidiera un nombre. El rey, ya cansado del bosque y sus habitantes, dijo que el asunto debía ser estudiado por una comisión. Pero no quiso arriesgarse a nombrar los integrantes. Así que la gente del Bosque (yo tampoco me voy a jugar por un nombre, ¿o qué se creen?) se reunió en Asamblea para decidir quiénes iban a integrar la Comisión.

Primero, no cabían en ninguno de los claros existentes. Así que había que conseguir un Claro más grande. Pero ya los Claros no venían solos al Bosque, como antes. Son asustadizos. Antes venían porque era un lugar tranquilo. Pero ahora, ni atados los iban a traer.

Se iban a reunir en el Lago, pero los Unicornios y las Hadas se negaron terminantemente.

Se iban a reunir fuera del bosque, entonces, donde sobraba lugar. Pero los Unicornios, las doncellas y los tipos que buscaban doncellas se negaron en redondo.

Alguien sugirió que pidieran un espacio en el castillo del Rey. No les puedo describir la cara del Rey cuando escuchó la idea.

Así que se decidió ampliar alguno de los Claros. ¿Talar parte del Bosque?, dijeron las hadas y los enanos. Uia, no les había mencionado antes a los enanos. Oops. Bueno, ustedes saben cómo son los enanos. Siempre aparecen cuando uno no los espera, detrás de las liebres. Estos tipos están locos, dijeron. ¿Cómo vamos a talar el bosque si no le pusimos nombre?

Pero el gremio de los Leñadores apoyó la moción con todo su peso, toda su fuerza y todas sus hachas. ¿Alguna vez discutieron con un Leñador? Así que se empezó a talar parte del Bosque.

Siguiente problema: ¿Qué hacer con los troncos? Cabañas, sugirió un creativo. ¿Para qué?, respondieron los unicornios, los enanos, las doncellas, los tipos que buscaban doncellas, las hadas, los pajaritos, las sirenas y los escarabajos. El tipo sacudió la cabeza, gruñó “Estos palurdos…” y comenzó a dibujar planos. Dicen los que saben que todavía está dando vueltas por el lugar con sus planos.

Los Leñadores, de todas formas, hicieron algunas cabañas. Pero los tipos estaban en la suya, hicieron sus cabañas y siguieron apilando los troncos. Y la pila de troncos crecía, y el Bosque decrecía. Así que se reunió una comisión interina (de emergencia, reunida en un Puente como único terreno neutral posible) para estudiar el problema de los troncos, cuya primera medida fue detener el talado del Bosque.

Una vez que se detuvo el talado, no existía más el problema de los troncos, así que la comisión se disolvió. Los Leñadores volvieron a lo suyo, y vuelta a apilarse los troncos por todos lados. Al quinto Unicornio que se rompió una pata por tratar de saltar pilas de troncos de quince metros, se volvió a reunir la comisión, esta vez para tomar medidas definitivas.

La comisión resolvió la expulsión inmediata de todos los Leñadores del Bosque, para lo cual se resolvió pedir una compañía de Lanceros Reales para hacerla efectiva.

Ni bien la petición llegó a oídos del rey, sufrió un ataque de hemiplejía. Parpadeando una vez para decir sí y dos para decir no, logró hacer cumplir su última orden: que ejecutaran a los peticionantes. Después de eso, murió.

El príncipe pasó a ser rey (bueno, es lo que se estila) y su primera medida fue abolir el bosque. En su célebre bando “Abolición del Bosque”, subtitulado “Multiple Choice” decía: En todo el reino, no se hablará más del Bosque Encantado/ Verde/ Magenta/ Del Norte/ Del Rey/ de M…/ de Cacho/ Azulado/ A tu lado/ Azulejos/ A lo Lejos/… El bando seguía por dieciocho gruesos folios más, y cerraba con la frase histórica “Tache lo que no corresponda”.

Había pena de muerte para quien pronunciara la palabra Bosque o hablara de Unicornios, doncellas, elfos o… bueno, ustedes ya saben.

Los Leñadores iniciaron un movimiento subversivo y revolucionario contra esa medida, pero no prosperó. Como ya no había bosque, nadie notó que faltaran después de ser ejecutados sangrientamente en la Plaza Menor. La Mayor ya se había ido de casa hacía mucho tiempo. Se casó con un Parque Nacional, pero esa es otra historia.

La gente del Bosque quedó entonces librada a su suerte. Cuando digo gente, quiero que se entienda que hablo en sentido amplio, muy amplio. Me refiero a las personas, los Leñadores que quedaban, los castores, los unicornios, los Elfos, las Sirenas y… bueno, ustedes saben.

La comisión interina tuvo que asumir el fracaso lamentable de su gestión, y a pesar del clamor popular (en sentido amplio) renunciaron todos sus miembros. Y el Bosque se sumergió en una alegre anarquía. Las más alegres eran las doncellas, por supuesto. En tiempos de anarquía y desorden, son una especie en extinción… pero de rápida reproducción.

Comenzaron a pulular los vivillos, aprovechados y similares, que se agruparon en una asociación llamada “Gente con Iniciativa”. Esto también es propio de los tiempos de desorden y anarquía. Inmediatamente reclamaron amplias porciones del Bosque, todos los Caminos y Senderos, los Puentes y el Lago como de su propiedad, exhibiendo históricos títulos de propiedad firmados por el Rey anterior. Falsificados, por supuesto; todos nosotros sabemos lo que opinaba del Bosque el antiguo rey. No reclamaron los arroyos y ríos, suponiendo que bastaría con tener los puentes. No eran codiciosos, al fin y al cabo. Hasta expulsaron por indecente a uno de los miembros, que sugirió reclamar la propiedad de los Unicornios.

Nadie prestó atención a tales reclamos, hasta que empezaron a cobrar el peaje. Allí comenzaron los incidentes. Era típico, por ejemplo, ver a un enano tratando de cruzar un puente y tres amables osos que se lo

impedían hasta que finalmente accedía a pagar el precio estipulado. Había una tarifa preferencial para los enanos, por supuesto. Las hadas de talles 48 para arriba, en cambio, tuvieron que dejar de moverse. Por los costos, se entiende. Además, ¿con qué dinero iban a pagar? Las hadas no trabajan, no producen, no cobran. Ahora tampoco se movían. Al final echaron raíces.

Lógicamente, todo esto alteró la fisonomía del bosque. Las casillas de peaje, los árboles pintados de amarillo en doble línea para separar las manos de los caminos y las esquinas, en línea simple en los lugares donde estaba prohibido detener los caballos (o unicornios, hadas, carretas, sirenas, etc.), las barreras en los puentes… todo eso estorbaba la circulación. Y comenzaba a molestar a la gente (en sentido amplio) del bosque (en sentido amp… perdón).

El detonante de todo fue un suceso aparentemente insignificante, uno más de los abusos a que diariamente nos sometía la G.C.I. (Gente con Iniciativa, por si no se acuerdan, ese era el “logo” que pegaban en los caballos).

Un día, uno de los príncipes Elfos iba con toda su familia por el Bosque, alegremente montados en un Unicornio morado con pintitas amarillas que le había obsequiado la doncella de Horleans. No vamos a entrar en detalles de por qué se lo había obsequiado, ni de por qué después se cambió de nombre y puso una taberna, ni nada por el estilo. No es mi estilo andar contando chismes e intimidades de la gente.

El más chiquito, que tenía trescientos años, pidió bajar para hacer… algo. Así que pararon el Unicornio al borde del camino y el nene se bajó. Se alejó unos pasos, para hacer… lo que tenía que hacer. Cuando terminó, le gustó un conejito que se había acercado a curiosear y lo trató de agarrar. Entiéndanlo, con trescientos añitos… es casi un bebé. Es de tierno… Lo hubieran visto, corriendo al conejito por el Bosque. Cuando pasaron quince minutos y el nene no volvía, el Príncipe Elfo decidió ir a buscarlo. Le dijo a su familia que lo esperara sobre el Unicornio, que había dejado en punto muerto. Entró en el Bosque y al primer recodo del camino se encontró con una vieja amiga de la doncella de Horleans. Recordando viejos tiempos, se le fue como media hora. Para cuando volvió, ya Mamá Elfo había ido a buscar al nene, lo había traído de vuelta y esperaba con muy mala cara.

El ambiente estaba listo para que se desencadenara una terrible discusión familiar, escándalo en la casa real y todo eso, sobre todo porque

el Príncipe traía una fresca mancha de rouge sobre su frente. Ya la Princesa Elfo había pronunciado el signo de interrogación ¿ de la fatídica pregunta, cuando apareció un oficial del G.C.I. con la cuadrilla. Ni cortos ni perezosos (en general, el G.C.I. reclutaba sus operarios entre los más largos, grandes y activos de los personajes que encontraba, porque eran frecuentes los altercados), empezaron a colocarle la manea al Unicornio morado con pintitas amarillas (sin dejar de reírse, por supuesto, ¿ustedes se imaginan el show que era ESE Unicornio?).

El Príncipe, con un secreto suspiro de alivio, se lanzó a discutir con el oficial del G.C.I. Siempre iba a ser más fácil que hacerlo con su esposa. La del Príncipe, no la del oficial, que según las crónicas era soltero y llevaba un considerable retraso sentimental, lo que explicaba su mal humor y el celo que ponía en el cumplimiento rígido de su deber.

—¿Qué sucede, oficial?

—Le tenemos que manear el Unicornio… bueno, si es que algo de ese color se puede llamar Unicornio.

El Príncipe sonrió tímidamente y aclaró: —Es un regalo de una vieja amiga… lo voy a hacer pintar de nuevo el mes que viene, sabe. Pero, ¿por qué? No me va a decir que iba con exceso de velocidad.

El guardia puso cara de *Odio encontrarme con graciosos a esta hora de la tarde*, pero le dijo (mientras miraba fijamente un punto situado a la derecha y arriba del Príncipe): —¿Usted no vio los árboles amarillos? No puede dejar un Unicornio estacionado ahí.

—Déjeme que le explique, oficial… El nene se bajó para hacer…

—Sí, ya sé. Pero eso fue hace cuarenta y cinco minutos. A esa hora recibimos la denuncia. Ya le dimos plazo suficiente, al nene… ¿o cuánto tarda?

—Pero… los chicos, usted sabe cómo son. Seguramente tiene familia, ¿no? —sonreía esperanzado el Príncipe, tratando de ablandar al guardia.

—NO —respondió agriamente el oficial, mientras los operarios terminaban de colocar la manea al Unicornio, que era el único que estaba tranquilo. Hasta se sonreía, les juro.

—¿Y ahora que hago? —gimió el Príncipe, totalmente resignado.

—Muy sencillo. Va a tener que ir hasta la central del G.C.I., en el medio del Bosque, y pagar una multa. Después, se viene con la otra cuadrilla y le sacan la manea.

—No… no puedo ir hasta el medio del Bosque. ¿Cómo voy a ir, si me manea el Unicornio? No puedo ir caminando. Además, ¿qué hago con mi señora? ¿Y los chicos? No los puedo dejar acá hasta que vuelva.

El guardia se encogió de hombros, y gritó con una voz que se escuchó nítidamente, al menos de cerca: Vamos, muchachos.

La Princesa Elfo miró a su marido con desprecio y lo miró con cara de *No te atrevas a dejar esto así, ¿vas a permitir que ese mortal humille tu estirpe de sangre real y élfica, cuyo linaje realizara hazañas que aún bardos y poetas relatan en las noches oscuras y frías del invierno…* y seguía con una larga síntesis de la historia de los elfos en el último millón y medio de años. Los rostros élficos son muy expresivos, ya se sabe.

El Príncipe no pudo tolerar ese reproche. Se aburrió, la historia era muy larga y él ya la conocía. Así que hizo un último intento y llamó al guardia para hablar con él a solas.

—Y… dígame, oficial. Aquí, entre nosotros… ¿No lo podremos arreglar?

El oficial puso mala cara. Su rostro carecía de la expresividad del de la Princesa, y era bastante más feo, pero decía lo suyo.

—Porque, en definitiva… ¿Usted, cuánto cobra en el G.C.I.? Yo soy un Príncipe, sabe… Y hay gastos de representación, y cosas de las que uno puede disponer con cierta libertad. ¿Usted me entiende, no? ¿Qué le parecería, por ejemplo, una hermosa gargantilla de perlas para su novia?

Y ahí terminó de arruinarlo todo. Ya lo iba convenciendo —los oficiales del G.C.I. son incorruptibles, pero también tienen su cuota de iniciativa, después de todo— hasta que pronunció la palabra novia. Eso le recordó al oficial toda una serie de incidentes desagradables, agrió su humor, le arruinó el día y lo decidió a arruinar el día del príncipe, en venganza.

—Así que intentando sobornar a un oficial en cumplimiento del deber, ¿eh? ¿Por quién me toma? Espere a que la gente (en sentido amplio) se entere de esto. Y cuando salga en las fotos, con esa mancha de rouge en la frente, y el Unicornio morado con pintitas amarillas…

Y se fue, seguido por la cuadrilla, que se reía a carcajadas.

La Princesa puso otra de sus caras expresivas, acorde a las circunstancias, que empezaba con algo así como *Los Elfos son todos unas basura, si ya me lo decía mi madre, y tendría que haberla escuchado antes de casarme con un tipo que se deja insultar y humillar por un oficial de cuarta del G.C.I. y que hace quién sabe qué cosas en el bosque para aparecer con una mancha de rouge en la frente, o me vas a decir que te cayó de un árbol, y que recibe sospechosamente Unicornios de regalo de supuestas amigas de la infancia, y no pienso seguir ni un minuto más…* y yo no me quedé para ver el resto. No tengo tiempo para perder en pavadas, yo.

Ese fue el principio del fin del Bosque. El Príncipe perdió los estribos, los buscó durante media hora más y no los encontró. Para cuando terminó de buscarlos, la Princesa se había ido con sus hijos, y él estaba solo con el Unicornio maneado, que lo miraba y seguía sonriendo.

El Príncipe miró para un lado. Nadie. Miró para el otro lado. Nadie. Arriba, abajo. Nadie. Así que, sigilosamente, desenvainó su espada (un noble acero, destinado a mejor fin, realmente) y empezó a cortar la manea. Seguía mirando para todos lados, y cortaba subrepticiamente el cuero que se resistía a sus denodados esfuerzos. El Unicornio lo miraba, y ahora se reía abiertamente y a carcajadas. Es que no era para menos. Finalmente, el valor del príncipe triunfó y superó los obstáculos, como correspondía a su sangre real.

Cuando terminó, un clarín resonó en todo el Bosque. Pero no para celebrar su victoria, sino el acierto del Sistema de Alarmas del G.C.I. que lo acababa de descubrir. Inmediatamente, una tropa vino a hacerle pagar las gruesas multas que le correspondían por sus delitos. Sacaron cuentas y discutieron y regatearon con el Príncipe, que viendo que la cosa venía seria, había mandado llamar al Regateador Real, un anciano Elfo Amarillo de rostro inexpresivo, cosa curiosa entre los

Elfos. El regateo se extendió ardorosamente por cuarenta días con sus noches, y las bajas fueron numerosas por ambas partes. Las altas también. Había de todo, bah. Altas, bajas, rubias, morochas… Pero me estoy yendo de tema.

Cuando el Regateo legendario terminó, se hizo un silencio profundo en el Bosque. El Príncipe hubiera debido hipotecar todo su Reino (que, a fin de cuentas, ya no era tan grande; los Elfos estaban muy venidos a menos en aquella época), Unicornio morado incluido, para poder pagar las multas.

De sólo pensar en lo que el rostro (sumamente expresivo) de su padre y de su madre y de su esposa (si es que no era ya su ex-esposa) podían llegar a decirle si informaba de esto al Rey, el Príncipe se sintió impulsado a tomar una determinación drástica.

Desenvainó una vez más el acero, invocó todos los amplios poderes que su raza poseía ancestralmente sobre las fuerzas naturales y elementales (Watson), y con un salvaje grito de guerra… se hizo matar como un estúpido.

Pero las fuerzas naturales ya estaban desatadas. El cataclismo invocado por el Príncipe y sellado cruelmente con su sangre (el duplicado para mí, por favor, este lo lleva por el pasillo a la oficina 304, que ahí le cobran) se abatió sobre todo el Bosque. Fuego, Agua, Nieve y Viento cayeron durante días y días. De noche paraba, pero había terremotos.

La gente (en sentido amplio) huyó del Bosque, abandonando tierras, casas, posesiones y Unicornios. Triste fin el de los Unicornios, que no podían salir del Bosque. Muy mal olor el que quedó durante los siguientes cuatro siglos en ese lugar.

El G.C.I. se transformó rápidamente en el Grupo Pro Salvación de Nuestros Bosques, pero no pudo organizar cuadrillas de bomberos voluntarios para apagar el fuego, porque las fuertes lluvias y nevadas se lo impedían. Así, la última Iniciativa del Grupo se perdió. El Grupo, consecuentemente, se disolvió.

No quedó nada del Bosque. Bueno, casi nada. Porque en realidad, cuando se derritió la Nieve y se apagó el Fuego, cuando se escurrió el Agua de las persistentes lluvias y el Viento se fue para otros lados, la gente (en sentido amplio) que se atrevió a pasar por las cercanías —porque nadie, ni en sentido amplio ni estrecho, se atrevió a entrar al ex-Bosque-pudo ver la

silueta enhiesta, erguida y desafiante, de un árbol recortada contra el cielo oscuro.

Y ese árbol era —oh, casualidad— no el mismo del comienzo, como todos ustedes esperarían y cualquier escritor poco avezado diría, sino un lejanísimo tataranieto del re-re-retoño del que nació al lado de ese, por el costado izquierdo, cinco metros y un poquito hacia el Norte, unos cuatro meses y dos días después que el primero.

Las vírgenes y los mejores premios

Silvia Inés Segat

Este cuento nos muestra cómo se puede hacer fantasía de la mejor con las situaciones cotidianas y reales. Casi como las fantasías que todos tenemos, donde solamente distorsionamos un poquito la realidad para obtener a la mujer de nuestros sueños. Y justamente de eso se trata: de una mujer soñada, una mujer muy peculiar. Aunque disimula: es tan cotidiano y real que casi no parece fantasía. Pero, como dije en la introducción, nosotros sabemos…

La moraleja del episodio es que las vírgenes y los mejores premios de la fortuna se nos dan gratuitamente y que tal vez para restablecer el equilibrio de la justicia resbalan como el agua entre las manos.

—Adolfo Bioy Casares

Algo le hizo recordar a Maia y aquel verano cuando él se dedicaba a la crítica de arte y a la difusión de artistas plásticos.

Vivía en pleno centro y llevaba una vida ordenada: se levantaba temprano, revisaba su agenda y mantenía entrevistas con plásticos que le derivaban. Cerca de las cuatro tomaba un té solo, escuchaba música clásica, continuaba con las entrevistas y antes de las siete de la tarde volvía a su hogar donde Angélica tenía todo preparado. La comida era sustanciosa y equilibrada y la sobremesa se prolongaba por algunas horas.

Su mujer —entre otras aptitudes— sabía escuchar y lograba que Francisco mantuviera el interés en ella y sus preocupaciones… que no eran pocas en la empresa que Angélica dirigía.

Entre ellos los lazos eran fuertes. No tenían hijos. A los familiares los veían esporádicamente; en cambio, salían a menudo con amigos.

En definitiva, llevaban una vida normal, si entendemos por ello una vida donde no parecía haber lugar para lo extraordinario.

Una noche Angélica le anunció:

—Tenés carta de Noruega.

Él se extrañó, pero en cuanto leyó el remitente ubicó de quién se trataba.

—¡Christensen! —exclamó—. ¡Es increíble! Hacía tanto tiempo que no escribía … como ocho años que no nos vemos.

Empezó a leer.

—Se viene para acá… ¡La semana que viene! Dice que está harto del frío. Quiere sol. ¡Ja! Conocer mujeres.

—¡Pero ese grandote, ¿todavía está solo?! —se sorprendió Angélica. Bueno, aquí no van a faltarle candidatas.

—Ojo que siempre fue un solitario. Para sacarle dos palabras tenías que esperar una hora.

Angélica sirvió licor mientras trataba de recordar al noruego. Lo había visto algunas veces, pero la imagen que le venía a la mente no coincidía con la del autor de las cartas a su marido. El Christensen de las cartas era cálido y comunicativo y el que ella había conocido siempre había sido huidizo y distante.

Se encaminó al cuarto de huéspedes. Todo estaba impecable. No faltaba nada. Ya se ocuparía de llenar los floreros con jazmines.

Esa noche Francisco tardó en dormirse. ¿Qué habría pasado con su amigo durante esos años? La carta no explicaba nada. Era breve, decidida.

Puso la alarma del despertador más temprano que de costumbre. Necesitaba hacer una lista de compras. Que no faltara la cerveza ni el vino.

Por supuesto, Angélica se ocuparía del cuarto.

¿Cómo sería la convivencia? Tres a cuatro semanas era un tiempo relativamente largo para estar juntos. Y el noruego era un tipo impredecible; por lo menos lo había sido. Dos cosas eran ciertas, se había esmerado en pulir el castellano y estaba deseoso de volver. Pero… ¿qué buscaba, qué esperaba?

Giró la cabeza y se encontró con el rostro de su mujer. Ella dormía con la expresión plácida, como siempre. Nada inarmónico había en ella.

Era un hombre afortunado. Apagó la luz y con esos pensamientos se durmió.

Los días pasaron rápidamente. Angélica trató de liquidar las cuestiones más importantes de la empresa de modo de tener más tiempo libre para agasajar al huésped.

Francisco, por otra parte, agendó las entrevistas para los primeros días de la semana. Hizo averiguaciones en algunas empresas de turismo como para tener idea de horarios y precios en caso de que su amigo quisiera volver a visitar lugares que habían conocido en la adolescencia.

Una mañana, como de costumbre, Francisco salió para el departamento donde trabajaba. Llegó al edificio, tomó el ascensor y al salir se encontró con una mujer sentada en la escalera.

Al encender la luz del pasillo, ella se incorporó. El pelo oscuro le caía casi hasta donde terminaba la falda.

—Hace media hora que te espero —dijo con fastidio y él no supo cómo disculparse sin dejar de atender a la remera que se pegaba al cuerpo de la mujer.

Francisco consultó su agenda. Leyó: “10 horas. Maia Jaromy”. Se apresuró a abrir. La hizo pasar. Ella dejó su cartera en el sofá y se dedicó a inspeccionar el departamento. Francisco sonrió, triunfante. El buen gusto de Angélica y su propio criterio estético habían transformado el lugar en un ambiente exótico y delicado, hasta que ella afirmó:

—Demasiado barroco. ¿Tenés café? —preguntó desparramándose en la alfombra persa.

Francisco carraspeó y se dijo que no estaba preparado para que una mocosa lo tuteara y se animara a opinar sobre su lugar de trabajo.

Puso agua a hervir. Cuando volvió al estar, ella sacaba un sobre de la cartera.

—Esto es lo que hago —anunció, alcanzándole unas fotos.

—Me interesa —dijo Francisco, y en verdad era así. Las fotos mostraban una serie de mascarones como los que adornaban los barcos vikingos.

—Pero… claro, tendría que ver las pinturas.

—Todos dicen lo mismo —expresó con fastidio, y sus ojos verdes relampaguearon.

—Bueno, yo no quise…

El timbre interrumpió la frase de Francisco. Fue a abrir. Era Christensen. Los dos hombres se abrazaron por un largo rato, entre risas y exclamaciones.

—¡Qué se diviertan! —les deseó la pintora, y salió sin que repararan en ella.

Durante el almuerzo los dos hombres recordaron una anécdota tras otra. Angélica observaba todo y retiraba los platos casi llenos. Llamaban la atención las manos del noruego y el pelo largo que le caía en desorden sobre la frente. ¿Él habría cambiado, o ella lo veía con otros ojos? Sus miradas se cruzaron en varias oportunidades.

Angélica se levantó para ir a la cocina. Christensen aprovechó para mirarle las piernas una vez más.

—No recordaba demasiado a tu mujer —comentó el noruego, pero Francisco seguía revisando fotos viejas.

El fin de semana siguiente Francisco llegó a su casa con tres pasajes a Puerto Blanco. Esa tarde prepararon el equipaje y salieron.

Una vez en el crucero, los condujeron a los camarotes contiguos.

—Nos reunimos dentro de cinco minutos en la barra —anunció Francisco, y los otros estuvieron de acuerdo.

La gente colmaba el bar. Cuando Angélica y Francisco se acercaron, Christensen conversaba animadamente con una mujer.

—¿La recordás? —preguntó el noruego, y Francisco reconoció a quien días atrás lo esperaba sentada en la escalera del estudio.

—No demasiado —mintió, y se sintió estúpido.

—Maia Jaromy —se presentó ella mientras le sonreía cruzándose de piernas.

—Ah, claro… Maia —dijo Francisco y se cayó adentro de los ojos verdes.

—Me ha invitado a su mesa —explicó el noruego—. Si no les molesta, claro.

Francisco miró a su esposa sin atinar a decir nada. Maia no le quitaba la vista de encima, por lo cual Francisco pidió una ronda de whiskies y cuando tuvo el suyo en la mano propuso un brindis. Estaba

tenso. Al primer trago siguieron otros y sólo así consiguió relajarse un poco.

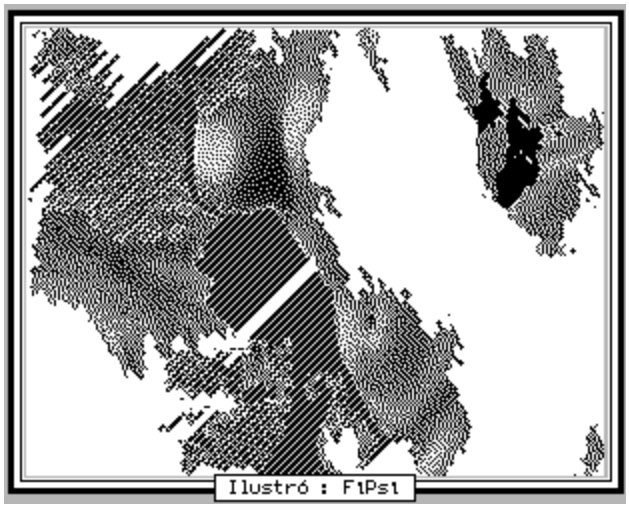
—¡Qué casualidad más terrible! —murmuró, y condujo a su mujer hasta la mesa desde donde podía ver a Christensen y Maia al otro lado del salón.

Angélica intentaba dialogar con su marido, pero no tenía éxito. ¿Qué pasaba con él?

Francisco casi no comía. Consumía el vino y miraba al otro lado del salón.

Las horas que siguieron se sucedieron a un ritmo acelerado. Francisco invitó a bailar a su mujer. Al ponerse de pie, ella se dio cuenta de que había bebido demasiado. Creyó que todos la miraban, pero el centro de atención era Maia, que en medio de globos, serpentinas y matracas sacudía los hombros por donde se deslizaban los breteles del vestido dejando asomar sus pechos que parecían esculpidos.

Imprevistamente, Francisco se vio bailando con Maia, quien le propuso salir a cubierta. Él la siguió, no sin antes echar un vistazo a Christensen y Angélica, quienes parecían entretenidos uno en brazos del otro. Sin que mediaran palabras, Maia y Francisco se besaron y fueron hasta el camarote de ella.



Con la primera luz del amanecer Francisco se encontró tirado en la cubierta. Sentía frío y le dolía la cabeza. Decidió ir a su camarote. Angélica dormía, o al menos eso le pareció.

Para el desayuno las dos parejas volvieron a encontrarse.

—¿Durmieron bien? —preguntó Maia mientras revolvía el café.

Angélica se colgó del brazo de Francisco y dijo:

—Fue una noche inolvidable.

Ante el anuncio de que en veinte minutos amarrarían, cada uno se fue a su camarote. Los primeros en reunirse fueron Christensen y su

matrimonio amigo. Francisco estuvo a punto de preguntar por Maia, pero el entusiasmo del noruego por fotografiarse con Angélica y el desorden de los pasajeros con su equipaje lo distrajeron.

Como siempre Puerto Blanco resplandecía. Los pregones de las mulatas competían con el desfile de los marineros para atrapar la atención de los turistas. Una vez en el muelle, los taxistas se disputaban los pasajeros recién llegados.

Fue en el momento en que Francisco miró hacia el barco, en un último intento por encontrar a Maia, cuando reparó en el mascarón de proa. Era la figura de Maia, su pelo largo y oscuro, sus senos perfectos, sus enormes ojos verdes… y su cola de sirena.

—¡Vamos, Francisco! —lo llamó su mujer.

Esa noche, ya en el hotel, Francisco tardó en dormirse. Durante todo el día había esperado que Christensen o Angélica hicieran referencia a Maia pero no la nombraron ese día ni los que siguieron.

Al regresar a casa, Christensen les comunicó que había disfrutado mucho del viaje y de la espléndida compañía de las sirenas de Puerto Blanco.

—¿Sirenas? —preguntó Francisco, pero enseguida comprendió que no debía haber abierto la boca.

Crónicas desde la Garrafa Virtual (IV)

Alejandro Alonso/Andrés Urtubey

…bronceador, toallas, sombrilla, ojotas, sí, creo que está todo… ¡uy! perdón, no los había visto. Estaba preparando todo para una pequeña excursión que tengo pensada. Y sí, todos salen de vacaciones y la garrafa no podía ser menos, así que… ¿qué? ¿que me ven mucho más delgado?, es porque no soy Alejandro, permítanme presentarme. Mi nombre es Andrés "AGUDO" Urtubey y en esta ocasión me voy a hacer cargo del timón de la garrafa.

Alejandro se tomó unas merecidas vacaciones y me dio carta blanca, así que, como les decía, preparé todo como para dar un paseo por algunas playas del Sistema Solar.

A ver, las toberas en el fondo, los alerones, bueno, creo que estamos listos, ahora cierro el corcho, digo, la escotilla, y podemos despegar. Siéntense, ajústense los cinturones y comiencen a usar la mente porque esta nave tan garrafal está impulsada con la fuerza de la imaginación, *SU imaginación*.

Primera parada: las calurosas playas de Venus.

Extendamos las toallas y abramos las sombrillas (aunque parece estar un poco nublado). Miren, las olas traen una botella. Contiene un mensaje de Alejandro, veamos qué dice.

SIN CITY (*Frank Miller again*)

Frank Miller es bastante conocido por el público del cómic. Algunos lo recordarán por "Batman: Año Uno" y otros por "El Retorno del Caballero Oscuro", ambas para la DC. Sin embargo Miller cuenta con toda clase de público, incluso más allá del típico lector de superhéroes. Su "Ronin" (una historia que comienza en el Japón Imperial y termina en el futuro, en una Nueva York post-atómica) es una clara muestra de lo que el maestro tiene

para dar y fue publicada en varios idiomas (originalmente para la DC, en 1983).

Miller le da a cada viñeta un tiempo especial, una clave para hacernos cómplices de la acción. Pero pronto se interna en un clima violento y hasta escabroso que hace que el lector quede fascinado. Por otro lado, todos sus personajes tienen una psicología muy trabajada. A Miller le encanta utilizar la primera persona y *hablar con el lector*. Dar respiros en los que se reflexiona sobre cosas simples o en los que se razona cada paso a seguir.

Con todo, logra mantener el suspenso y la violencia hasta el último segundo. Ese es su sello personal, casi enfermizo. Y debo reconocer que tiene su atractivo.

Sin City sigue esta misma fórmula.

Marvin es un grandulón violento, no muy brillante, que se ve envuelto en una trama homicida dentro de Sin City (traducido es algo así como “La Ciudad del Pecado”). La corrupta policía del lugar se lanza tras él. Pero Marvin responde, de una forma redentora y sumamente violenta. A esta altura conviene aclarar que Miller no tuvo mano suave al darle vida a este personaje, se desató (alguien tendría que recomendarle un buen psicólogo, si me entienden lo que quiero decir).

Desde el primer momento, la serie tiene una evolución dinámica y balanceada.

Las ilustraciones son también dignas de mención. Los dibujos muestran un claroscuro binario: sólo blancos y negros, con ausencia de grises o de tramados. Gran cantidad de plenos, en los que se recortan las figuras y las sombras (en lugar de utilizar líneas oscuras para delimitar los contornos), con economía de fondos y de trazos. Por algo recibió el premio de la National Cartoonists’ al mejor Comic Book en 1992.

Sin City apareció en formato libro, publicado por Dark Horse Comics (para la versión en inglés) y pronto tendremos en los negocios especializados de nuestro país la versión española de Norma Editorial (recopilación de lo aparecido en la revista Cimoc). El precio —por lo menos el que tuve que pagar yo— es de $35 para la versión de D.H. (esta misma versión en EE.UU. cuesta U$S15). Lamentablemente, la versión española suele ser más cara.

Otra forma de tenerlo es conseguir los catorce números de Cimoc.

Para los que prefieran el original, es aconsejable un buen diccionario bilingüe y tener bastante imaginación a la hora de traducir algunas expresiones.

Bien, si les gustan las emociones fuertes esta serie es muy recomendable.

Pero hay más. Miller está preparando una segunda parte de Sin City: “A dame to kill for”, también para D.H. Promete ser tan buena como la primera.

Segunda parada: las estriadas costas jovianas.

Tuvimos suerte de poder esquivar ese huracán rojo. Bueno, aprovechemos el buen tiempo para nadar y surfear un rato. Voy a encender la radio de a bordo para escuchar algo de música, mientras. Oigan, hay noticias sobre un desaparecido superhéroe.

PERIPECIAS DE UN CADAVER.

“Había muerto pero volvió”, *¿eh?*, “Pero ahora son cuatro y no se sabe cuál es el verdadero”, *¿Cómo?*, “Se afanaron el cadáver e hicieron un clon”, *¿Cuándo?*, “Para mí que es el cyborg”, *¿Cuál?*, “No, es el último hijo de Kriptón, el de los anteojos”, *¿Quién?*, “¿Y el robot, eh?”, *¡¿Qué robot?!*, “Pero cuando pelearon…”, *¡¡Bastaaa!!*

¿Les pasó esto cuando intentaron entender en base a los rumores qué estaba pasando con Superman?, bueno, a mí sí y les aseguro que es frustrante. Por supuesto que no me quedé cruzado de brazos, sino que enseguida me llegué hasta el Club del Cómic y empecé a revolver a ver si encontraba algo que me aclarara el embrollo que tenía en la cabeza. En uno de esos escasos destellos de lucidez se me ocurrió preguntar si había un “book” (compilado de revistas) que contuviera toda la historia posterior a “Funeral para un amigo” (era lo último que había leído), acto seguido me bajaron de

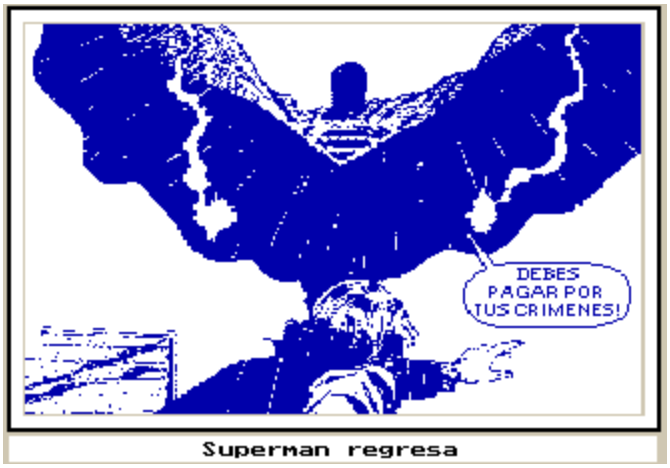
un estante un libraco de 480 páginas y me lo pusieron bajo las narices. En ese volumen estaba la historia completa del origen de los cuatro Supermanes y del renacimiento del verdadero (“Reign of the Supermen”). De más está decir que lo llevé y me lo fagocité en 3 días (si pudiera leer mientras trabajo hubiera tardado menos) y así fue como YO zafé, pero ¿y ustedes? Estoy seguro que a más de uno le interesará saber en qué terminó todo este gran circo que comenzó el año pasado con la noticia de la muerte del gran boyscout y que tuvo por finalidad subir las ventas y recoger verdes como si fueran margaritas (objetivo plenamente logrado, hay que admitir).

Bien, ¿por dónde sería bueno comenzar? Tal vez un rápido repaso ayude a quienes no estén muy enterados. Como es de público conocimiento, Superman cayó luchando contra Doomsday (Día del Juicio Final en inglés). Durante toda la primera serie lo único que se entiende es que este monstruo venido de quién sabe dónde tiene ganas de pelear y destruir y que ni Superman tiene tanto poder como él. Luego de una larga batalla en la que, con gran profusión de onomatopéyicos golpes, caen todos los superhéroes que intervienen (no sin consecuencias: Bicho Azul queda en coma y Astro Dorado pierde el traje que le daba los poderes), ambos rivales se dan la piña de despedida y estiran la superpata. Esta primera parte fue publicada en Argentina por Perfil, pero ¿y la continuación?

Durante la siguiente miniserie (“Funeral para un amigo”) se relata la actitud de sus amigos y enemigos ante este inesperado desenlace. Algunos lloran, otros maldicen y, por supuesto, algunos ríen. La cosa se empieza a espesar cuando Lois se entera de que el cadáver de Super ha sido hurtado (se lo afanaron, bah). Acto seguido, y con mucha decisión de su parte, esta señorita consigue recuperarlo de las garras de CADMUS, la organización que se especializa en experimentos genéticos, y devolverlo a su cripta. Sin embargo, esto no detiene el proyecto mediante el cual se proponían crear un duplicado clónico de Supi. Lo único que no se tuvo en cuenta fue la impaciencia de dicho clon por salir del cascarón, quedando así a medio terminar, es decir, más joven de lo que debería ser.

Y así comienza la saga “The return of Superman” o “The reign of the Supermen”, como les guste más (“El regreso de Superman” o “El reino de los Supermanes”). Ya de entrada y sin anestesia le enchufan a uno un prólogo (The adventures of Superman 500) en donde, además del mencionado Superman (no le gustaba que lo llamasen Superboy), entran en

escena un metalúrgico negro, un Superman cyborg y un misterioso Superman con anteojos para sol, este último más propio de Gotham que de Metrópolis. El obrero, a quien una vez Superman había salvado la vida, resulta ser un genio en diseño de armas que se fabricó un supertraje metálico por el cual lo confunden con un robot, pero a excepción de su tarea como superhéroe, casi carece de importancia en esta serie. El joven Superman no tiene los recuerdos del occiso aunque sí sus genes, y lo único llamativo en él es su carácter desenfadado. Durante la serie se repite varias veces que Clark nunca tuvo poderes cuando era adolescente (no olviden mi comentario sobre la miniserie "Crisis…" en la Axxón 52), pero que de haberlos tenido probablemente se hubiera comportado así. El cyborg es un misterio total hasta el final debido a su amnesia, pero sus genes concuerdan y el metal es indudablemente kryptoniano. En cuanto al "supercaballero oscuro", lejos, el más interesante de los cuatro, aparenta ser la esencia energética de Superman corporizada, luego de su muerte, con ayuda de los robots kryptonianos que habitan la fortaleza antártica. Este etéreo ser tiene la original idea de robarse el cadáver (es obvio de quién) y ocuparlo para ejercer su peculiar sentido de la justicia: darles masa a todos los criminales aunque esto signifique dejar un tendal de cadáveres. Es en este punto es cuando llegamos al quid, al nudo de la cuestión.



Superman regresa

Cualquiera de los cuatro puede ser el sucesor de Superman. El pendex tiene sus genes, al igual que el cyborg, el negro es una posible reencarnación ya que aparentemente había perecido bajo los escombros que dejara Doomsday y sin embargo se volvió a levantar, y el sombrío "supervigilante" está hecho de la energía vital liberada tras su muerte (que vendría a ser el alma, aunque se supone que la misma está en el cuerpo del obrero). ¿Cuál es el verdadero?, si se los digo les arruino el final, así que vamos a dejarlo ahí… ¡epa!, está bien, ya entendí, ahora limpien los tomatazos de la pantalla y sosieguen sus lenguas (deberían lavárselas con jabón) que voy a continuar.

Bien, para empezar, el alma de Superman NO estaba en este mundo; o sea que él estaba realmente muerto. Sin embargo, su cuerpo aún conservaba la

energía solar acumulada durante su vida. Mientras éste era raptado y transportado de un lado a otro, el alma estaba luchando con sus demoníacos enemigos, quienes querían engañarlo para que entrara en la luz y no pudiera volver. En esta lucha el papel principal está a cargo de Jonathan Kent, que en esos momentos también estaba más de aquel lado que de éste debido a un infarto. Todo esto se sabe desde el principio, lo que no se sabe es a dónde fue a parar el alma de Kal-El una vez que volvió al mundo de los vivos.

Bueno, creo que ya deben estar hartos de tanto suspenso. La verdad es que el alma de Superman no podía haber ido a otro lado que al mismo cuerpo de Superman. Así es, luego de tanto misterio se descubre que el siniestro ocupante de la fortaleza antártica no es otro que… EL ERRADICADOR (¡sorpresa!), quien había intentado entrar en el cuerpo de Superman sin poder lograrlo, aunque sí había conseguido energía suficiente para crear una réplica qué habitar. (Para aquellos que no sepan quién es El Erradicador les diré: este ser fue creado hace 200.000 años en Kryptón por un científico inescrupuloso. Originariamente pensado como un arma, este mecanismo fue transportado a la Tierra junto con el infante y, a su tiempo, desarrolló conciencia. Ocupó el cuerpo de Superman y fue vencido. El poder del sol lo revivió y le dio un cuerpo humanoide, pues antes sólo era un sistema integrado de análisis y armamento. Fue derrotado una y otra vez, y finalmente su energía fue dispersada dentro de los muros de la fortaleza antártica.) En esta réplica sus poderes eran limitados. Ya no podía obtener energía del sol, y cualquier luz lo cegaba, por lo tanto decidió llevarse el cuerpo y colocarlo en la matriz de regeneración para poder canalizar la energía solar a través de él. Así es que, en el momento del retorno del alma de Superman al mundo de los vivos, su cuerpo se hallaba en dicha matriz, en perfecto estado y listo para recibirlo. Quizás El Erradicador intentaba revivirlo, ya que su misión siempre había sido preservar la integridad de la vida kryptoniana, o quizá no, pues había llegado a creer que él era Superman; de cualquier modo, la llegada del verdadero fue muy oportuna.

Desde el principio de esta historia, el cyborg era el único que no presentaba un origen definido. Escudado por una sospechosa amnesia, se dedicó a ganarse nuestra confianza deshaciéndose del cadáver de Doomsday (para el que los piolas de CADMUS tenían planes) y salvando a Bill (Clinton, of course) de un atentado terrorista. Sin embargo, esto no era más que una

pantalla. Utilizando su parte cibernética se introdujo en las computadoras de la Casa Blanca y se enlazó con los sistemas de todo el mundo. Luego, cuando nadie se lo esperaba, una nave que resultó estar bajo su mando literalmente atomizó Coast City, hogar de Hal Jordan, el Linterna Verde de la Tierra. 77.000 artefactos explosivos redujeron a menos que cenizas a toda la ciudad, matando a más de siete millones de personas en el proceso (¡fiu!, en una miniserie tan espectacular como ésta no podía faltar un "pequeño" genocidio). El Erradicador, que en esos momentos andaba por ahí, trató de hacer algo pero fue atacado por sorpresa por el cyborg y destruido, o al menos su cuerpo lo fue.

Utilizando sus histriónicas habilidades y algo de lo obtenido de las redes informáticas, el cyborg hizo creer al mundo que el culpable era el Erradicador. Superboy cayó en la trampa y fue capturado y la Liga de la Justicia fue enviada al espacio engañada, sin embargo el chico logró escapar para advertir a Metrópolis que sería el siguiente blanco. En ese preciso momento de escasez de superhéroes muy oportunamente llega a dicha ciudad, tras haber hecho todo el camino desde la Antártida a pie, el verdadero y único Superman. Por supuesto que no fue él quien caminó sino el robot que lo transportaba, pero el hecho es que el proceso de regeneración no había podido devolverle todo su poder y, por lo tanto, no podía volar. Una vez comprobada su autenticidad, Supergirl, Superboy y el Hombre de Acero lo pusieron al tanto de la situación y juntos se dirigieron a la nueva ciudad Motor, plantada por el cyborg en el centro de la destruida Coast City. Tras conseguir recargar sus baterías y recuperar su forma física una vez más, El Erradicador se unió a la partida para ayudar a desbaratar los planes del enemigo.

¿Quién es el cyborg? La respuesta está en Adventures of Superman 466 y se revela antes del fin. Hace tiempo, y a través de una larga linea de sucesos, el piloto espacial Hank Henshaw había muerto y su conciencia había ido a parar a una computadora. Estando ahí se convirtió en un maestro en tecnología y adquirió la habilidad de reensamblarse habitando y combinando cualquier maquinaria cercana. No obstante su gran poder, su mente había salido mal parada a causa de su muerte y se había vuelto demente. Culpando a Superman de todas sus desgracias atacó la Tierra y, tras ser vencido, ocupó la cámara matriz kyptoniana en la que vino Superman a la Tierra, que en esos momentos se hallaba en órbita, y se dio a

la fuga. Finalmente se hizo de un ejército y volvió, disfrazado de Superman cyborg, para ejecutar su venganza.

Como era de esperar, luego de una lucha bastante larga Superman y sus amigos consiguen vencer a Henshaw; y aun quedan algunas consecuencias que vale la pena remarcar. En primer lugar, y gracias a la intervención de El Erradicador, Superman recupera sus poderes y algo más. Al parecer, toda esta odisea no sólo logra rejuvenecerlo (ahora luce pelo largo) sino que, aparentemente, sus niveles de poder han llegado a un punto que no conocía desde "Crisis…" (no creo que sea casualidad, los guionistas siempre aprovechan estas cosas). El Erradicador salió algo lastimado y la armadura de Steel (el supuesto robot) quedó hecha pedazos, pero ambos tienen arreglo. Superboy descubrió algunos nuevos poderes y entabló una gran amistad con Supergirl, y para cerrar con broche de oro, las páginas finales se dedicaron al reencuentro de Superman con Lois y al rescate de entre los escombros del olvidado Clark.

Bueno, ¿qué les pareció? Si creen que pinta bien esperen a leerla y después me cuentan. En varias ocasiones tuve que saltearme partes espectaculares (como el final, por ejemplo) para no hacer de este resumen un libro de 300 páginas; nadie quiere leer tanto acerca de una historieta cuando puede leer la historieta misma. Si por otro lado piensan que Superman no se merecía tanto circo y manoseo (es concebible pensar así) no les conviene seguir leyendo cómics, en los tiempos que corren ningún personaje está a salvo de los cambios abruptos, y no son las editoriales las culpables sino los lectores, que pueden decidir no comprar. Definitivamente estos no son buenos tiempos para los melancólicos lectores de antaño (como yo), pero sí para los activos y cambiantes lectores de hoy (como yo, también, je) que prefieren llorar por un héroe muerto que aburrirse con el clásico "los buenos siempre ganan".

Tercera parada: los ventosos mares de Saturno.

Qué espectaculares son los anillos. En fin, ya que el mar está picado abramos las cestas de comida. ¿Y ese avioncito de papel que trae el viento? Otra nota que nos envía Alejandro desde la Tierra.

PERRAMUS

Cuando el año pasado anunciamos con tristeza la muerte del “Viejo” Breccia, prometimos que en algún momento seguiríamos hablando del legado del maestro.

He aquí uno de los rescates más merecidos dentro de la historieta argentina. Una obra maestra, tanto por las ilustraciones como por el guión. Hablo del *“Perramus”* de Alberto Breccia y Juan Sasturain. Una obra bastante desconocida entre nosotros y, en algunos casos, hasta inédita.

Hagamos historia. La primera parte de *Perramus* fue un serial y sus dos capítulos inaugurales se estrenaron en el número 23 de la revista “Orient Express” (Italia, 1984). Pero pronto vería la luz en otros idiomas: “Circus” en Francia, “Comix Internacional” en España y “Fierro” de la cual Sasturain había sido jefe de redacción.

No pasó mucho tiempo antes de que se volviera un clásico de la narrativa ilustrada de los ochenta y fuera reconocido tanto en Europa como en América.

La obra es un fresco formidable de los años oscuros de la República Argentina, relatada con imaginación y exquisitez, haciendo uso de la fábula, la metáfora, el humor y la ironía. Con pequeños logros de sabiduría que son tesoros en grageas, que obligan a la relectura.

Perramus recibió, entre otros galardones, el entregado por *Amnesty Internacional* en 1988.

Pero no es la parte académica lo que me interesa destacar de la obra. *Perramus* no significa lo mismo para un lector de Europa o de EE.UU. que para los argentinos. Sasturain supo darle a la obra un tinte inconfundiblemente rioplatense. Un sabor que solamente los argentinos (y acaso los uruguayos) podemos apreciar.

No, no me olvido de Breccia (*el postre lo dejo para el final*).

La primera aventura fue concebida en 1982: “El piloto del Olvido” y trata de las desventuras de un hombre que, acosado por el peso de haber traicionado a los suyos, pide (y le es concedido) *el olvido*. Un olvido absoluto que lo transforma en un “Don Nadie”.

A partir de aquí se abre una búsqueda laberíntica a través de la ciudad Santa María (un Buenos Aires mítico) gobernada por los mariscales (los gobiernos militares de entonces), con una visita reveladora a la isla de Mr.

Witesnow y el último e invalorable encuentro con “El Maestro”. Es en esta aventura donde aparecerán los personajes que acompañarán a *Perramus* en toda la saga. El “Negro” Canelones (un obrero uruguayo), el aviador conocido como “El Enemigo” y “El Maestro”: un inolvidable Jorge Luis Borges que resume aquel *mito* (reflejo del verdadero) que los argentinos supimos concebir.

No adelanto más, preferiría que leyeran el excelente prólogo que aparece al principio del libro.

Bueno, yo creía que con esto Sasturain estaba para el bronce, pero hay más. La segunda parte se llama “El alma de la ciudad” y data de 1984. En ella es Borges el que porta la batuta para llevar a cabo la mística tarea de rescatar el alma de Santa María, representada en siete personajes de la ciudad (entre prostitutas, futbolistas y otras yerbas). Allí, a través de esa búsqueda, *Perramus* (que es el buscador) se transformará en el encontrado.

Dice Juan Sasturain: *“En las historias de Perramus -como en la historia a secas- toda victoria es ambigua y provisional…”*

Javier Coma afirma en la introducción al libro (bajo el título: “Un poema sobre la aventura interior”): *“Con la obra resultante, Perramus, Sasturain tomaba las riendas literarias que Héctor G. Oesterheld, masacrado en la guerra sucia de los dictadores…”*

“…en esta producción convergen tumultuosamente el fin de la dictadura, las culpabilidades del pretérito inmediato, el tributo obvio a Oesterheld y el homenaje manifiesto a Borges…”

Agrego yo, volviendo a ese sabor nativo que me hizo sentirlo propio desde la primera lectura, que Perramus es una bocanada de aire fresco y renovador, reflejando en cada página un poco de cada uno. El ser nacional… tan bien retratado, que fue entendido por todos dentro y fuera de nuestras fronteras.

Hasta aquí lo publicado en nuestro país. Dos partes de ocho capítulos cada una recopiladas en un libro de Ediciones de La Flor en colaboración con Editorial Lumen y con Ediciones Culturales Argentinas. Dicho libro data

de 1990 y es posible aún conseguirlo al precio de $22,70. *No, no creo que sea barato*. Ya se enterarán porqué.

A pesar de todo, existen dos partes más que (*ojo!*, hasta donde yo sé) todavía permanecen inéditas en nuestro país.

En la tercera parte de la saga ("La isla del guano", 1986 / 87) Borges vivo recibe finalmente el premio de la Academia (por su libro "FRICCIONES") y regresa definitivamente desde Ginebra. El único problema es que el grupo deberá recalar por una emergencia en la isla de Mr. Whitesnow ("*-Feliz de bajarme de ese aeroplano… pero me molesta la presión de un revólver en las costillas…*").

"La isla del guano" es una excusa para retratarnos una vez más, en una fábula agridulce, plena de ingeniosas reflexiones. Esta aventura está relatada en un libro de "Co & Co", de Ediciones B (de España), con tapa dura y papel ilustración (134 páginas, septiembre de 1993) al módico precio de $14 -también lo he visto a $19 en algunas librerías del centro, supongo que es cuestión de caminar-. Mejor presentación y un poco más barato que la editada acá.

La cuarta parte me es desconocida. Sé que existen referencias tangueras y rioplatenses, sin embargo no la conozco (y, créanme, me muero por leerla). Es una lástima.

Bueno, pero vayamos al postre. Si bien la historia es magnífica, no menos asombrosas son las ilustraciones del maestro Breccia.

Cada cuadro da para quedarse un buen rato mirando, disfrutando. Cada personaje es una obra de arte. Cada paisaje invoca un estado de ánimo. Con esas manchas tan peculiares, Breccia pinta como nadie las texturas que le dan forma a la fábula, complementando el diálogo y agregando nuevos conceptos visuales para que la angustia sea angustia *de veras*, y para que la ironía sea más irónica. Si el diálogo en una obra de ingenio, el dibujo es una obra de arte. Con esta creación, el "Viejo" inauguraba una nueva era en la historieta nacional y mundial. Algo comparable sólo con otra de sus obras: "Mort Cinder". Los estudiosos del Norte sitúan a *Perramus* en el mismo nivel que otros clásicos de la historieta, como "Verano Indio" de Pratt y Manara, o "Custer" de Trillo y Bernet.

Para terminar. No cabe dudas que nuestros artistas están entre los mejores del mundo. Sin embargo, el medio en que se mueven en nuestro país es, a menudo, hostil… y es una pena.

Perramus es la viva muestra que el arte no tiene fronteras, que se pueden hacer cosas desde el corazón.

Ojalá no tengamos que pedir *el consuelo del olvido* (como Perramus) por habernos olvidado tan pronto de lo nuestro.

Cuarta parada: los asoleados canales marcianos.

Bueno, ya que por aquí la playa es grande y el agua poca, podemos tendernos a tomar sol tranquilamente mientras leemos alguna revista. Eso sí, con un buen filtro solar porque parece que hoy los rayos ultravioleta pegan fuerte.

A cualquiera que lea las revistas de Editorial Columba le será evidente el cambio operado durante el pasado año 1993. Al principio se incluían las nuevas series impresas en papel ilustración (me recuerdan los primeros colores en las revistas blanco y negro), pero finalmente acabó siendo toda la revista de la misma calidad, pasando a llamarse ESPECIAL (o sea, p. ej. D'artagnan Todo Color ESPECIAL). Además, el correo de lectores, el incremento en la cantidad de historias de ciencia ficción, terror y fantasía, el arribo de nuevos guionistas y dibujantes (Barreiro, Trillo, Slavich, Lalia, ¿les suenan?), todo hace pensar en una nueva era y contribuye a que nos alegremos de dicho cambio.

Habremos algunos (no muchos, supongo) que despediremos con nostalgia a la "vieja" revista que nos acompañó tantos años y deberemos adaptarnos a este nuevo estilo al igual que lo hicieron los lectores de finales del '70. Pero los tiempos cambian y las revistas mejoran, para satisfacción nuestra, y, como dije antes, no son las editoriales sino los lectores quienes deciden qué géneros y estilos tienen éxito.

En materia de ciencia ficción se vienen trabajando varios títulos nuevos. El que más llamó la atención fue "Hacker", de Ricardo Ferrari y McLuty, cuyo primer episodio apareció en la revista Nippur Magnum 110. En esta historia se conjugaban la ciencia, la sociología y la psicología de un futuro probable en el cual los jóvenes estaban tan acostumbrados a la realidad virtual que detestaban el contacto real y hasta el sexo lo practicaban por computadora. El protagonista era un programa inteligente que vagabundeaba por las redes autodenominándose persona sin el menor respeto por el software ajeno. El último episodio apareció en Nippur Magnum Anuario 38.

Otra joyita de Ricardo Ferrari, esta vez dibujada por Ottolini, fue “El animal”. Durante el primer episodio (D’artagnan Color Superálbum 142), una nave extraterrestre naufragó en un planeta perdido metiendo al piloto en un problema.

Dicho piloto resultó ser un traficante que se ganaba la vida vendiendo animales raros a los zoológicos intergalácticos. El problema era que uno de esos bichos, una mezcla de mono con loro que se hacía llamar “el hombre”, se quería hacer el vivo y trataba de hacerle creer que era un ser inteligente (¡ja!, habrase visto). No tienen más que imaginar lo divertido de la situación. Terminó en D’artagnan Todo Color Especial 153 (al menos eso creo, es bastante difícil saberlo).

Y una vez más la agitada pluma de Ricardo Ferrari da a luz otra historia de ciencia ficción en la que se enfoca de un modo distinto la conocida leyenda de “El Golem”. Esta nueva serie, cuyo primer episodio se puede encontrar en la Nippur Magnum Anuario 38, está ambientada en un futuro pródigo en manipulación genética y cibernética donde el Golem tiene más posibilidades que las de un simple muñeco de barro. Las ilustraciones están a cargo de Mandrafina y Macagno.

Una que recién empieza es “El Dios” (D’ CSAE 144), de Ferrari y Capristo. En un futuro que perdió el petróleo a causa del ecologismo, la civilización retrocedió a tal punto que un robot puede ser fácilmente comparado con un ser divino.

Otra serie que recién comienza es “N.N.” (Nippur Magnum Todo Color Especial 81), en la que un niño inmortal deambula por el mundo buscando una paz que ni el sol ni el hombre le dan. Excelente obra de Trillo y Risso.

Estas cinco son, actualmente, las más recientes y destacables series de CF, pero no son las únicas. Entre las páginas de Nippur podemos (o podíamos) encontrar, por ejemplo, “Gwendolin 3-19-4”, de Ricardo Ferrari y Lucho Olivera (¡maestro!), “El peñón púrpura”, de Carlos Albiac y Ottolini, o también “Ciborg”, de Armando Fernández y Meriggi (finalizó en Nippur Magnum Especial 112). En Fantasía aparecen (o aparecían) “Raycon”, de Robin Wood y Emiliano, y “Shat”, de Gustavo Amézaga e Ibáñez. Y por supuesto el infaltable “Gilgamesh, el inmortal”, que podemos (y siempre podremos) encontrar regularmente en D’artagnan.

Además de las ya mencionadas, vale la pena destacar otras historietas que no pertenecen al subgénero de la CF pero que pueden ser de interés para

los lectores de Axxón. Me refiero a las historietas de fantasía y terror.

Entre éstas la ganadora indiscutida fue “Merlín”, de Robin Wood (cuándo no) y Alcatena, y digo “fue” porque esta saga terminó en el episodio nº 9 en la Nippur Magnum Todo Color 79. Otra bastante atractiva era “La era del nigromante”, de Eduardo Mazzitelli y Villagrán. En D’artagnan, en cambio, las páginas más tenebrosas las copan “Generación maldita”, de Gustavo Amézaga y Müller, y el clásico “Martin Hel”, de Robin Wood y L. Fernández. En la veterana El Tony podemos encontrar una historia de vampiros titulada “Drakeldorf”, de Gustavo Amézaga y Adán. Y por último, el plato fuerte para los amantes de la fantasía heroica: “Corum”, de Michael Moorcock, está siendo adaptada para Fantasía por Armando Fernández y dibujada por Mignola-Burchett.

Bien, creo que con la cantidad de títulos que les he dado, más alguno que se me haya escapado, tienen suficiente para entretenerse, pero si creen que esto es todo se equivocan. Si se fijan bien, encontrarán que además de todas estas series, las revistas contienen una cantidad de historias unitarias interesantes. Obviamente no las puedo enlistar aquí pero les aconsejo que las busquen, no tienen desperdicio.

Ah, casi me olvidaba. Por si alguno duda de la calidad de estas revistas (aunque no lo crean alguna vez oí dudas) me permito mencionar que la Asociación de Editores de Revistas premió con dos PLEYADE a las historietas Khryse (Amézaga-Falugi) y Capellán (Ferrari-Gómez). ¿Qué talco?

Bien, ya estamos llegando a casa, Tierra a la vista. Antes de entrar en órbita nos comunicarán las novedades desde la base lunar argentina.

- Las publicaciones DC/Perfil siguen en pleno ascenso. Tras haber aparecido en los kioscos “La broma asesina”, con su inquietante explicación del origen del Joker (espectacular trabajo artístico), y “Noche de resurrección”, en donde Batman tendrá que luchar contra una alianza de casi todos sus enemigos liderados por el peligroso Ra’s al Ghul (nada menos que 15 ilustradores y con prólogo de Stephen King), volvemos a deleitarnos con un especial, esta vez a cargo de Superman y protagonizado por Lois Lane, llamado “Superman vs. Titán”. Su precio: 4$.

Es evidente que ya no estamos tan solos a la hora de comprar cómics: el precio de las 6 revistas mensuales subió a 1,90$. Pero no es esto lo que le podríamos criticar a Perfil (después de todo, en EE. UU. cuestan 1,50 u$s) sino que sería bueno que mantuvieran una cronología y no anduvieran dando saltos. Por ejemplo, “Noches de resurrección” es anterior a “Crisis…”, y la revista Batman contiene números de 1990. Hop!

- Es curioso como ciertas cosas pasan desapercibidas para el entrenado ojo citadino. No hace mucho, me bajé en la estación Uruguay del subte línea B y me llevé la gran sorpresa de encontrar un mural formado por un cuadrito del Eternauta de Breccia junto con algunos pequeños Eternautas de Solano López. Me rasqué la cabeza tratando de descubrir desde cuándo estaba eso ahí y yo no lo había notado, y finalmente presté atención a un gran cartel, bastante llamativo, que explicaba que Subterráneos de Bs. As. estaba llevando a cabo un Plan mediante el cual nos alegrarían la vista con obras de varios artistas. Acabé enterándome que ese mural estuvo ahí por lo menos un año. Lo curioso del caso es que, entre nombres famosos como Caloi y Fontanarrosa, se menciona a Oesterheld, cuando en realidad se debería mencionar a Breccia y a Solano López. De todas formas, este hecho y el de que la reedición del Eternauta, que ya va por el 13º fascículo, tenga tanto éxito me hacen sentir levemente orgulloso de mi país. Finalmente se rinde tributo a los autores de esta obra magna de la CF argentina, aunque en el caso de Oesterheld y Breccia sea póstumo.
- Hablando del Eternauta, ya salieron las tapas para encuadernar la Parte I, o sea los primeros 11 fascículos. Realmente destacable la calidad: cartón duro, plásticamente recubierto, a todo color y al módico precio de 8 $. Es como para aprovechar la oportunidad y encuadernar las viejas ediciones completas de tapa blanda. Sólo me queda una duda sobre este tema: díganme, ¿por qué habrán salido en blanco y negro y no en color como hace unos años? Misterio.

Bien, eso es todo por este mes, pero para que se vayan preparando les voy a dar algunos adelantos de lo que se viene. Próximamente: Robotech, el clásico de los dibujos animados japoneses; más Columba con una investigación sobre la vida y obra del más legendario y conocido de sus personajes: Nippur de Lagash; notas sobre el manga, qué es y qué relación

tiene con el ciberpunk; y, finalmente, algo nuevo. Ya hemos dicho (y si no, lo digo ahora) que esta sección de la revista no está dedicada a la historieta exclusivamente, sino también a cualquier actividad similar que sea de interés y de la cual podamos emitir una opinión personal. Pues bien, tengo en preparación una nota que les abrirá los ojos al insospechado mundo de la ciencia ficción en los juegos de PC, les aseguro que se van a sorprender. Cumplo así con lo prometido a los lectores de la revista "PC Juegos" y a su director, a quien agradezco la amabilidad de haber publicado mi carta en la revista de este mes (en la cual, por supuesto, menciono a Axxón).

Correo 53

febrero de 1994

Estimados cienciaficcioneros ax(x)oniformes:

Me presento, porque para Uds. soy un ilustre desconocido: mi nombre es Marcelo (tal vez algún lector que haya tenido ocasión de conocer a la difunta revista JUEGOS recuerde haber visto a un “Richie Adler” en sus páginas: bueno, ese insensato era yo), y durante algún tiempo fui un clásico lector axxonal ignoto, oculto en la pegajosa vorágine del anonimato. Me abstuve por muchos (¡¡demasiados!!) números, pero he vuelto a caer en las garras del vicio con los ejemplares 49 y 50. Desde el número 35 que no tenía noticias de ustedes. Desde cierta lejana ocasión en la que fui a Work Sistem y no me quisieron copiar el Axxón más reciente en el momento… me alejé con reluctancia, pero firmemente. Ellos eran mis proveedores más confiables, y habían dejado de serlo: ¿a quién recurrir? Los contactos sanmiguelinos tenían, como “nuevos”, los números hasta el 17. ¡Horror! Y yo que desesperaba por uno nuevo “en serio”. En fin, el tiempo pasó, yo me alejé de las lecturas en PC (aunque no de la cf, eso jamás: responden de ello mis ejemplares de Ubik, Ingenieros del Mundo Anillo[*] y algunos otros que sería cansador nombrar aquí), hasta que descubrí una casa de “shareware” (no viene al caso cuál, aunque es uno de vuestros distribuidores capitalinos) que los distribuye “casi” gratis, al precio del diskette. Aleluya, me dije: veamos en qué andan.

Huelga decirlo, me caí de traste cuando vi las innovaciones desde el último número que yo había leído. (Yo tengo un Hércules: no quiero ni pensar lo que serán los Axxones en VGA.) Estoy tristemente convencido de haberme perdido —aunque tiene arreglo— una época de relatos de mi agrado; la tendencia “cyberpunk” se me atraganta un poco todavía, aunque uno de los relatos que me gustó más (“Lo que te come”, de Norman Spinrad, en Axxón 29) tiene un airecillo similar. O al menos me lo parece:

ahora me saltan los fanáticos del subgénero al cogote y me achuran, por hereje…

La propuesta de participación que hacen en el número 50 me tienta. Sobre todo porque tengo dos cuentos por ahí, rondando en mi disco rígido y su correspondiente “backup”, que hace mucho les quiero mandar y no me atrevía. Supongo que tengo miedo de que sean demasiado malos. A mí me gusta la temática, pero no sé si el estilo. Bueno, ustedes lo pidieron, así que aténganse a las consecuencias ¡el fin del mundo llega!: se los mando junto con esta *misiva electrónica*. Espero una opinión sincera y una crítica. Si mis escritos dan como para ello, constructiva; si no, la que se pueda.

Se me ocurren varias cosas en relación con el universo de lectores. ¿Alguna vez hicieron una encuesta para saber la composición de quienes “axxonean”?” “(Lindo verbo, hagamos un concurso de significados.) «Conozca al lector-tipo de Axxón». No digo que la finalidad deba ser algo tan fútil como eso, pero aunque más no fuera por curiosidad, ¿vio? (Se me cruzó también, como en un relámpago, una página o dos de mini “avisos de lectores” del estilo «Joven sanmiguelino (23) fanático de las computadoras, la cf y Axxón busca bella dama afín en gustos y edad para debatir inteligentemente el contenido de la revista, la inmortalidad del cangrejo (robot y autorreplicante) o el devenir del universo», pero no sé si ese tipo de Avisos para Contactos entre Lectores (o habrá que decir “visores” o “compuvidentes” ?) estaba en su lista de “Cosas Que Podemos Hacer Sin Perder Nuestra Imagen”. Se los dejo para que lo piensen, si gustan. (Y para que alguna lectora axxónica que se cope con la idea —o alguna más o menos afín, vamos, que uno es amplio de criterio al respecto — responda a la propuesta escribiendo a mi dirección, que se indica al pie. O eso espero.)

Por ahí también les mando una supuesta carta del futuro, que realmente no sé cómo llegó a mis manos; apareció entre mis discos y no sé bien si creer la historia que en ella se cuenta. Tuve algunos problemas para filtrarla a mi fiel procesador de textos, porque no estaba en ASCII sino en Unicode, pero uno se las rebusca. Hace poco tuve una sensación extraña. Entré a una librería de Florida (cuyo logotipo es una especie de Partenón estilizado, ¿captan?) y, recorriendo los estantes de cf (pocos, escasos y despreciados, los pobrecitos libros del género) me encontré con el libro de

Gardini, “El libro de la Tierra Negra”. Fue a la vez agradable y decepcionante. Agradable, porque siempre es bueno saber que se publica algo del género; pero decepcionante, porque para mí “El libro…” es y seguirá siendo el número diecisiete de Axxón. (Lo perdí por cuestiones de espacio, pero esa es otra historia… ya lo recuperaré.)

Y hablando de números de la revista, quisiera preguntarles algo. ¿Habrá alguna forma de que los datos del tipo de letra y el color de fondo queden almacenados en alguna parte, junto con el número de página? Y no me digan que ya lo hacen, porque en mi querido Hércules tengo que cambiar el fondo y la letra “cada vez que ejecuto el AXXON-??.EXE.” ¿O es que el archivo .CFG es sólo para la “élite” que tiene VGA? Así no vale, que nosotros también queremos (y merecemos) confort operativo… En relación a las demás prestaciones, no puedo menos que seguir felicitándolos: son sencillamente espectaculares. Como decían las maestras de primaria, “continúen trabajando así.” Los lectores, agradecidos. (Y ya los iremos a buscar al CD-ROM…)

Esto va para “*La Garrafa Virtual*” (una idea que considero excelente, ojalá tenga un eco proporcional a su excelencia): Tengo preguntas de índole diversa (inquietudes que sólo en Axxón y en una sección como “La Garrafa Virtual” pueden plantearse impunemente), que pueden invitar al debate o al sueño, a gusto del consumidor. Quien lo desee, que aporte su granito de arena a su resolución o su condena.

Dada una habitación, imaginemos que en su interior podemos proyectar un plano formado por algún tipo de energía que no viene al caso definir. Atravesar el cuerpo de un ser viviente con dicho plano energético implica la muerte de las células que se encuentran “intersectando” dicho plano, pero no las que se encuentran por encima o por debajo del mismo. La recorrida de todos los puntos del cuerpo de un ser vivo una sola vez (haciendo un “scanning”, digamos, vertical), ¿garantiza “a cualquier velocidad de barrido” la muerte de ese ser vivo? ¿Qué efecto podemos atribuir a la circulación sanguínea? (Mientras el corazón funcione, claro.)

Suponiendo al mismo plano de energía funcionando como un “filtro biológico” para eliminar, por ejemplo, un germen específico en la sangre y los tejidos, ¿bastaría “un solo scanning” en cualquier dirección para

eliminar completamente a dicho germen? De nuevo, ¿qué papel cumpliría la circulación en este caso?

A los que hayan leído “Mundo Anillo” y su continuación “Ingenieros del Mundo Anillo”: ¿Teela Brown era afortunada, o no lo era?

A los mismos: ¿Qué opinan de esos seres extraños llamados los Protectores de Pak?

Si fuéramos miniaturizados (por cualquier medio concebible, ya sea gracias a Isaac Asimov o a Rick Moranis) a la mitad de nuestro tamaño normal, ¿de qué colores veríamos los objetos cotidianos?

En relación con los supuestos “resolvedores” del clásico e imposible problema de la cuadratura del círculo, ¿se sabe qué métodos supuestamente usaron para lograrlo?

Mis delirios terminan aquí… por ahora. Confío en seguir axxoneando, y recomiéndenme un copiador autorizado que tenga buen humor durante todo el día. Desde ya, muchas gracias.

Marcelo Huerta San Martín
Juan Irigoin 854
1663 San Miguel

[*] A propósito: ¿Hicieron ese “brainstorm” sobre el Mundo Anillo que proponía uno de los lectores? ¿Qué pasó con la idea?

Axxón: Lamentamos mucho tus inconvenientes para conseguir Axxón, la verdad es que, si bien los dueños de Work Sistem son buenos amigos, muchas veces sus empleados han atendido mal a algún lector de Axxón, y nos tememos que hayamos perdido por esta causa a más de uno. Ocurre que lo que para nosotros es muy importante para otros puede ser (y de hecho, si no están comprometidos por el cariño hacia la revista, lo es) un puro incordio. Cuando hablé con las personas que dirigen Work se mostraron horrorizados de que hayan pasado cosas así, pero es evidente que tienen empleados porque no pueden estar encima de todo todo el tiempo, y que se les ha escapado de las manos la posibilidad

de garantizar una buena atención. A causa de estos episodios, que con más razón, sospechamos, se pueden repetir en distribuidores que no sean tan amigos, decidimos centrar la distribución en el sistema shareware. Para que Axxón siga siendo lo más accesible que se pueda, logramos que varias casas de distribución de shareware cobren $1 por el diskette, prácticamente su valor de costo. Por otra parte, Axxón está en muchas otras más, al valor normal que cobran por sus discos.

Veo que te gustaron los cambios de Axxón… pero no sabés nada de ellos si no la viste en VGA. Si al momento de leer esta respuesta todavía seguís con tu impresión "herculiana", te pedimos, por favor, lo mismo que le pedimos a todos nuestros lectores en la misma situación, que trates de ver la revista en una VGA. Te vas a caer de… espaldas.

No encontramos tu cuento en el diskette… Bueno, en realidad la palabra vale más que nunca, ya que había tantos archivos con las cartas repetidas en distintos formatos y… ¡en distintas versiones! que nos volvimos locos. De cualquier modo, bueno, no encontramos ningún cuento. ¿Te olvidaste de incluirlo o se perdió en un infundíbula crono sinclástico?

No, aún no hicimos una encuesta. La idea de una página o dos de Contactos no está nada mal: queda abierta, y esperamos que lleguen las cartas. Es cierto que el archivo de configuración no guarda el estado Blanco-Negro del fondo de la Hercules, en realidad no se nos ocurrió, pensando que no es demasiado difícil cambiarlo cada vez. Pero ya lo vamos a memorizar también, no te desesperes. La Garrafa te contestará en su próxima edición, o por lo menos eso creo (ya ves, por estas palabras, que gozan de independencia), ya que agarraste a su dire de vacaciones. De cualquier manera, los problemas quedan planteados para todos los lectores desde tu carta. Yo te voy a contestar una: Si la visión de colores depende de una resonancia en la cual importe el tamaño de los conos, que son los sensores del color en el tapiz de la retina, veríamos las cosas de otro color. Si en cambio la

detección se basa en otras consideraciones físicas, tales como el cambio de órbita de un electrón, no cambiaría nada. En realidad a tu pregunta le falta un dato: ¿Cómo se supone que se produce la reducción? Si ésta se hace de una manera "mecanicista", es decir, se reduce cada uno de los espacios involucrados, incluyendo los subatómicos, ya no se puede dar ninguna respuesta lógica, ya que se estaría pasando a un difente estado de la materia que no se corresponde con la física conocida, ni con su leyes. Si, en cambio, se reduce el espacio entre átomos, por ejemplo, sin cambiarlos a ellos, entonces vale lo que te dije: Todo depende del mecanismo que use el ojo para detectar los colores (mecanismo que como podés ver, no me tomé el trabajo de estudiar, será cuestión de "garrar" los libros).

¿Buenos? Aires, 37 d.A.

Estimados Axones Primordiales:

Les escribimos, en la distancia infranqueable del tiempo, para darles las gracias. Ustedes no lo saben, pero nos han ayudado por años a hacer más vivible nuestra vida y, en cierta forma muy elíptica, a conservar la esperanza.

Estamos sentados, en forma similar a algunas de las ceremonias primitivas de vuestro tiempo, en torno a una fuente de luz y calor… que no es una hoguera química, sino la pantalla de una computadora. Escondidos entre las ruinas de lo que alguna vez fuera un instituto científico, releemos las historias que Axxón nos brinda desde el plástico del diskette flóptico, rogando que la unidad lectora no vuelva a fallarnos y turnándonos, frente a los brillantes colores del monitor HXGA, en manipular el teclado ergonómico de nuestra computadora MegaRISC PentaDecum, mirando con angustia los rostros temerosos de nuestros hijos… esperando que al menos por unos minutos, los relatos los distraigan de esta realidad cruel de fanatismo y muerte que nos envuelve por doquier. Normalmente lo logran, así que esa es una de las razones más importantes para darles las gracias.

Ustedes no lo saben (aún), pero hay tenido una trayectoria brillante. Entre nosotros, axxoneros de la primera hora (de nuestra vida), aún son leyenda

muchos de los números de la revista. Por ejemplo, el casi inhallable Axxón 87, en el que la trama y los finales de las historias eran ajustados según las elecciones de los lectores; tenemos por ahí un antiguo diskette de 2.88, heredado de mi abuelo, en el que guardamos varias copias para que jueguen los chicos. (Creo que ya han probado todas las combinaciones posibles, pero disfrutan mostrándolo a sus amigos más chicos.) O el número 125, en el que los lectores intercambiaban sus propios aportes vía modem. (Este ejemplar, cuyo funcionamiento ha sido transmitido por la tradición oral, sería prácticamente inútil en nuestros días: con las comunicaciones electrónicas prohibidas, nuestra época de oscurantismo hace ilegal la mera posesión de una computadora.)

Hubo un número que jamás conseguimos, y que es algo así como nuestro Santo Grial; con cierta regularidad hay expediciones heroicas entre los jóvenes de nuestro grupo y de otros cercanos, en dirección a la Gran Burbuja ROM del Gobierno, para intentar colarse subrepticiamente en el edificio subterráneo que la alberga y copiar (entre otros) el fantástico Axxón 346, en el que se inauguró la ilustración holográfica tridimensional de las historias, junto a la ya clásica síntesis vocal que amenizaba las lecturas. Algunos entre nosotros (los más plásticos y menos aficionados a la ficción) se limitan a disfrutar de las obras de arte de las “tapas”, debidas a la Inteligencia Artificial Axxónica que conservó por décadas, desde casi los inicios de la info-revista, la mente creativa y genial de Rodolfo Contin. (Lamentablemente, ninguno de los que iniciaron la búsqueda ha regresado.)

Tales gestas heroicas se hacen necesarias porque el gobierno ha incluido a todos los Axxones (desde el número 0) en un NeoIndex de todas las obras que fomentan y difunden la imaginación creativa, y, aunque los ha guardado bajo máxima seguridad, los ha hecho desaparecer de la circulación pública. Nosotros sabemos, aunque nadie en el gobierno lo reconozca, que también se incluyen en él todos aquellos esfuerzos que demuestran que no estamos condenados a ser un país de última, aunque nuestros omnipotentes dirigentes estén felices reduciéndonos a un mero exportador de mano de obra y mujeres para los mandatarios de los Tres Centros Dominantes…

Aunque en su momento la proscripción de Axxón desató severas controversias, ya nadie está en posición de combatir abiertamente. Sólo quedamos nosotros, intentando recordar lo que es ser digno, útil, importante… y a la vez soñador, juguetón, travieso. Ustedes nos ayudan a recordarlo, y por todo eso queremos agradecerles… nuevamente.

Uno de nosotros ha encontrado una máquina antigua, un pequeño alvéolo difractor del tiempo, un juguete experimental olvidado por los funcionarios que destruyeron este laboratorio hace ya tantos años. Lo hemos probado con cautela, descubriendo con pena que sólo podrá enviar objetos muy pequeños al remoto pasado donde ustedes residen, y que sólo funcionará una vez. Enviaremos este texto a un personaje que ya estudiamos bien, un empleado de correo medio sordo y distraído, que seguramente enviará el disco y su sobre a la dirección que le pongamos, sin mirarlo demasiado. La dirección del remitente es la de un antepasado mío, que confío entenderá cuando reciba a vuelta de correo un diskette con el número de Axxón que en esa fecha haya publicado la carta.

Sé que esto es muy extenso, pero queríamos evitar que cualquier curso alternativo del tiempo les impidiera llegar a nosotros. *Los necesitamos, aquí en el remoto futuro. Sigan adelante. Cada vez somos más los que los esperamos.*

Ricardo Adler,
“axxionista” de la primera hora.

Axxón: ¡…!

Bill Percebe, el espacial

Lucius Shepard

Lucius Shepard, que como verán más abajo ha obtenido varios premios por la novela que presentamos aquí, es un norteamericano nacido en Lynchburg, Virginia, de cuarenta y tantos años de edad, y es un autor que ya ha ganado los principales premios de la CF en los EE.UU en años anteriores. Algunos críticos lo consideran "uno de los mejores diez cuentistas de la historia de la CF", lo cual, sin duda, no es poco decir. Esta novela corta ganó el Premio Hugo 1993, el Premio Locus 1993 y el Premio Dell Magazine 1993, todos ellos otorgados a la producción de 1992.

(*) El término "Percebe" es el nombre de un crustáceo de cinco valvas y un pedúnculo carnoso que se cría pegado sobre las piedras y los cascos de las embarcaciones, en grandes aglomeraciones. En otra acepción, significa tonto o ignorante. Es traducción de la palabra "Barnacle", empleada por Shepard en el original, que en inglés también tiene esos dos significados. (N. de la T.)

La forma en que ocurren las cosas, no los grandes movimientos del tiempo sino las cosas comunes y corrientes que nos hacen ser lo que somos; el violento accidente de nuestro nacimiento; las simples lujurias que, por un capricho o porque son un desafío a nuestro orgullo, terminan transformándose en complejas tragedias amorosas; la insensible operación de los cambios; la salvaje dulzura de otras almas que intersectan las órbitas de nuestras vidas, que nos acompañan por un tiempo siguiendo nuestro mismo curso para luego virar y sumergirse en el olvido, sin dejarnos una figura formal que podamos evaluar, ningún patrón fácilmente comprensible que pueda esclarecernos… Cuando se elaboran cuentos a partir de elementos como estos, con frecuencia me pregunto por qué el narrador, por

lo general, termina convenciéndose de que debe perfumar el crudo hedor de la vida, reemplazar las malditas pérdidas con palabras sobre la nobleza del sacrificio, dejar lo agudamente doloroso reducido a una pensativa tristeza. La mayoría de la gente, supongo, desea que le sirvan la verdad con una guarnición de simpatía; la azarosa incertidumbre del mundo los abate y desean evitar que los enfrenten a ella. Sin embargo, con este acto de evasión, están dejando de lado la profunda tristeza que puede originar la contemplación del espíritu humano *in extremis* y están cerrando los ojos a la belleza. Es decir, a esa belleza que es el lastre de nuestra existencia. La belleza que entra a través de una herida y que en los funerales nos susurra al oído una palabra negra, una palabra que nos hace olvidar, encogiéndonos de hombros, nuestra debilidad de personas que sufren, para decir "Basta, Nunca más". La belleza inspiradora de ira, no de arrepentimiento, y que incita a la lucha, no a la estética ociosa del simple espectador. A mi parecer, es eso lo que existe en el corazón de los únicos cuentos que vale la pena contar. Y es ése el propósito fundamental del arte del narrador: hacer resaltar esa belleza, manifestar su central importancia y lograr que siga destacándose por encima del inevitable naufragio de nuestras esperanzas y de la despreciable materia de nuestra decadencia.

Aquí está, entonces, la historia más bella que conozco.

Todo sucedió hace no tanto tiempo, en la estación Solitaria, pasando la órbita de Marte, donde se ensamblan y lanzan las luminaves que desaparecen en estallidos de mil quinientos kilómetros de largo, y le ocurrió a un hombre llamado William Stamey, también conocido como Bill Percebe.

Un momento, estarán diciendo muchos de ustedes, esa historia ya la conozco. Se contó, se recontó y se volvió a contar. ¿Qué sentido tiene volver a repetirla?

¿Pero qué es lo que saben, en realidad?

Que Bill era un muchacho dulce y apacible, me imagino. Que era un tipo despreocupado, con una chispa especial del Creador en el pecho y la mirada puesta en el más allá, amigo de todos los que lo conocían. Que era un sensitivo y no un retardado, un romántico y no un enfermo del corazón,

alguien maltratado por el destino y no una víctima de violaciones, tormentos e iniquidades.

Si ese es el caso, entonces harían bien en prestarme atención, porque en Bill coexistían el hombre y el niño, pero ninguno de los dos era despreocupado en lo más mínimo, y las cosas que hizo y la forma en que las hizo tienen, en última instancia, menor consecuencia que la razón que lo movió a hacerlas y que el modo en que todo ello se destaca por sobre la pobreza espiritual y la desesperación de nuestra era.

De todo eso, supongo, ustedes no saben casi nada.

Bill tenía treinta y dos años al momento de mi relato; era un desgreñado sujeto de andar vacilante y con olor a transpiración, con una calvicie incipiente y un tonto rostro de luna llena cuyas facciones —ojos celestes de mirada débil, boca como el arco de Cupido y nariz chata— eran demasiado pequeñas para él, dejando sin explotar la mayor parte de una vasta zona redonda. Siempre tenía las manos sucias y el mameluco de la estación con un mapa de manchas, y rara vez se lo veía sin una bolsita de tela en la que llevaba, entre otros elementos, un puñado de golosinas y cristales de RV pornográficos. Era su gusto por las golosinas y la pornografía lo que frecuentemente nos unía: la mujer que vivía conmigo, Arlie Quires, atendía la proveeduría a la que Bill acudía para reaprovisionarse de enseres; en ocasiones, cuando me lo permitían mis tareas de la Sección Seguridad, yo la ayudaba en el mostrador. Cuando Bill entraba, siempre prefería que lo atendiera yo; como comprenderán, todas las personas con las que se topaba lo intimidaban, en especial las mujeres hermosas. Y Arlie, delgada, trigueña y de rostro inteligente, no sólo era hermosa sino también mordaz, lo cual lo espantaba más todavía.

Hubo una instancia en particular que servirá tanto para ilustrar la circunstancia básica de Bill como para sentar un precedente de lo que sucedió después. Ocurrió un día, alrededor de seis meses antes del regreso de la luminave *Perseverancia*. En las plataformas de montaje acababa de cambiar el turno y el bar de la proveeduría estaba repleto de obreros. Arlie se había ido corriendo a algún lado, dejándome a cargo, y desde mi privilegiada posición, detrás del mostrador ubicado en una antesala cuyas paredes estaban cubiertas de fotomurales holográficos que mostraban un día de cielo despejado en los ahora difuntos desiertos de Alaska y que estaba amueblada con mesas y sillas metálicas, todas vacías en esa ocasión,

podía ver las luces de colores que se movían de aquí para allá dentro del bar y oír los ritmos insistentes de una banda de música de pulsos. Bill, como era habitual en él, espió desde el corredor para asegurarse de que ninguno de sus enemigos andaba cerca y luego entró bamboleándose, echando miradas a izquierda y derecha, agachando la cabeza, doblando la espalda, como la viva imagen de la culpa. Empujó hacia mí su fabricante de dinero —tres lucecitas verdes que parpadeaban en un delgado cilindro de metal y que indicaban la cantidad de créditos que depositaba en la proveeduría— y exigió, con esa voz áspera y gangosa que tenía, que le diera “cosas nuevas”, es decir, cristales de RV nuevos.

—No tengo nada nuevo para darte —le dije.

—Llegó una nave. —Me dedicó una mirada de feroz desconfianza —. Yo la vi. ¡Estaba afuera y yo la vi!

Esa mañana, Arlie y yo habíamos discutido: comenzamos con una mezquina diferencia de opiniones sobre a quién de los dos le tocaba usar la línea prioritaria para hablar con nuestros parientes de Londres y terminamos por convertirla en una batalla de grandes proporciones. No estaba de humor para este tipo de conversaciones.

—No seas asno —le dije—. Sabes que todavía no habrán bajado el cargamento.

La mirada desconfiada titubeó, pero no desapareció.

—Ya descargaron —dijo—. Los trineos iban de aquí para allá.

Sus ojos se volvieron algo soñadores y su cabeza se bamboleó, como si estuviera imaginándose que estaba de nuevo en la piel de la estación, mirando a los trineos que entraban y salían de las bodegas de carga, pero en realidad, según advertí, tenía la mirada fija en una sección del mural holográfico en la que un oso pardo acababa de salir del bosque y estaba olfateando una pila de ramas y troncos verdes que estaba en la orilla de un arroyo y que debía ser el dique de un castor. Aunque jamás había visto uno de verdad, la noción de los animales fascinaba a Bill; cuando era incapaz de pensar en algo relevante que decir se ponía a recitar datos sobre las jirafas y los elefantes, los canguros, las ballenas y otras bestias todavía más exóticas, todas relegadas ahora a la categoría de leyendas.

—¡Maldita sea! —dije—. Aunque hayan descargado, con el procesamiento y el inventariado pasará una semana o más antes de que veamos cualquier cosa de esa nave. Si deseas algo, encárgame una cosa

específica. No entres aquí a decir —traté de imitar su forma de hablar— “Dame cosas nuevas”.

Al mismo tiempo que yo hablaba, desde el corredor entraron dos hombres y una mujer; se pusieron en fila detrás de Bill, manteniéndose a buena distancia de él, y al oír que lo regañaba establecieron contacto visual conmigo, haciéndome saber, por medio de sonrisas cómplices, que apoyaban mi áspera respuesta. Hicieron que me avergonzara de haberle gritado.

—Mira —dije, sabiendo que Bill jamás lograría manejar lo específico—. ¿Quieres que te elija algo? Es probable que pueda encontrar uno o dos que no hayas visto.

Bajó su gran cabeza y asintió, empujado a la sumisión por mi prepotencia. Por su lenguaje corporal, me percaté de que quería volverse para ver si la gente que tenía detrás había sido testigo de su humillación, pero que no podía reunir fuerzas para hacerlo. Dio un respingo y se estremeció, como si las miradas estuvieran aguijoneándolo; se aferró del borde del mostrador y sus dedos dejaron marcas grasosas en la lustrosa superficie.

Cuando regresé del depósito de mercaderías, se habían filtrado varias personas más y en la entrada del bar había media docena de hombres y mujeres que holgazaneaban, reían y conversaban, entre ellos Braulio Menzies, quizás el más aplicado de los torturadores de Bill, un hombre corpulento, cetrino y propenso a la calvicie, de alisados cabellos negros, gruesos hombros, inmensos antebrazos y una mefistofélica barba de chivo entrecana que le daba a sus rasgos generosos un aspecto escrupulosamente amenazador. Había dejado siete hijos, una esposa y una madre en Sao Paulo para ocupar un puesto de capataz de una unidad de metalurgia y enviaba la mayor parte del sueldo a su familia, quedándole muy poco para gastar en entretenimiento. Si estaba bebiendo, y aparentemente así era, no se me ocurría nada que pudiera haberlo obligado a venir al bar, a no ser que hubiera recibido alguna noticia de su casa. Como no parecía estar de humor alegre, supuse que la noticia no había sido buena.

La hostilidad que se respiraba en el salón era tan intensa como un perfume barato. Bill seguía allí, con la cabeza gacha, las manos aferradas del mostrador, pero ya no estaba manteniendo esta actitud por una cuestión de pasividad… se había puesto rígido, en el cuello se le marcaban los

tendones y sus dedos apretaban el plástico, reconociéndose como el objetivo de todo murmullo despreciativo y de toda carcajada maliciosa. De tan tenso, parecía a punto de explotar. Braulio tenía los ojos clavados en él con una expresión de repugnancia no disimulada; mientras yo colocaba las cosas de Bill sobre el mostrador, la delgada muchacha rubia que colgaba del brazo de Braulio se puso a cantar: “No puede conseguir mujeres, al menos mujeres humanas; es Bill Percebe, el Espacial”.

Hubo un estallido general de risas y el rostro de Bill se puso rojo; su garganta emitió un horrible sonido quebrado. La muchacha, con sus diminutos senos medio salidos del breve vestido de reluciente plástico azul, siguió cantando su cruel canción.

—¡Oh, vaya que eres brillante! —le dije—. ¡Las mentes creativas nunca dejan de asombrarme! —Pero mi sarcasmo no surtió efecto en ella.

Empujé hacia Bill tres cristales de RV y un doble puñado de caramelos duros, sus preferidos.

—Ahí tienes —le dije, haciendo lo posible por hablar en tono amable, pero al mismo tiempo deseando transmitirle la urgencia de la situación—. Ahora no te quedes por aquí.

Dio un respingo. Abrió los párpados y levantó la mirada para encontrarse con la mía. En su expresión reptaba la ira, endureciendo el simple terreno de su rostro. Necesitaba sentir ira, supongo, para conservar algún fugaz sentido de la dignidad, para esconderse del terror que crecía en su interior, y yo era el único al que se atrevía a confrontar.

—No —dijo, dándoles un golpe a los caramelos y desparramando la mayor parte en el suelo—. ¡Me engañaste! ¡Quiero más!

—¡Voy a fabricarte un camino, papanatas! —dijo un hombre negro con aspecto de rufián, inclinándose sobre el hombro de Bill—. ¡Para que viajes mejor! —Otros se hicieron eco y uno empujó a Bill hacia el corredor.

Los ojos de Bill seguían fijos en los míos. —¡Me engañaste, dame más! ¡Me debes más!

—¡Muy bien! —le dije, mientras mi paciencia flaqueaba—. Soy un ser humano totalmente deshonesto. Me gano la vida estafando a ingenuos como tú. —Agregué algunos caramelos más a la pila y le hice gestos de que se fuera. Braulio avanzó, tambaleándose, con la mirada no muy clara.

—Que este hijo de puta se quede, viejo —dijo, con la voz ronca de furia—. Quiero hablar con él.

Salí de detrás del mostrador y me interpuse entre Braulio y Bill. Mis actos no estaban inspirados en ningún tipo de afecto hacia Bill: aunque no le deseaba ningún mal, tampoco le deseaba ningún bien. Supongo que lo percibía como alguien que era menos que una persona y no como un problema insalubre. En parte, todavía estaba motivado por el enojo residual de la discusión con Arlie. Y, por supuesto, era mi deber, como oficial de la Sección Seguridad, mantener el orden. Pero creo que la verdadera razón por la que acudí en su defensa fue que estaba aburrido. Todos los que estábamos en Solitaria estábamos aburridos. Aburridos, de mal genio y desalentados, atacados por esa clase de dolencia febril que surge cuando se experimenta una sensación de futilidad.

—Ya basta —le dije desganadamente a Braulio—. Suficiente, todos ustedes. Lárguense, bestias.

—No quiero hacerte daño, John —dijo Braulio mientras trataba de enfocarme—. Sólo apártate.

Un par de sus compañeros de trabajo se acercaron y se pararon a su lado. De sus cabezas de cortos cabellos sobresalían las protuberancias plateadas de los interceptores, las puntas de los receptores que transmitían ondas de radio, energía solar, cualquier tipo de señal, a sus diversos centros cerebrales, produciéndoles una cinestesia eufórica. Yo tenía un prejuicio filosófico contra los interceptores que sin duda era, parcialmente, el resultado de algún vestigio de reflejo cristiano. Al verlos, mi fastidio se volvió más refinado.

—Ustedes, pobres vegetales, están sintonizando un canal oscuro —dije—. No los salvará la campana. Hoy no. No habrá final feliz.

Los interceptados se dedicaron unas sonrisas. Sólo Dios sabe qué loca interferencia era la responsable de esa sensación de bienestar. También sonreí. Después le di un puntapié en la cabeza al que tenía más cerca,

apuntando a su manojo plateado y errando. Pero no erré con su amigo, a quien le acerté un puñetazo de revés inteligentemente colocado. Se quedaron tirados e inmóviles, con las sonrisas todavía dibujadas. Tal vez, pensé, el interceptor había convertido la golpiza en un paseo por el parque. Braulio retrocedió un paso y adoptó una postura defensiva. Los mirones se apartaron. Las pulsaciones de la música del bar parecían estar indicando el ritmo de la tensión que había en el lugar.

Todavía me quedaba cierta necesidad de liberar violencia, pero no estaba ansioso de enredarme con Braulio: aunque estuviera borracho sería un formidable peleador y, en todo caso, sin importar cuán compulsivo fuera mi instinto de causar daño, mis deberes me exigían dar el ejemplo de moderación.

—La violencia —dije, simulando el cómico acento de las clases bajas, esperando calmar la situación—. El vino del maldito populacho. Es como me decía mi padre: hijo, decía, cuando te abandone la razón y tu mujer se haya empinado todo el licor de cerezas, córrete hasta el bar y méale la cara a alguien. No existe nada tan dulcemente lógico como un codo incrustado en la garganta, ningún argumento tan punzante como el que se obtiene al aplastar algunos dientes con el talón. El ruido de los huesos al quebrarse es en sí mismo un idioma filosófico. Y cuando le hayas marcado la cara a un tipo con una cicatriz, le habrás proporcionado una agradable homilía que tendrá que leer cada vez que se mire al espejo. Aristóteles, Platón, Einstein. Todas las grandes mentes se iniciaron buscando camorra en los bares. Puñetazos en la entrepierna. Codazos en la garganta. Esos son los primeros pasos hacia la expresión de los más sutiles conceptos matemáticos. Estamos por embarcarnos en una fantástica experiencia intelectual y en lo que a mí respecta, damas y caballeros, me encuentro alborozado ante el desafío.

La expresión general de los mirones se relajó y se oyeron algunas risitas. Braulio, sin embargo, permaneció enfocado, con los ojos clavados en Bill.

—Esto es ridículo —le dije—. Vamos, compañero. Hazme un favor y acábala ya.

Meneó la cabeza, lenta, torpemente, como un oso tratando de espantar a la abeja que lo molesta.

—¿Qué sentido tiene todo esto, amigo? —Señalé a Bill con un movimiento de cabeza—. Lo único que quiere es esfumarse. ¿Por qué no lo dejas?

La rubia chilló: —¿Por qué estás diciendo tantas idioteces? ¡Ustedes dos tendrían que estar del mismo lado, viejo!

—No recuerdo tu nombre, querida —dije—. Tarántula ¿verdad? Tendrías que darle de comer más seguido, Braulio. Un par de moscas más por día la pondrán más dócil.

Ignoré los insultos de ella, mientras vigilaba los hombros de Braulio. Cuando el hombro indicado descendió una fracción, intenté una patada circular, pero él se agachó y se apartó rodando, volviéndose a poner de pie con los movimientos fluidos y ondulantes de un *capoeirista*. Empezamos a movernos en círculos, buscando una brecha. La gente nos hizo sitio. Entonces alguien —Bill, creo— me empujó. Braulio se lanzó en lo que parecía ser un salto mortal, pero cuando adelantó una mano en mitad del movimiento, su larga pierna izquierda se desplazó hacia adelante como un latigazo y me acertó en la sien. Mareado, retrocedí, recibí un golpe aún más fuerte en el costado del cuello y caí violentamente contra el mostrador. Si Braulio hubiese estado sobrio habría acabado conmigo, pero sus reacciones eran lentas; cuando se me vino encima le di un puntapié en el hígado. Se dobló en dos, le puse un rodillazo en la cara y luego le empujé las piernas. Cayó pesadamente y me arrojé sobre él, ya no usando mis técnicas, sino dándole frenéticos puñetazos, como un matón callejero, desahogando todas mis emociones ulceradas. Alguien estaba estrujándome el cuello, la cara. La rubia. Estaba gritando, sollozando, diciendo “No, no, basta, estás matándolo”. Entonces alguien me agarró por detrás, me sujetó los brazos y pude ver lo que había forjado. Braulio tenía el pómulo roto, un ojo cerrado por la hinchazón y le había destrozado el labio superior hasta convertirlo en pulpa.

—¡Está de duelo, viejo! —La rubia cayó de rodillas junto a Braulio —. ¡Eso es todo! ¡Está de duelo por sus pequeños! —Sus manos revoloteaban sobre la cara de él. Casi todos los demás tenían una expresión neutra, estaban mudos, como si haber sido testigos de esa violencia hubiera apaciguado sus resentimientos.

Me libré del hombre que me sujetaba.

—Maldito hijo de puta de Seguridad —dijo la rubia—. ¡Está de duelo, nada más!

—Me importa un rábano lo que le pasa. No hay ninguna ley que diga… —me esforcé por recobrar el aliento— que diga que puede exorcizarse de esta manera. ¿O sí la hay?

Esto último fue dirigido a los que habían estado mirando y, aunque algunos evadieron mis ojos, recibí gestos de asentimiento y gruñidos de beneplácito de parte de muchos de ellos. No les interesaba en lo más mínimo mi destino ni el de Braulio; sólo deseaban ser testigos de cómo terminaría todo esto, fuese cual fuese el final. Pero ahora yo sabía que había sucedido algo con los hijos de Braulio, entendía por qué Braulio había escogido a Bill como representante de los verdaderos culpables y sentía dolor en el corazón por lo que le había hecho.

—Llévenlo a la enfermería —dije, y luego señalé a los interceptados, que seguían tirados en el suelo, con los ojos cerrados y las sonrisas dibujadas—. A ellos también. —Me llevé la mano al cuello: bajo mi oreja derecha se había materializado un bulto que latía alegremente.

Bill se puso a mi lado, apretando en las manos su bolsita de tela. Me disgustó su olor, su suavidad y sus modales de pelele, todas las facetas de su ser. Creo que estaba a punto de decirme algo, pero yo no quise oírlo. Vi en él lo que debió haber visto Braulio: una monstruosidad gordinflona, una inutilidad en dos patas.

—¡Fuera! —le dije, fastidiado conmigo mismo por haber intercedido en su defensa—. ¡Vuelve a tu maldita madriguera y quédate allí!

Hundió la cabeza en los hombros como si estuviera esperando un golpe y luego comenzó a caminar trabajosamente hacia la puerta. Justo antes de salir al corredor, se volvió. Creo que tal vez seguía con intención de decirme algo, quizás de ofrecerme su agradecimiento o —lo mismo daba— de volver al punto en que expresaba su insatisfacción con respecto a la cantidad de mercadería. En su rostro había una mezcla de petulancia desafiante y miedo, pero eso no me daba ninguna pista sobre sus intenciones. Era su expresión habitual, la que le había tomado treinta y dos años elaborar, puesto que, debido a su peculiar historia, tenía una justa causa para ser desafiante y para estar atemorizado.

*L*a madre de Bill fue una técnica médica asignada a la estación por la corporación Seguin, titular del contrato de desarrollo del programa Luminaves. Por lo tanto, cuando el escaneo prenatal indicó evidencias del severo retardo de Bill, ella pudo aprovechar su posición para alterar los registros de computadora a fin de ocultar la condición de su hijo; de no haber sido así, según las leyes de la estación —las leyes de la corporación—, habría tenido que abortar el feto. Por qué lo hizo y por qué se suicidó diecisiete meses después del nacimiento de Bill es algo que permanece en el misterio, aunque se supone que estos actos irritativos obedecieron a la probabilidad de que el padre de Bill, un colono que había partido a bordo de la luminave *Perseverancia*, jamás regresara.

El descubrimiento de que Bill era retardado provocó una feroz controversia. Una pluralidad considerable de trabajadores de la estación insistió en ejecutar al infante, alegando que, dada la elevada demanda de espacio vital, permitir la supervivencia de esa criatura sin valor era una afrenta hacia todos aquellos que habían hecho grandes sacrificios personales para venir a Solitaria. Este grupo consistía principalmente de individuos cuyas vidas habían sido modeladas por encargo o que estaban obligados a vivir allí para cumplir con el sistema de cupos: mujeres sin hijos, administradores y —el elemento más numeroso dentro de la pluralidad y de la población en general— personas que, como Braulio, habían conseguido un empleo a bordo de la estación, logrando así escapar de la pobreza y la polución abrumadoras de la Tierra, pero que no eran tan importantes como para poder traer a sus familias, viéndose entonces en la obligación de abandonarlas. En la oposición, había una minoría compuesta por aquellos cuyos prejuicios religiosos o filosóficos no les permitían aceptar semejante acto de violencia insensible, pero esta era, creo, una postura fundada casi enteramente en los principios: dudo de que muchos de los comprometidos con este grupo sintieran algún entusiasmo específico por Bill. Apartado de la refriega, había un numeroso grupo que, por varios motivos sociales y políticos, se mantenía neutral. Sin embargo, supongo que al menos la mitad de ellos, de habérseles preguntado, habrían expresado su disgusto ante la perspectiva de que Bill continuara existiendo. Las peleas a puñetazos y las discusiones a gritos pronto estuvieron a la orden del día. Se realizaron reuniones, se formularon exigencias, se presentaron ultimátums. Finalmente, no obstante, no fue la política ni las

amenazas de uso de la fuerza ni los llamamientos a la razón lo que dirimió el asunto, sino más bien una decisión empresarial.

En el numeroso conglomerado de empresas Seguin había una compañía que proveía de animales evolucionados a diversas industrias y dependencias gubernamentales, donde eran utilizados en ambientes que se juzgaban demasiado estresantes o físicamente exigentes para los trabajadores humanos. La dificultad que existía con tales animales era mantenerlos bajo control: las nuevas nanotecnologías se consideraban poco confiables y demasiado onerosas, y los implantes de computadora, aunque serviciales, inevitablemente terminaban fallando. Había una cantidad de programas de investigación en marcha cuyo objetivo era perfeccionar los implantes. Así fue que Seguin, viendo la oportunidad de realizar una rigurosa experimentación de los mismos y de paso dar un pequeño golpe de relaciones públicas que reflejaría los intereses profundamente humanos de la corporación, decidió, revirtiendo el proceso de la metodología científica tradicional, probar con Bill un nuevo implante que en algún momento se usaría para gobernar la conducta de los chimpancés, los perros y otros animales parecidos.

El implante, un disco de aleación negra con las dimensiones aproximadas de una hostia, contenía una personalidad diseñada para entretener, lisonjear y conversar con el implantado; se incrustaba inmediatamente debajo de la piel, detrás de la oreja, y monitoreaba los niveles emocionales, estimulando las actividades adecuadas por medio de cargas eléctricas capaces de provocar placer y dolor por igual. Según Bill, su implante se llamaba Señor C y era —también según Bill— su mejor amigo, aun a pesar de que le infligía dolor cuando Bill era lento en obedecer sus mandatos. Siempre me daba cuenta cuando el Señor C le estaba hablando. La cara de Bill se vaciaba, sus ojos se movían de un lado a otro como si estuviera tratando de ver a la persona que hablaba y sus puños se cerraban y se abrían. No era algo agradable de ver. Pero sigo suponiendo que ese Señor C era, verdaderamente, lo más parecido a un amigo que Bill tenía. Sin duda, el Señor C le prestaba atención y jamás estaba tan ocupado como para no querer conversar; más importante, le permitió a Bill realizar las tareas serviles que le habían asignado: trabajos de limpieza, de llevar y traer y, cuando llegó a la edad de quince años, la ocupación que finalmente lo hizo acreedor al mote de Bill Percebe. Pero nada de esto logró atemperar los malos sentimientos que prevalecieron hacia él a lo largo y a lo ancho de

la estación, sentimientos que se volvieron más pronunciados luego del incidente con Braulio. Dos de los hijos de Braulio habían sido asesinados por un escuadrón de la muerte que los había tomado por miembros de una pandilla, y esa tragedia hizo que la gente comenzara a hablar de cuán injusto era que Bill tuviese una existencia tan privilegiada cuando otros más valiosos quedaban condenados al infierno de la Tierra. Antes de que pasara mucho tiempo, volvió a surgir la cuestión del *status* de Bill y todo el asunto fue aprovechado por Menckyn Samuelson, uno de los líderes de Solitaria y —para mi vergüenza, porque era un verdadero insecto— londinense como yo. Samuelson había emigrado a la estación como físico de bajas temperaturas y desde ese momento se había dedicado a autoinsinuarse hasta lograr un puesto de importancia dentro de la administración. Yo no entendía qué ganaba Samuelson con acosar a Bill —debía tener alguna agenda política secreta—, pero lo cierto es que se puso a vapulear el tema en cuanta oportunidad se le presentaba y ante cualquiera que quisiera escucharlo hasta que, finalmente, consiguió suscitar una reacción ferozmente negativa hacia Bill. Las opiniones quedaron casi igualmente divididas entre las opciones de ejecutarlo, oficialmente o no, o enviarlo de vuelta a la Tierra, a algún asilo, lo cual —como todos sabían— era sólo otra variante, más lenta y costosa, de la primera opción.

Pero hubo una segunda consecuencia, resultado de mi pelea con Braulio, una consecuencia que tuvo un agudo efecto en mi vida personal: Bill y yo comenzamos a pasar mucho tiempo juntos.

Aparentemente, se hizo realidad el viejo proverbio chino, el que dice que si uno le salva la vida a una persona se hace responsable por ella. Quizás yo no le había salvado la vida, pero sin duda le había ahorrado unas dolorosas lesiones; así fue que comenzó a verme como su protector, y yo… bueno, en principio no sentía deseos de ser ni su protector ni su apologista, pero pronto me vi forzado a adoptar ambos roles. Bill estaba aterrado. En todas partes lo maldecían, lo abofeteaban, lo maltrataban de un modo u otro, en una drástica escalada de los abusos que siempre había sufrido. Y también estaba la canción de la rubia, “Bill Percebe, el Espacial”. No pasaba un día sin que inventaran uno o dos versos nuevos. Todo el mundo los escribía. Cuando Bill entraba en un pasillo o ingresaba en una habitación, la gente comenzaba a cantarla. La canción lo atormentaba en todas partes. Se despertaba oyéndola, se dormía oyéndola y, muy pronto, toda pizca de autoestima que aún poseyera quedó reducida a cenizas.

Cuando comenzó a quedarse cerca de mí, a seguirme durante mis rondas, traté de desalentarlo pero no lo conseguí. Yo me consideraba, en parte, culpable por la escalada de animadversión hacia él: si no me hubiera ensañado tanto con Braulio, pensaba yo, Bill tal vez no habría llegado a reaccionar así. Pero había otra razón, más significativa, que se ocultaba detrás de mi tolerancia. Aparentemente, yo había desarrollado algún tipo de conciencia. O por lo menos así decidí interpretar la creciente preocupación que sentía por Bill. He tenido motivos para preguntarme si esos sentimientos protectores que emergieron de algún rincón de mi espíritu no habrán sido simplemente una forma de perversidad, si no habré usado mi relación con Bill para demostrarle al resto de la estación que yo era más poderoso que la mayoría, que podía navegar contra la corriente sin miedo a las represalias, aunque al mismo tiempo estoy convencido de que la compasión que llegué a sentir por él fue producto del resurgir de los ideales que me habían enseñado en el seguro puerto de mi hogar familiar de Chelsea, conceptos sobre el honor personal, la confianza y la responsabilidad que yo, desde hacía mucho tiempo, había creído tan extintos como el tigre y la paloma. Tal vez operó en mí una fuerza premonitoria, porque ahora se me ocurre que el renacimiento de mis esperanzas personales fue un presagio del renacimiento general. Aun así, debido a todo lo que ha pasado, debido a la manera en que mis esperanzas se vieron satisfechas, también he tenido motivos para dudar de la validez de toda esperanza, de todo resurgir, para dudar de que verdaderamente sea posible el renacer de la esperanza en criaturas tan difusas, insensibles e ingobernables como nosotros.

Un día, al regresar de mi ronda, con Bill arrastrando los pies detrás de mí, encontré, pintada en la puerta de su cuarto, una luna negra en cuarto creciente en cuyo cuerno inferior se apoyaba una estrella roja: el símbolo utilizado por la Extraña Magnificencia, la secta religiosa más prominente de todas las que florecían en la Tierra, para señalar a sus futuras víctimas. Dudo de que Bill se haya dado cuenta de lo que significaba. Pero me pareció que sí advirtió, instintivamente, que el símbolo era una amenaza y no una amenaza común y corriente. Se colgó de mi brazo, rogándome que me quedara con él, y cuando le dije que debía marcharme hizo un berrinche, rodando por el piso, gimoteando, llorando desconsoladamente, lamentándose por las cosas malas que iban a sucederle. Le aseguré que no me representaría ningún problema determinar quién había pintado el

símbolo; yo no podía creer que en Solitaria hubiera más que un puñado de gente ligada a la Magnificencia. Pero nada de eso logró apaciguarlo. Finalmente, aunque a sabiendas de que podía ser un error, le dije que podía pasar la noche en mis habitaciones.

—Sólo por esta vez —le dije—. Y mejor que te quedes muy callado o te echaré fuera.

Asintió, rebosante de felicidad, arrastrando los pies, temblando de ansiedad. De tenerlo, hubiese movido el rabo de alegría. Pero al momento de llegar a mis habitaciones, docenas de miradas e insultos dirigidos a él ya habían hecho pedazos su buen humor. Se sentó en un almohadón y comenzó a hamacarse de atrás para adelante y a emitir un ruido lastimero, completamente indiferente a la decoración que me había hecho retroceder un paso al abrir la puerta. Aparentemente, Arlie estaba de un humor poco accesible, porque había programado un interior holográfico de verdes oscuros y marrones, con pesadas sillas, un sofá y mesas cuya madera había sido tallada para formar cabezas y garras de dragones y cosas así; las paredes estaban adornadas con lámparas de bronce que tenían la forma de máscaras bestiales con ojos refulgentes, y el fondo del cuarto se había transformado en una perspectiva de segmentos cuadrados de color negro delineados por rayas blancas, que se iban empequeñeciendo secuencialmente, como formando un túnel que no conducía a ningún lado pero que sí conducía, confiaba yo, a algo que se asemejaba a nuestro dormitorio. Había un clima general de desorden, como si el lugar fuera una atestada guarida mágica en cuya pared del fondo alguien hubiese abierto un hoyo que conducía a una dimensión negativa. Teniendo esto en cuenta, dudé de que Arlie considerara con amabilidad la presencia de Bill, pero cuando apareció en el fondo del túnel —con el cabello castaño peinado hacia arriba, vistiendo una túnica blanca estilo griego, atravesando las infinitas y negras profundidades, primero diminuta y luego creciendo la mitad de su tamaño cada vez que entraba en el segmento sucesivo siguiente— sólo le dedicó un insultante movimiento de cabeza y luego desvió la atención hacia mí.

—¿Ya comiste? —me preguntó, y antes de que le respondiera me dijo que ella no tenía apetito, que había unos emparedados, o que me preparara algo, lo que quisiera, todo ello en el más desganado de los tonos. Era, como he mencionado, una hermosa mujer, de rasgos felinos y miembros tersos y musculosos, quizás con demasiadas facciones

interesantes en la cara para conformar el arquetipo de belleza vigente en estos tiempos, pero sensual hasta el exceso. Habitualmente la envolvía un aura de sexualidad potencial. Ese día, sin embargo, se había instalado en su rostro una máscara dolorosa, tenía los hombros caídos y daba una sensación general de desaliño.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Meneó la cabeza. —Nada.

—¿Nada? —le dije—. ¡Qué bien! Tienes cara de haberte enterado que la Reina acaba de expirar y este lugar parece la muerte de la filosofía. Pero todo está maravillosamente bien ¿verdad?

—Si no te importa —retrucó— es algo personal.

—¿Así que personal? Bueno, disculpa. Te aseguro que no es mi deseo tener contacto *personal* contigo. ¿Qué demonios te sucede? ¿Estás con la regla?

Me atravesó con una mirada venenosa. —¡Dios, qué desagradable eres! ¿Qué pasa? ¿Hoy no pudiste quebrar ninguna cabeza y decidiste maltratarme un poco a mí?

—Muy bien, muy bien —dije—. Perdona.

—No —dijo ella—. Continúa. Me encanta cuando la vas de amo y señor. ¡De veras, me encanta! —Se volvió y comenzó a caminar por el túnel—. Me quedaré esperando lo que gustes mandar ¿quieres? —dijo por encima del hombro—. Es decir, ¿me harás saber en qué otra cosa te puedo servir?

—¡Por Dios! —dije, mirando cómo se crispaba su trasero bajo la tela blanca, pensando que tendría que llevar a cabo un sincero acto de contrición antes de poder volver a poner mis manos sobre él. Yo sabía, por supuesto, por qué la había acicateado. Por la misma razón que a ella le provocaba esa depresión, que provocaba la vasta mayoría de nuestras conductas aberrantes. La frustración, la furia y la desesperación eran sentimientos que —sin importar su causa inmediata— surgían, en cierto modo, del hecho de que Solitaria había demostrado ser un abyecto fracaso. De las veintisiete naves ensambladas y lanzadas, sólo tres habían regresado hasta ese momento. Dos de ellas habían informado que no se había encontrado ningún ambiente hospitalario. La tripulación de la tercera nave había sido incapaz de informar nada: todos y cada uno de ellos habían muerto, aparentemente asesinados entre sí.

Habíamos empezado tarde la colonización del espacio, demasiado tarde para salvar a nuestro planeta natal, y no estaba claro si las triviales colonias de Marte, Europa y los asteroides asegurarían nuestra supervivencia. Tal vez tendría que habernos resultado claro, tal vez tendríamos que haberlo advertido, a pesar del horror y el caos de la Tierra, de las escaramuzas, de los colapsos casi semanales de los gobiernos, de nuestra endeble comprensión de las nuevas tecnologías, del fracaso de Solitaria y de todo lo demás… Tendríamos que haber tenido muy en claro que nuestra especie posee una arraigada testarudez capaz de soportarlo todo, salvo los cataclismos más desastrosos, y que finalmente las colonias prosperarían. Aunque nunca serían capaces de absorber a la desesperada población de la Tierra. La certeza de que nuestros hermanos, hermanas y padres estaban condenados a una vida de expectativas cada vez menores, de hambrunas, guerras y accidentes industriales que acabarían por causar la muerte a miles de millones, hacía que los afortunados que habíamos escapado nos sintiéramos trastornados y terriblemente agobiados, con un excesivo sentido de la responsabilidad que dominaba los genuinos requisitos morales de nuestra buena fortuna. Aunque tuviese éxito, el programa Luminaves sólo lograría evacuar de la Tierra a un insignificante porcentaje de la población, cuya mayor parte estaría compuesta, suponía yo, por personal perteneciente a la corporación Seguin y por aquellos considerados valiosos por la corporación o por alguna corrupta dependencia gubernamental; sin embargo, habíamos llegado a percibirnos como la última y mejor esperanza de la gente común, y cada fracaso sucesivo nos tocaba en el corazón y nos dejaba tan crucialmente desanimados que desarrollábamos un sorprendente talento para la autodestrucción. Como Prometeos neuróticos, nos comíamos nuestro propio hígado y nos lanzábamos a echar a perder todas las cosas felices que teníamos a mano. Y cuando nos enervábamos demasiado para practicar la autodestrucción activa, nos hundíamos en depresiones clínicas, como lo estaba haciendo Arlie ahora.

Me senté a pensar en todo esto un rato, observando a Bill hamacarse, introducirse un trozo de golosina en la boca de vez en cuando, mascullar, y no llegué a ninguna conclusión nueva, a no ser que la evolución de un sentimiento de disgusto hacia la corporación, el mundo y el universo se considere algo nuevo y conclusivo. Por fin, hastiado del circuito repetitivo de mis pensamientos, decidí que era hora de hacer las

paces con Arlie. Tenía mis dudas de disponer de la energía necesaria para una disculpa prolongada, pero esperaba compensarlo poniéndole intensidad.

—Puedes dormir en el sofá —le dije a Bill, levantándome—. El baño —señalé el corredor— está por ahí, en alguna parte.

Sacudió la cabeza de arriba abajo, pero mientras siguiera con los ojos clavados en el piso yo no podía saber si eso era una respuesta o simplemente un movimiento aleatorio.

—¿Me oíste? —le pregunté.

—Tengo que hacer algo —dijo.

—Por ahí. —Volví a señalar—. El baño.

—Si no hago algo, me van a matar.

Me percaté de que no estaba refiriéndose a sus necesidades corporales.

—¿Qué quieres decir?

Su mirada revoloteó hasta mí, luego se desvió.

—Si no hago algo bueno, *de veras* bueno, me van a matar.

—¿Quién te va a matar?

—Los hombres —dijo.

Los hombres, pensé. ¡Dios mío! Sentí una inenarrable tristeza por él.

—Tengo que encontrar algo —dijo, con creciente énfasis—. Algo bueno, algo que los haga apreciarme.

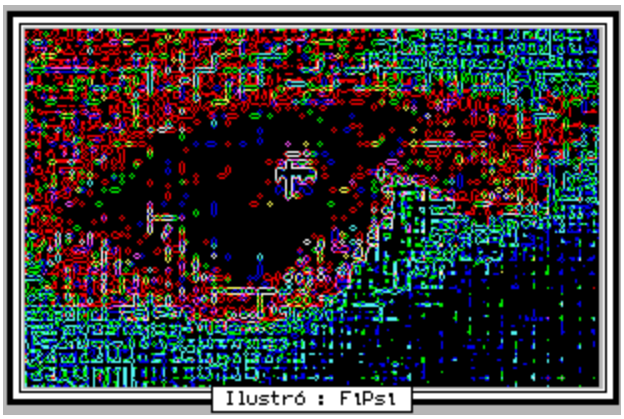
Ahora entendí. Bill había aprehendido la noción de que, por medio de alguna buena acción o de algún servicio valioso, sería capaz de cambiar la opinión que la gente tenía de él.

—No puedes hacer nada, Bill. Sólo tienes que continuar con tu trabajo. Todo esto pasará, te lo prometo.

—Mmm-mmm. —Meneó la cabeza con vehemencia, como un niño encaprichado—. Tengo que encontrar algo bueno que hacer.

—Mira —le dije—. Es muy probable que cualquier cosa que intentes resulte contraproducente. ¿Me entiendes? Si haces algo y lo haces mal, la gente se va a enojar contigo más que nunca.

Metió el labio inferior bajo el superior, entrecerró los ojos y mantuvo un obstinado silencio.



—¿Qué dice el Señor C de esto? —le pregunté.

Esa era, aparentemente, una idea nueva. Pestañeó; su rostro se distendió.

—No sé.

—Bueno, pregúntale. Para eso está… para ayudarte con tus problemas.

—No ayuda siempre. A veces no sabe nada.

—Inténtalo, ¿quieres? Sólo inténtalo.

No parecía estar muy seguro de esta táctica, pero pasado un momento se toqueteó la cabeza, pasándose la mano por los rastrojos cortados a cepillo; luego cerró fuertemente los ojos y comenzó a mascullar largos parloteos, interrumpiéndose para respirar, como un niño que reza sus oraciones lo más rápido que puede. Supuse que estaba planteándole toda la situación al Señor C. Un minuto después, su rostro quedó en blanco, con la punta de la lengua asomando entre los labios, y yo me imaginé una voz de dibujo animado —me habían dicho que las voces de los implantes se manifestaban de esa manera-hablándole en verso, con tontos parloteos. Luego, pasados unos segundos, abrió los ojos de golpe y me miró.

—El Señor C dice que las buenas acciones siempre son buenas —anunció con orgullo, obviamente satisfecho de haber demostrado que tenía razón, para luego echarse otro trozo de golosina a la boca.

Maldije la simpleza de la programación del implante, volví a sentarme, y durante la siguiente media hora o algo así intenté convencer a Bill de que el mejor curso de acción era no hacer absolutamente nada, apegarse al perfil bajo. Si lo hacía, le dije, en algún momento se disiparía la polvareda y las cosas volverían a la normalidad. Asintió y dijo “Sí, sí, ajá”, pero yo no podía estar seguro de que mis palabras estuvieran surtiendo efecto. Sabía cuán resistente a la lógica podía ser Bill, y era bastante posible que sólo estuviera diciendo que sí para darme el gusto. Pero al levantarme para tomarme un descanso de él, hizo algo que en cierta manera

me llevó al convencimiento de que le había causado alguna impresión: estiró la mano y tomó la mía, la sostuvo un segundo, sólo un segundo, durante el cual creí sentir los dolorosos golpes de su vida, las mortecinas vibraciones de todas las amargas noches de desamor y eyaculaciones solitarias. Cuando me soltó la mano, apartó la cara, aparentemente avergonzado. Yo también estaba avergonzado. Avergonzado y, debo admitirlo, sintiendo cierta repulsión por haber recibido semejante demostración de afecto de parte de esa masa desgarbada. Sin embargo, también estaba conmovido; atrapado entre esos dos polos sentimentales opuestos, me puse a revolotear a su alrededor, no muy seguro de qué hacer o decir. No hubo necesidad, sin embargo, de ponerme a deliberar sobre el asunto. Antes de que pudiera emitir palabra, Bill comenzó a mascullar otra vez, perdido en alguna charla con el Señor C.

—Hasta mañana, Bill —le dije.

No me respondió, quieto como un Buda sobre el almohadón.

Me quedé parado a su lado un rato, menos observándolo que catalogando mis emociones y luego, confundido mucho más que un poco por lo complejas que eran, lo dejé con sus golosinas, su terror y sus voces interiores.

Pedir disculpas no fue una tarea tan espinosa como había temido. Arlie conocía tan bien como yo los demonios que nos poseían, y una vez que me sometí a realizar un acto de humillación, se aplacó e hicimos el amor. Estuvo exigente, salvaje y ruidosa, y me dejó los dientes marcados en el hombro y el cuello, pero después, acostados en la oscuridad, con una música suave y baladí escurriéndose de los parlantes por encima de nosotros, se comportó con ternura y calma, y pareció sentir un genuino interés por los acontecimientos de mi día.

—¡Dios nos ayude! —dijo—. ¿No pensarás realmente que la Magnificencia está operando aquí, verdad?

—¡Vaya, no! —le dije—. Será algún miserable que está obedeciendo a sus locos impulsos, eso es todo. Probablemente lo habrá hecho porque su niñera lo azotaba demasiado fuerte en el culo cuando era bebé.

—Espero que no —dijo ella—. He visto demasiadas veces cómo trabajan allá en Tierra para querer verlo de nuevo.

—Nunca me dijiste que habías tenido trato con la Magnificencia.

—Nunca tuve lo que tú llamas “trato” con ellos, pero ellos estaban en todas partes, sí señor. La mitad de las malditas casas tenían alguna clase de estúpida marca. Era un terreno condenadamente fértil para ellos, porque nadie tenía trabajo y los muchachos se la pasaban perdiendo el tiempo en las esquinas y fumando basura. Era raro el día en que no venían esos tipos a reventar algún idiota, que luego aparecía con las tripas como corbata y la marca del crimen esculpida en la frente. Había noches en que se oían sus cánticos junto al estadio. Era horrible lo que cantaban. Usaban esas ropas de satén negro barato y unas espantosas máscaras. Pero tenía su encanto. Los viejos *hooligans*, seniles ya, desenterraban sus botas y navajas y querían volver a marchar. Y en los bares, los borrachines decían “Sí, sí, esos tipos de la Magnificencia hacen cosas malas y extrañas, pero interpretan los deseos del público”. ¡Cosas malas y extrañas! ¡Dios! He visto mensajes escritos con huesos humanos sobre las aceras. Chicas de color con las caderas rotas y las piernas atadas detrás del cuello. Que todavía respiraban y te miraban con ojos huecos, como si estuvieran desesperadas por morirse de una vez. Tuviste suerte, John, de vivir en Chelsea.

—Bastante suerte, supongo —dije, envarado, receloso de que trajera a colación tales distinciones; las viejas guerras sociales de Gran Bretaña, aunque en cierta forma mutadas en Solitaria, estaban muy lejos de haberse apaciguado, e incluso entre amantes la clase social podía resultar un tema escabroso—. Chelsea no es exactamente los Campos Elíseos.

—No quise ser agresiva, mi amor. No tienes que recordarme que todo el mundo está podrido desde hace mucho tiempo. Recuerdo la forma en que un simple mendrugo negro que se hacía llamar vida me parecía un proyecto brillante cuando vivía allá. Ahora no sé cómo lo soporté.

La atraje cerca de mí y nos quedamos acostados, sin hablar, durante un largo rato. Finalmente, Arlie dijo:

—Sabes… es agradable a medias tenerlo aquí.

—¿Te refieres a Bill?

—Sí, a Bill.

—Espero que sigas sintiendo lo mismo si no puede encontrar el camino al baño —le dije.

Arlie lanzó una risita. —No, hablo en serio. Es como volver a tener una familia. La sensación de que hay alguien roncando en el cuarto de al lado. Es lo que más extraño estando aquí. Estamos todos tan aislados… Dos son multitud y esas cosas. Extrañamos la calidez.

—Supongo que tienes razón.

Le toqué los senos, recorrí la curva de sus caderas con la mano y pronto estuvimos enredados de nuevo, más suavemente que la vez anterior, entregándonos más al otro, como si lo que Arlie había dicho de la familia hubiese originado una resonancia en nuestros cuerpos. Después quedé muy fatigado; me pareció que la oscuridad circulaba a nuestro alrededor, perforada por diminutos estallidos de luz actínica, del mismo modo en que un geniecillo debe circular por la prisión de su botella como una lóbrega nube de magia. Allí acostado estaba en paz, y sin embargo me sentía extrañamente excitado para estar tan en paz, y mis pensamientos, también, eran extraños, suaves, casi informes, la clase de pensamientos que recordaba haber tenido de niño, cuando aún no se me había ocurrido que todos mis sueños resultarían, a la larga, destrozados a martillazos y troquelados inflexiblemente para que pudieran soportar las horrendas presiones de un mundo que no soñaba.

Arlie se apretó más contra mí, su mano buscó la mía, la estrechó fuertemente.

—Ah, Johnny —dijo—. En momentos como este, pienso que nací para olvidarme de todo.

Al día siguiente logré encontrar la pista del villano que había pintado el símbolo amenazador en la puerta de Bill. Las cámaras del corredor de su habitación habían tenido un desperfecto, permitiendo que el acto de vandalismo no fuese observado, pero eso apenas me sorprendió: las malditas cámaras siempre tenían fallas, y si no se habían descompuesto solas no era muy difícil estropearlas usando un electroimán. Ante la falta de una grabación de video, dirigí mi atención hacia los legajos del personal. Sólo nueve personas de Solitaria habían estado ligadas, siquiera

mínimamente, con la Extraña Magnificencia; por proceso de eliminación, pude reducir el número de posibles reos a tres. El primero de esos tres que entrevisté, Roger Thirwell, un polimatemático pálido, conejino, de unos veinticinco años, que había emigrado de Manchester el año inmediato anterior, admitió su culpabilidad apenas comencé el interrogatorio.

—Sólo trataba de hacer lo más sabio y lo más correcto —me dijo, enderezando los hombros e hinchando su magro pecho—. Samuelson nos ha estado diciendo que no debemos sentarnos a esperar que las cosas sucedan. Debemos hacer oír nuestras voces. Solitaria es nuestro hogar. Tendríamos que ser nosotros los que decidamos cómo administrarla.

—Y por lo tanto, naturalmente —dije—, cuando llegó el momento de hacer resonar su majestuosa voz, el tema más apremiante que pudo usted encontrar para emitir opinión fue el destino de un retardado.

—No es tan simple y usted lo sabe. Su caso representa un problema mayor. Samuelson dice…

—Váyase a la mierda —dije—. Y a la mierda Samuelson, también. —Estaba harto de él, harto de su acento provinciano, especialmente harto de sus referencias a Samuelson. ¿Qué posible servicio, me pregunté, daba a la Magnificencia un imbécil como este? Algo que tuviera que ver con logística, probablemente. Anticipación de estrategias policíacas o resolución de prohibiciones de acceso a las computadoras. Aun así, por lo que yo sabía de la Magnificencia, era difícil imaginárselos aguantando a esta liendre por mucho tiempo. Encontrarían un perverso uso para él y luego lo dejarían caer por el borde del mundo.

—¿Por qué demonios pintó eso en la puerta? —le pregunté—. Y no me diga que Samuelson le ordenó hacerlo.

Su rostro se iluminó con una luz de esperanza y yo hubiera jurado que estaba a punto de inventar alguna fantasía concerniente a Samuelson y a él, a fin de cargar todo el peso de la culpa en hombros más fuertes. Pero lo único que dijo fue:

—Quería asustarlo.

—Podría haberlo asustado con una simple figura autoadhesiva —le dije.

—Sí, pero ninguna otra persona la habría entendido. Samuelson dice que siempre que vayamos a establecer nuestra postura, debemos tratar de influenciar a la mayor cantidad de gente posible, sin importar cuán

limitados sean nuestros objetivos. De esa forma incluimos a otros en nuestro diálogo.

Estaba comenzando a tener una idea de cuál sería la agenda de Samuelson, pero no me pareció que Thirwell pudiera esclarecerme más al respecto.

—Lo único que ha logrado —le dije— es *asustar* a otra gente. ¿O usted opina que aquí existen personas que darían su beneplácito si se instalara una sucursal de la Magnificencia?

Agachó la vista y no respondió.

—Si los echa de menos, puedo arreglar, con toda facilidad, que lo envíen de regreso a Manchester —le dije.

Esto hizo que Thirwell lanzara una sarta de súplicas y promesas. Me di cuenta de que no le sacaría más, y le advertí que si alguna vez volvía a molestar a Bill no dudaría en llevar mi amenaza a la práctica. Lo despaché y me dirigí a hacerle una visita a Menckyn Samuelson.

El departamento de Samuelson, tal como la mayoría de los que pertenecían a la realeza de la corporación, estaba situado en un gran módulo adjunto al módulo aún más grande que alojaba los controles de propulsión de la estación, y estaba provisto de antigüedades y cuadros que habrían costado un alto precio en la Tierra, pero que aquí no tenían absolutamente ningún valor, siendo menos evidencia de riqueza que emblemas de fe… de la fe que a todos nos enseñaban que debíamos abrazar, la que nos decía que un día la vida volvería a ser lo que había sido alguna vez, una perspectiva de potencialidades y posibilidades infinitas. El problema de la cueva de Samuelson, sin embargo, consistía en que era de un mal gusto abismal; había armado una abigarrada colección de objetos: arcones Guilford y sillas finlandesas de madera rubia, esquinero Jefferson y videoesculturas de formas libres, gabinete victoriano y candelabro de fibra óptica, todo eso junto, haciendo que uno tuviera la impresión de haberse topado con una tienda de empeños para millonarios. Es posible que se me haya notado en la cara la diversión que me causaba esa exhibición tan apabullante, porque aunque Samuelson me sonrió y me ofreció la mano, percibí un cierto envaramiento en sus modales. No obstante, el político que tenía dentro lo

ayudó a superar ese momento de torpeza. Pronto estuvo otra vez desplazándose con garbo, sirviéndome un vaso de whisky, escoltándome hasta una reposera, echándose en otra, lanzando un expansivo suspiro y diciendo:

—Estoy contentísimo de que hayas venido, John. Hace rato que tenía intenciones de invitarte para compartir recuerdos, sabes. Dos viejos londinenses como nosotros probablemente pueden hallar unos cuantos temas selectos para traer a la memoria.

Levantó el mentón, mirándome blandamente, con las pestañas entrecerradas, como si estuviese esperando que le lanzara al rostro algo agradable. Era una pose tan actuada y sus modales se ajustaban tanto al estereotipo de las clases superiores, era tan típicos de alguien que quiere darse aires, que tuve que reprimir la risa. Todo en él me pareció levemente fuera de lugar. Era un hombre maduro, enjuto, vestido con una camisa holgada de algodón y pantalones de paño gris, alerta, casi guapo, pero su nariz era apenas demasiado afilada, sus ojos estaban un poquito demasiado juntos, los pómulos no eran lo bastante prominentes, el mentón era una pizca insustancial, tenía demasiada frente e insuficiente cabello. Tenía los rasgos esenciales de los bien nacidos, pero ninguno de sus detalles encantadores, como la mierda de una paloma con *pedigree*.

—Sí —dije—, debemos hacerlo alguna vez. Sin embargo, hoy he venido por asuntos de la estación.

—Ya veo. —Se reclinó, cruzó las piernas, se puso el whisky en el regazo—. Entonces, tal vez, después de que hayas concluido tus asuntos tendremos tiempo de charlar ¿eh?

—Tal vez —Tragué un poco de whisky, degustando su ahumado sabor—. Me gustaría hablar con usted sobre William Stamey.

—Ah, sí. El viejo Bill Percebe. —La frente de Samuelson estaba cruzada por un solo pliegue, la clase de línea que usaría un caricaturista para indicar un mar suavemente ondulado—. Asunto molesto.

—Podría ser considerablemente menos molesto si usted no se ocupara de él.

Ni una grieta en la máscara. Sonrió, meneó la cabeza.

—Me encantaría hacerlo, amigo mío. Pero temo que tienes un punto de vista algo miope de la situación. La cuestión que debemos plantear no es

la cuestión de Bill *per se*, sino de las políticas generales. Debemos desarrollar una guía clara…

—¡Vamos! ¡Termine ya! —dije—. No soy uno de sus muchachos simplones que quedan en estado de estupor y comienzan a babear ante la idea de que alguien está abusando de sus derechos. ¡Sus derechos! ¡Dios mío! A esos pobres reptiles los han violado más veces que a una puta de Sydney y siguen creyendo que les gusta. Usted no perdería un minuto en todo esto si se tratara de una mera cuestión de políticas. Quiero saber qué es lo que realmente pretende.

—Oh, Dios —dijo Samuelson, confundido—. Y contigo no va a ser fácil acostarse ¿verdad?

—Y menos para usted, tesoro. Me reservo para la que amo.

—¿Y quién será ésa, me pregunto? —Revolvió el whisky del vaso y lo miró hasta que se quedó quieto—. ¿Qué piensas que pretendo?

—Poder. ¿Qué otra cosa le hace endurecer la verga?

Emitió un sonido seco. —Respuesta simplista. No es inexacta, lo admito. Pero igual es simplista.

—Vine aquí a buscar instrucción —le dije—, no a dar una conferencia.

—Y yo podría iluminarte —dijo Samuelson—. Podría muy bien hacerlo. Pero primero déjame preguntarte algo. ¿Cuál es tu interés en todo esto?

—Cuido de los intereses de Bill.

Arqueó una ceja. —Seguramente habrá algo más.

—Eso es la suma de todo. Aparte del extravagante y profundo motivo psicológico, por supuesto.

—Por supuesto. —Su sonrisa podría haber cortado en rodajas una cebolla. Cuando desapareció, las mejillas se le hundieron—. Imagino que habrá algún elemento de *noblesse oblige* incluido.

—Llámelo como quiera. Los hechos son los mismos: estoy en este caso.

—Por ahora —dijo él—. Hay modos de cambiar estas cosas.

—¿Es una amenaza? No pierda el tiempo. Soy el cerdo más antiguo de la estación, Samuelson. Sé cómo tirar de las bolas a los grandes, y me he

asegurado protección. Si algo me pasara, a mí o a lo mío, son sus superiores los que van a comenzar a chillar. Estarán muy perturbados con usted.

—No tienes nada en mi contra. —Lo dijo con una confianza forzada, pensé yo.

—Muy cierto —le dije—. Pero estoy trabajando, no se preocupe.

Samuelson bebió lo que quedaba en el vaso, se levantó, fue hacia el aparador y se sirvió más whisky. Levantó la botella y me dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Por qué no? —Dejé que volviera a llenarme el vaso, que luego levanté para brindar—. Por Inglaterra. Por que los mares la inunden y barran con todo.

Emitió un resoplido divertido.

—Por Inglaterra —dijo, y bebió. Volvió a sentarse, acomodando el trasero—. Eres un tipo sorprendente, John. Me lo habían dicho, pero ahora, con algo de experiencia de primera mano, creo que mis informantes te han subestimado. —Pellizcó la raya de una de las piernas del pantalón—. Déjame plantearte algo. No como amenaza, sino como tema de discusión. ¿Verdad que entiendes que el tipo de protección que has preparado no te hace inmune a todas las circunstancias?

—Absolutamente. A la larga, todo desemboca en una cuestión de quién tiene las armas más grandes y la voluntad de usarlas. Como es natural, estoy preparado para afrontarlo.

—No lo dudo. Pero no buscas provocar una guerra, ¿verdad?

Empiné la mitad del whisky y dejé descansar el vaso en mi regazo.

—Mire, estoy bastante dispuesto a convivir con usted, sin importar lo que haga. Hasta hace poco, no había hecho nada que interfiriera con mi agenda. Pero toda esta polvareda que ha levantado con el tema de Bill, y ahora esta estupidez de su hombre, Thriwell, y la pistola de pintar, no las voy a soportar. Hay demasiada gente aquí, británicos y yanquis por igual, con tendencia a taparse la nariz cuando sienten el aroma de la Magnificencia. No pelearé con usted para seguirle el juego del poder. Y eso es lo que usted está haciendo, amigo. Está inquietando a los villanos, arrojando unas migajas a los perros para que estén ansiosos de oír su voz. Usted pretende tomar el control administrativo de las cosas y ha decidido

dejar de subir por la escalera del éxito para empezar a escalar los muros del castillo. Un golpe de estado sin sangre, quizás. O tal vez con una sola mancha de sangre, arrojada para aplacar los más feroces apetitos. Bueno, muy bien. Me importa un carajo quién se siente en el trono, y tampoco me importa mucho cómo llegue ahí, siempre y cuando mantengamos el *status quo*. Pero algo que no voy a tolerar es que usted asuste a la gente.

—La gente está asustada para siempre —dijo—. Haya o no haya motivo para el miedo. Pero esa no es mi intención.

—Tal vez no. Pero ha asustado de muerte a Bill y ahora ha asustado a muchísimos otros, al traer a colación a la Magnificencia.

—No soy responsable por Thirwell.

—¡Claro que no! Thirwell es el Libro de Samuelson en dos patas. Comienza una de cada dos frases con “Samuelson dice…” Dedíquele una buena sonrisa y será su amapierna de por vida.

—¿Amapierna? —Samuelson tenía una expresión perpleja.

—Un perrito —dije, impaciente—. Ya sabe de qué clase. De los que andan excitados todo el tiempo. Le saltan encima y se ponen a disfrutar de una luna de miel con su muslo.

—No había escuchado el término. No es británico, ¿verdad?

—Norteamericano, creo. Lo aprendí en alguna parte. No lo sé.

—Maravillosa expresión. Tendré que recordarla.

—También recuerde esto —le dije, tratando de retomar el ritmo de mi diatriba—. Lo haré responsable de cualquier murmuración sobre la Magnificencia que corra por ahí. Antes de que tuviéramos esta charla a calzón quitado, me sentía inclinado a creer que usted no tenía nada que ver con lo que hizo Thirwell. Ahora no estoy totalmente seguro. Pienso que usted es bastante capaz de usar el miedo para manipular al público. Pienso que acaso se enteró de algo de la historia de Thirwell y le dio un empujoncito.

—Aunque fuese cierto —dijo—, no comprendo la intensidad de tu reacción. Aquí estamos muy lejos de la Magnificencia. Una o dos manchas de pintura no pueden tener mucho efecto.

Mi mandíbula cayó una fracción al oírlo. —Usted no es de Londres. No puede ser de Londres y decir algo así.

—Oh, claro que soy de Londres —dijo fríamente—. Y no soy virgen en cuanto a la Magnificencia concierne. Una mañana dejaron a mi hermano tirado en King’s Road, con la Ecuación del Amor Imperecedero debajo de él, dibujada en la acera con su propia sangre. Enviaron sus partes íntimas a su esposa, dentro de un recipiente de plástico. Pero he recorrido un largo camino desde aquellos días y aquellos lugares. Si la Magnificencia estuviese aquí, me aterraría. Pero no está aquí, y que me cuelguen si alguna vez los considero el cuco sólo porque algún lamentable chiflado con demasiado cerebro y la conducta social de un hurón pinta el Exorcismo Magelántico en alguna puerta.

La afirmación sonaba sincera, pero de todos modos tomé nota mental de verificar lo de su hermano.

—Fantástico —le dije—. Es bueno que haya dejado atrás todo eso. Pero no todos los que viven aquí han logrado poner tanta distancia entre ellos y sus viejos temores como al parecer lo hizo usted.

—Es posible, pero yo… —Calló, chasqueó la lengua contra los dientes—. Está bien. Entiendo a lo que quieres llegar. —Golpeteó el apoyabrazos de la silla con los dedos—. Veamos si podemos llegar a un acuerdo. Por el momento, no tengo interés en suspender mi campaña contra Bill, pero —levantó la mano para evitar que lo interrumpiera— pero reconozco que realmente no tengo un interés específico en él. Bill está sirviendo a un propósito estrictamente utilitario. Así que esto es lo que haré. No permitiré que lo envíen de regreso a la Tierra. Cuando se dé la ocasión oportuna, suspenderé la campaña. Hasta quizás ofrezca públicamente mis disculpas. Eso ayudará a que vuelva a caerles en gracia. Además, haré lo que pueda por evitar mayores incidentes que involucren a la Magnificencia. Francamente, dudo mucho que se presenten mayores problemas. Y si se presentan, no seré yo el que los haya incitado.

—Todo muy bien —dije—. Muy magnánimo, estoy seguro. Pero nada de lo que me ha prometido garantiza la seguridad de Bill en el interín.

—Tendrás que ser su garantía. Trataré de mantener a la expectativa los ánimos de la estación. El resto depende de ti.

—¿De mí? No, no va a evadir su responsabilidad de semejante manera. Haré lo mejor que pueda por evitarle a Bill cualquier daño, pero si lo lastiman yo lo lastimaré a usted. Eso sí puedo garantizarlo.

—Entonces esperemos que nada le suceda a Bill ¿verdad? Por el bien de los dos. —Su sonrisa era tan delgada, tan de músculos labiales estirados hacia los costados a la fuerza, que pensé que debían dolerle las encías—. Qué raro. No puedo decidir si hemos establecido una relación laboral o nos hemos declarado la guerra.

—No creo que importe —le dije.

—No, probablemente no. —Se puso de pie, se enderezó los pantalones y volvió a dedicarme esa mirada blanda, alegre, expectante—. Bueno, no te distraigo más. Por favor, ven a visitarme cuando las cosas se hayan calmado. Para charlar.

—Sobre Londres.

—Claro —Se desplazó hacia la puerta.

—No sé si tendría mucho que decir de Londres —le dije—. No hay nada que sirva para la nostalgia, en todo caso.

—¿En serio? —dijo, escoltándome hasta el corredor—. Las enaguas de las niñas se han vuelto un poquito ensangrentadas, lo admito. Qué terrible, las cosas que pasan hoy en día. Las partidas de caza, los sistemas panal, las danzas con cuchillos. Y por supuesto, la Magnificencia. Pero aquí, ya sabes —se palmeó el pecho—, en el corazón, creo firmemente que todavía queda algo de bueno. O tal vez soy un tipo demasiado sentimental. Como dice la canción, “llámala Satán, llámala ramera. Para mí, siempre será mi madre”.

A diferencia de Samuelson, yo ya no consideraba a Londres como mi madre o mi hogar, ni como ningún entramado disfrazado de saludable. Hasta “Satán” habría sido un eufemismo. Para mí, Londres era una ráfaga de visiones nocturnas: una silueta en una ventana de un edificio en llamas, que no hacía señas con los brazos, que no se asomaba, sino que estaba tranquila, esperando a que el fuego la alcanzara; hombres y mujeres con ajustadas ropas de satén negro, máscaras de seda blanca estampada con la misma expresión feroz, exultante, corriendo por las calles, cantando; la luz de la luna pintando de seda los remolinos del Támesis mientras el agua se trepaba al muelle de piedra y, flotando, pasando la sombra del muelle, el enorme bulto de un hombre al que yo acababa de matar de un tiro hacía sólo

un minuto, un estrangulador, violador y caníbal de casi ciento ochenta kilos, derribado por una bala que no pesaba más que uno de sus dientes; el estallido luminoso de un rifle a la vuelta de una esquina oscura, como el fulgor de un relámpago caliente; la carga de luz venenosa que fluía por la hoja de un ensangrentado macrocuchillo acabado de extraer del cuerpo de un compañero detective; la bolsa de basura descansando sobre una mesa de acero y conteniendo los restos casi mutilados de siete críos; la fachada de la Catedral de St. Paul teñida de un caos acanalado de color bermellón, verde y púrpura por las bacterias devoradoras de piedra arrojadas por la artista Miralda Hate; el armario lleno de ropa hecha con piel humana, con versos de William Blake bordados en hilos dorados y lentejuelas, que encontramos en un departamento desocupado de Brixton; el ciego que todas las noches pedía limosna en St. Martin's Lane, con arañas caminándole por los globos huecos de sus ojos de vidrio; la plaga de santos, de hombres y mujeres jóvenes afectados por una droga que les metía las personalidades artificiales de personajes bíblicos y los inspiraba a convertirse en mártires durante ciertas fases de la luna; los ojos de los perros salvajes de Hyde Park, refulgiendo bajo la luz de mi linterna como los discos planos de los reflectores de carretera… esos recuerdos y mil más, igualmente lúgubres. Esa era mi Londres. Pesadilla, pena y fiebre de nunca acabar.

Para mí, lo que era una madre y un hogar era Solitaria, y por eso la trataba con el debido respeto. Aunque era un oficial investigador, no un guardia de sección, dediqué una porción de casi todos los días a patrullar diversas zonas, no tanto buscando criminales sino más bien síntomas de Londres, incidencias infecciosas que pudieran producir efectos como los de Londres. La estación no era un solo lugar, sino muchos: ciento cuarenta y tres módulos, varios de los cuales eran más grandes que cualquier estación orbital terrestre, conectados por corredores encerrados en corazas presurizadas, que se podían desenganchar por medio del Control Central de Propulsión para luego —puesto que cada módulo estaba provisto de motores— colocarlos en una nueva posición dentro del complejo, e incluso en una nueva órbita. Si el Control Central de Propulsión o CCP llegaba a destruirse o a estropearse gravemente, el desenganche sería automático y los módulos se impulsarían hacia órbitas preprogramadas. Mis recorridas oficiales casi nunca incluían sitios como los laboratorios, los tanques granja, las enfermerías, los centros de manejo de datos, los módulos de fusión, ni tampoco incluían la superficie de la estación, los dispositivos

electrónicos y solares, los paneles radiadores, los equipos de comunicaciones y rastreo. Esas áreas estaban bien mantenidas y no necesitaban guardianes. Generalmente, me limitaba a los módulos de entretenimiento y vivienda, como Louie Este, donde estaban ubicadas mi habitación y la de Bill, ambientes idiosincrásicos decorados con escenarios holográficos tan viejos que tenían parches blancos, por lo que a menudo se veía algún código de designación o un pedazo de pared metálica interrumpiendo la imagen de, digamos, un mural de jeroglíficos. Y, de vez en cuando, también inspeccionaba esos sectores de la estación que rara vez se visitaban y que sólo se monitoreaban por medio de grabaciones varias veces al día: bodegas de almacenaje, hangares de transporte y el CCP (se suponía que cuando alguien entraba en dichas áreas las cámaras daban la alarma automáticamente, pero el sistema de alarmas estaba descompuesto al menos la mitad del tiempo y, debido al agotamiento del personal y a la falta de materiales, las reparaciones de ese tipo no se consideraban de alta prioridad).

El CCP era una sala inmensa, blanca y sin aberturas, situada, como he dicho, en el módulo adjunto al que contenía la cueva de Samuelson y el resto de las unidades habitacionales de los dirigentes. La sala estaba segmentada con paneles de plástico que formaban cubículos de trabajo, contenía bancos de terminales y paneles de control y era de poco interés para mí. Pero una vez que Bill comprendió su función, quedó fascinado por la idea de que este mundo se podía separar en docenas de pequeños mundos y dispararse hacia la nada, y cada vez que visitábamos el CCP se sentaba frente al panel principal y me hacía preguntas sobre su operación. Nunca había nadie cerca y no encontré nada malo en responder a sus preguntas. Bill no tenía capacidad mental suficiente para comprender el concepto de los códigos de lanzamiento, y menos todavía programar una computadora para que los aceptara. Solitaria era el único mundo que él conocería en su vida y estaba ansioso por acumular la mayor cantidad posible de conocimientos sobre él. Así fue que alenté su curiosidad y le mostré cómo recabar la información pertinente de su propia computadora.

Gracias a la respuesta compasiva de Arlie, Bill se acostumbró a dormir en nuestro cuarto delantero casi todas las noches, además de seguirme durante mis rondas, y por lo tanto era inevitable que nos hiciéramos más íntimos; sin embargo, la palabra intimidad no es un término que yo aplique con felicidad a nuestra relación. Baste decir que él se volvió

menos desafiante y petulante, algo más abierto, y que, en consecuencia, exigía más atención. Debido a que había modificado su conducta hasta cierto punto, sus exigencias me resultaban más tolerables. Continuaba aferrado a la noción de que, para salvarse, tendría que realizar algún valioso servicio a la comunidad, pero nunca insistió en que yo lo ayudara; parecía estar satisfecho con dedicarse meramente a andar por ahí y hacer cosas conmigo. Y, para mi sorpresa, descubrí que había algunas cosas que me gustaba hacer con él. Me causaba un placer especial salir con él, acompañarlo en *sus* recorridas y observarlo mientras limpiaba de percebes los equipos de comunicaciones y otros mecanismos delicados.

Los percebes de Sauter no eran, por supuesto, auténticos percebes, pero poseían ciertas similitudes con sus homónimos, siendo la más observable de éstas la estructura sustentadora, que consistía de un exoesqueleto duro dividido en placas para permitirles los movimientos. Tenían una leve reminiscencia a capullos cerrados, el más grande del tamaño de un puño, y eran de variados colores, algunos con rayas en tonos metálicos de rojo, verde, dorado y plateado (su coloración dependía en gran medida de la naturaleza del sustrato y de los nutrientes básicos), así que cuando se veía una colonia desde cierta distancia, desparramada sobre la superficie del módulo —y todos los módulos estaban cubiertos de cientos de miles de ellos—, tenían la apariencia de relucientes lechos de moho o liquen. Yo no sabía casi nada de los percebes, sólo que se alimentaban de polvo, que eran sensibles a los cambios de luz, que no se los encontraba en la zona interior de la órbita de Marte y que en cualquier sitio donde hubiese una estación espacial ellos andaban, como decía mi superior inmediato, el Jefe de Seguridad, Gerald Sessions, “posándose como moscas en la mierda”. Una vez que se supo que no hacían ningún daño y que, en realidad, sus excrementos servían para reforzar las corazas exteriores de los módulos, había decaído completamente el interés por ellos. Se estaba realizando, creo, una investigación de sus características físicas, pero no era de alta prioridad.

Excepto para Bill.

Para Bill, los percebes eran el propósito, la razón de su existencia. Los consideraba, aparte del Señor C, las criaturas más importantes del universo y era obsesivo en sus atenciones para con ellos. Viéndolo renquear de aquí para allá sobre la piel de la estación, enorme y torpe dentro del traje presurizado, como una monstruosa figura que parecía aún más monstruosa

con la luz que se volcaba sobre él desde tal o cual compuerta, desprendiendo los racimos de percebes ofensivos con chorros de oxígeno despedidos por la manguera que salía del tanque que flotaba junto a él, despegándolos de su sitio y obligándolos a alejarse, me daba la impresión, no de alguien llevando a cabo una tarea servil, sino de un jardinero que atendía sus rosas premiadas o, más acertadamente, de un pastor que cuidaba su rebaño. Y aunque, según las informaciones más confiables, los percebes eran cosas sin mente, incapaces de cualquier actividad más sofisticada que obedecer a las urgencias básicas de la alimentación y la reproducción, me parecía que le respondían; incluso después de que él los hubiese ahuyentado, revoloteaban a su alrededor como extrañas mascotas, chocándose contra su visor y a veces posándose brevemente sobre él, vívidos contra el material blanco del traje, haciéndolo parecer como si estuviese usando rosetones enjoyados en la espalda y los hombros. (En ese momento, yo no sabía que esas eran hembras que, incapaces de genuina movilidad y estimuladas a separarse de la estación por el oxígeno, no podían volver a adosarse a la colonia).

Con el ejemplo de Bill, ya no me fue posible dar por sentado mi conocimiento de los percebes y comencé a leer sobre ellos siempre que tenía un momento libre. Descubrí que el exoesqueleto era de una sustancia orgánica-inorgánica formada por un compuesto de carbono y minerales silíceos, en su mayoría peridoto, piroxeno y magnetita, sustancias comúnmente halladas en los meteoritos. Los cambios en la intensidad de la luz eran registrados por los fotósforos iridiscentes que dibujaban puntos en su caparazón; hasta la más leve nube de polvo que pasara entre el percebe y una fuente de luz disparaba su actividad neurológica y estimulaba la apertura de las valvas, permitiendo el egreso de lo que Jacob Sauter (el Linneo de los percebes, biólogo aficionado) había llamado la “lengua”, un órgano utilizado tanto para la alimentación como para la transmisión de materia seminal del macho a la hembra. Aprendí que sólo los machos podían desplazarse dentro de la colonia y que lo hacían adosándose primero al sustrato con las lenguas, que estaban recubiertas con un material adhesivo, levantando luego uno de los segmentos de la valva superior y finalmente volviendo a adosarse a la colonia por medio de unos pedúnculos segmentados y regordetes que salían de sus valvas inferiores. “En efecto”, había escrito Sauter, “avanzan dando volteretas”.

Lo más crucial que descubrí, no obstante, no tenía nada que ver con los percebes, o mejor dicho sólo estaba relacionado periféricamente con ellos, y era esencialmente un redescubrimiento, un redespertar de mi admiración ante la helada majestuosidad que nos rodeaba: el frío caos diamantino de las estrellas, brillando tanto que daban la impresión de haber sido hechas ese mismo día; el sol, el viejo dios que se había vuelto pequeño y tolerable para el ojo desnudo; la brillantez surreal y la solidez que hasta el objeto más mundano adquiría contra el telón de distancia negra e invariable; esa misma negrura, que de algún modo se las ingeniaba para ser a un tiempo ominosa y serena, ausencia y presencia, dura como el metal y suave como la ilusión, como un pliegue del manto magisterial de Dios; la estación, con su compleja telaraña de pasillos y módulos interconectados, toda recubierta de los centelleantes remolinos y líneas de color iridiscente de los percebes y disparando, desde todos los ángulos, rayos de luz que parecían juguetes locos, alegres, desvencijados, que cada vez que los veía me hacían pensar que en cualquier momento escucharía música de órgano; los buques de transporte de la Tierra, grises y voluminosos como ballenas, atracados en las redes geométricas de sus dársenas; las remotas islas blancas de las plataformas de montaje y, todavía más remota, sólo visible al calibrar el visor del casco en realce máximo, la diminuta aguja plateada que pronto arrojaríamos al pajar de lo desconocido… Era un panorama glorioso. Un mapa comprensible de nuestros esfuerzos que me llevó a comprender que no habíamos echado todo a perder completamente. Todavía no. Ya había visto todo eso antes, pero la devoción de Bill hacia los percebes reavivó las brasas de mi alma, restauró mi comprensión de la magnitud de nuestra aventura. Mirando la estación, se me ocurría que podía sentir dentro de mi cabeza el estallido y la rotación de toda la creación; la inundación de partículas provenientes de un trillón de soles; las crepitantes conversaciones de las nubes eléctricas, para las que los mares congelados de amoníaco sobre los que flotan son repositorios de nostalgia; la caída infinita de la materia a través de una pura anomalía que es menos que nada; el blanco rostro de Cristo, borroneado y trémulo, dentro del fuego color de escarcha de la cabeza de un cometa; los cuasares, que no terminan de parecerse a dragones, y sus siglos; la infalible persistencia de los meteoros que atraviesan la oscuridad durante incontables milenios, para luego acelerarse y arder en los cielos y en las placas fotográficas de mansos astrónomos, y que pueblan las leyendas de las noches de verano, que se

convierten en cenizas sobre los fantasmales picos del Karakorum y que luego salen despedidos hacia los patios traseros de hombres que nunca volvieron sus rostros al cielo ni entraron en los sueños de los niños. Me invadía un despojado sentido de mi propio destino y me imaginaba precipitándome hacia la plenitud a la velocidad del pensamiento, del deseo, tomando un impulso que tenía en sí mismo la energía necesaria para ir, para presenciar, para tomar, y esto me infundía tanta vitalidad que por un instante creía que, como el héroe que vuelve de la guerra, podía elevar la mano y arrojar una bendición sobre todos los que me rodeaban, permitiéndoles ver y sentir todo lo que yo había visto y sentido, permitiéndoles saber, como yo sabía, que a pesar de todo estábamos más cerca del paraíso de lo que nunca antes lo habíamos estado.

Me resultaba difícil retomar el curso normal de mi vida después de estas excursiones, pero luego de la partida de la luminave *Transeúnte*, acontecimiento que Bill y yo observamos juntos desde una pasarela ubicada sobre las antenas solares de Louie Este, me sobrevino con toda energía la idea de que iba a ser mejor que pusiera un límite al ensimismamiento y me concentrara en los asuntos que tenía entre manos, puesto que parecía, cada vez con más fuerza, que la Extraña Magnificencia había puesto un pie en Solitaria. En una de las bodegas de almacenaje se habían encontrado retazos de satén negro atados a varios embalajes, uno de los cuales contenía drogas; comenzaban a aparecer ejemplares del *Libro del Delirio Inagotable*; un día, mientras realizaba mi ronda con Bill, había descubierto, en el laboratorio de magnetismo, un escondrijo donde habían ocultado cargas explosivas, cada una del tamaño aproximado de una pelota de fútbol achatada y suficiente para destruir un módulo entero. Gerald Sessions y yo nos las habíamos repartido, guardándolas en nuestros departamentos, sin confiarle a nuestro personal el descubrimiento de su existencia. Acaso lo más perturbador de todo, la cuestión básica de si la Magnificencia tenía o no la anuencia del público en general, era algo que se estaba debatiendo en cada rincón de la estación, discusión ésta inspirada en el miedo y sólo en el miedo, y que estaba provocando sangrientas peleas, un aumento de la tensión interracial y perversiones de todas clases. El poder de la Extraña Magnificencia, como ustedes saben, residía en el nihilismo subversivo de su doctrina, que defendía la idea de que el deber del hombre era expresar todos sus instintos, sin importar cuán oscuros o violentos fuesen, y que ese exorcismo universal de negros secretos a la

larga devengaría en puro consenso, en un vasto término medio de todas las conductas posibles que, a su vez, revelaría el verdadero carácter de Dios y el destino manifiesto de la raza. Así las cosas, los líderes de la Magnificencia no veían nada contradictorio en el hecho de fundar en York un grupo que, por ejemplo, se dedicara a la expulsión de pakistaníes de Gran Bretaña por cualquier medio que fuese necesario, y al mismo tiempo subvencionar un culto sufi. No tenían problemas morales o filosóficos con nada porque, según ellos, la moral era esencialmente un trabajo a realizar. Sus opúsculos eran de una terminante necedad, homilías cuasi-intelectuales adornadas con la clase de prosa gótica y colmada de adjetivos utilizada alguna vez para dar peso a los cuentos de fantasmas y de antiguas maldades; sus cánticos religiosos eran todavía menos ingeniosos, pero el estilo hacía juego con el producto, y el producto era fácilmente vendido a los desposeídos, a los desesperados y a los locos, categorías en las que, hasta cierto punto, podían encajar casi todos los vivos y que sin lugar a dudas eran alternativamente descriptivas de todas las personas de Solitaria. Como había prometido, cuando esos síntomas comenzaron a aparecer había vuelto a acercarme a Samuelson, pero éste me dio todas las evidencias posibles de estar tan preocupado por la Magnificencia como yo; aunque no estaba seguro de creer en su actitud, mis labores oficiales me tenían tan ocupado, al igual que mi labor extraoficial —proteger a Bill, que se había convertido en el blanco de crecientes abusos—, que no había podido dedicarle mucho tiempo a Samuelson. Entonces llegó el día del lanzamiento.

Fue hermoso, desde luego. Primero, un diminuto arroyo de fuego, como una raspadura hecha sobre una pared pintada de negro, revelando una capa inferior blanca. Se hizo cada vez más pequeño y finalmente desapareció, pero breves segundos después de esa desaparición, lo que parecía ser una grieta iridiscente comenzó a expandirse en la negrura, abarcando desde el sitio en que la *Transeúnte* había iniciado la fase superlumínica hasta el punto de donde que había partido, para luego ensancharse hasta tener el tamaño de un dedo, después el de una mano, y más grande, como un trozo de relámpago multicolor transformado en una inmensa espada de bordes aserrados que partía en dos el vacío. Mientras se balanceaba en dirección a nosotros, agrandándose cada vez más, creí ver en esa espada esbozos de rostros, formas y cosas escritas, igual que cuando vemos imágenes de circuitos y dibujos parecidos a los que se podrían

encontrar en la piel de los animales cuando observamos el granulado de una tabla de madera barnizada; el panorama de todos esos rostros entrevistos y de todo lo demás, no totalmente descifrable pero conocido, del mismo modo en que un cielo vasto y complejo con rayos de sol que atraviesan nubes oscuras parece expresar una gloria conocida, venía acompañado de una sensación de inestabilidad, de una estremecedora aprehensión de mi propia insustancialidad, la cual, aunque me sacudió hasta el alma, anulando cualquier intento de rechazarla, también era curiosamente sublime. Anhelé que esa espada me atravesara, me llevara a un atronador génesis donde pudiese lograr transformarme en un ser completo. Y después, después de que se hubo desvanecido, dejándome acongojado y confundido —tan atenta había sido mi concentración en ella— sentí que había presenciado no un ejercicio de intrincada tecnología, sino un simple acto de magia, de la clase de magia que se usa para invocar a los demonios del Infierno o para despertar a un blanco espíritu de las profundidades de un lago subterráneo. Me volví y miré a Bill. Su visor estaba bañado de luz reflejada y lo que pude adivinar de su rostro estaba teñido del pavoroso color verde de las lecturas del interior del casco. Tenía la boca abierta, los ojos como platos. Le hablé, diciéndole no recuerdo qué, pero deseando que secundara mi aturdimiento por la maravilla que acabábamos de ver.

—Pasa algo —dijo.

Entonces advertí que estaba mirando hacia otra dirección; era probable que hubiera visto la partida de la *Transeúnte*, pero sólo por el rabillo del ojo. Su atención estaba fija en uno de los módulos —el laboratorio de aviónica, creo—, del cual se habían despegado gran cantidad de percebes que ahora se alejaban, flotando en el espacio.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó—. ¿Por qué se van?

—Probablemente están hartos de este sitio —le dije, malhumorado por su falta de sensibilidad —. Igual que el resto de nosotros.

—No —dijo—. Debe pasar algo. No se irían si no pasara algo.

—Está bien —le dije—. Pasa algo. Volvamos adentro.

Me siguió a regañadientes, entramos en la cámara de descompresión y una vez que nos hubimos librado de los trajes, habló de los percebes durante todo el trayecto de regreso a mis habitaciones, insistiendo en que no se habrían marchado de la estación si no hubiese pasado algo.

—Les gusta estar aquí —me dijo—. Hay mucho polvo y nadie los molesta mucho. Y ellos…

—¡Dios! —le dije—. ¡Si pasa algo, descubre qué es y dímelo! ¡Pero no sigas fastidiando!

—No puedo. —Agachó la vista y se puso a balancear los brazos exageradamente, como si estuviese a punto de dar un brinco—. No sé cómo descubrirlo.

—Pregúntale al Señor C. —Habíamos llegado a mi puerta; teclée el código de entrada.

—A él no le importa. —Bill adelantó el labio inferior para cubrir al superior y sacudió la cabeza de atrás para adelante, en realidad no tanto sacudiéndola sino balanceándola, describiendo grandes y lentos arcos—. Piensa que es una estupidez.

—¿Qué cosa? —La puerta efectuó el ciclo de apertura; la habitación delantera estaba oscura como un pozo.

—Los percebes —dijo Bill—. Piensa que todo lo que me gusta es una estupidez. Los percebes, el CCP y…

En ese instante oí el grito de Arlie y alguien emergió de la oscuridad, abalanzándose sobre mí, empujándome y haciéndome caer sobre una silla y luego al suelo. Bajo la magra luz proveniente del corredor, vi a Arlie poniéndose de pie y cubriéndose los senos con los brazos. La blusa le colgaba, hecha jirones, alrededor de la cintura; tenía los pantalones tejanos por debajo de las caderas; tenía la boca ensangrentada. Trató de hablar, pero sólo logró exhalar un sollozo.

Enfermo y aterrado de verla así, me lancé desmañadamente hacia el corredor. Un hombre vestido totalmente de negro estaba alejándose a toda carrera, introduciéndose en una de las salas comunes. Corrí tras él. Cada paso que daba acicateaba furiosamente el bullir de mis emociones y cuando entré en la sala común, decorada como un bar versión RV, con tableros de dardos y polvorienta madera oscura, y con algunos fraudulentos ancianos de mejillas rojas desparramados en las mesas de los rincones, en mi

corazón sólo existían las ganas de asesinar. Les grité a las personas que estaban descansando que llamaran a Seguridad y luego me precipité hacia el siguiente corredor.

No había rastros del hombre de negro.

En el corredor se alineaban unas veinte puertas; la mayor parte de los paneles luminosos que había sobre ellas estaba azul, indicando que no había nadie dentro. Estaba a punto de intentar revisar uno de los departamentos ocupados cuando me percaté de que la alarma roja junto a la compuerta de la cámara de descompresión estaba parpadeando. Me acerqué a la compuerta, encendí la cámara de circuito cerrado. En la pantalla que estaba sobre el panel de control apareció una granulada imagen en blanco y negro del interior de la cámara de descompresión; el hombre que perseguía caminaba de aquí para allá, emitiendo un errático canturreo. Era un joven pálido, crispado, de apariencia desnutrida y huesos que parecían frágiles como los de un ave: el producto de alguna madama de burdel y su amo proxeneta, de una insuficiente cantidad de verduras y demasiados cigarrillos, de siglos de una clase de ignorancia tan peculiarmente británica como los céspedes apisonados a mano de las viviendas familiares. Lo reconocí en el acto. Roger Thirwell. También reconocí sus ropas. Los ajustados pantalones y camisa de satén negro de la Extraña Magnificencia, adornados con distintivos que proclamaban los diversos niveles de realización espiritual y la dedicación a tal o cual función.

—Hola, Roger —le dije por el intercom—. Lindo día para una violación, ¿verdad, sucio hijo de puta?

Miró a su alrededor y luego al monitor. Su rostro se llenó de miedo, que luego fue arrasado por una expresión de hostilidad, que a su vez fue reemplazada por una especie de felicidad burlona.

—Envíeme a Manchester, ¿a ver? —dijo—. ¡Envíeme por el ascensor a la maldita Manchester! ¡Creo que no! Tal vez ahora se dé cuenta de que no soy la clase de persona que soporta las amenazas.

—¡Sí, eres un condenado héroe! ¿Por qué no sales y me demuestras que eres hombre?

Me pareció distraído, como si no me hubiese escuchado. Comencé a sospechar que estaba drogado, pero, drogado o no, igual lo odiaba.

—¡Sal de ahí! —le dije—. Te juro por Dios que seré amable contigo.

—Se lo voy a demostrar —dijo—. ¿Usted quiere ver cuán hombre soy? Se lo voy a demostrar.

Pero no hizo ningún movimiento.

—Se la metí en la boca —dijo tranquilamente—. Esa chica tiene una boca preciosa, preciosa.

No le creí, pero sus palabras me afectaron de todos modos. Azoté la compuerta.

—¡Hijo de puta, ojos de vidrio! ¡Sal de ahí, maldito!

Oí voces excitadas que hablaban detrás de mí y luego alguien me puso una mano en el hombro y me dijo, enunciando cuidadosamente con voz de barítono:

—Déjame manejar esto, John.

Era Gerald Sessions, mi superior, un alto y delgado hombre negro de rostro atractivo, abierto, de cutis moteado de pecas más claras y de brazos sarmentosos que poseían una fuerza desmedida. Era un tipo tranquilo, reservado, no muy inclinado a hacer demostración de sus emociones, contenido, dueño de los modales displicentes de los que se sienten continuamente atacados. Sin embargo, debido a los años que hacía que estábamos juntos, era un hombre por quien yo había desarrollado cierto afecto; aunque no confiaba completamente en nadie, él era una de las pocas personas a las que estaba dispuesto a permitirles que me cubrieran las espaldas. Junto a él había cuatro guardias, entre ellos su guardaespaldas y amante, Ernesto Carbajal, un sujeto menudo, de cabellera espesa y grasosa aunque bien cuidada y cara de remilgado, y detrás de ellos, algo apartado, estaba Menckyn Samuelson, con expresión grave, elegantemente ataviado de smoking y pantalones blancos. Aparentemente, lo habían hecho venir de alguna reunión social.

—No gracias —le dije a Gerald—. Planeo hacerle daño a ese hijo de puta. Envía a alguien a ver cómo está Arlie ¿quieres?

—Ya me ocupé. —Me estudió por un momento—. Está bien. Pero no lo mates.

Me volví para mirar la pantalla, justo cuando Thirwell, que se había desplazado hasta la compuerta que daba al exterior y estaba estudiando el panel de control, estallaba en una canción:

“Noche, hermana mía, envuélveme,
“multiplica el reino de la violencia,
“y con las tentaciones del espí-í-íritu
“marchita el curso de la inocencia.

“Oh, dóciles hijas del crepúsculo,
“se agotarán acaso todos nuestros placeres
“cuando Dios surja de las sombras,
“cegándonos con su Extraña Magni-ifi-icencia…”

Calló y emitió una débil risita ahogada. Yo estaba tan azorado ante su comportamiento que mi furia mutó, dando paso a mis sensibilidades investigativas.

—¿Quiénes son tus contactos en Solitaria? —le pregunté—. Cuéntamelo y tal vez las cosas sean más fáciles para ti.

Thirwell continuó con la vista clavada en el panel, que lo tenía aparentemente hipnotizado.

—Ríndete, Roger —le dije—. Cuéntanos de la Magnificencia. Si nos ayudas seremos buenos contigo, te lo juro.

Elevó la vista al techo y, con voz entrecortada, al borde de las lágrimas, dijo:

—¡Oh, Dios!

—Puede que me equivoque —le dije— pero no creo que Dios vaya a contestarte. Lo mejor será que te recompongas, que aclares las ideas.

—No sé —dijo.

—Claro que sí. Sabes. Fueron tus sesos los que te metieron en esto. Ahora úsalos. Piensa. Tienes que sacar el mayor provecho posible de la situación. —Era difícil prometerle clemencia a esa porquería que había puesto sus manos sobre Arlie, pero la rectitud de mi trabajo me proporcionaba un parámetro dentro del cual me era posible funcionar—. Mira, no puedo predecir lo que va a suceder, pero puedo ofrecerte esto. Tú nos dices lo que sabes, palabra por palabra, y yo hablaré en tu favor. Podría haber circunstancias atenuantes. Drogas. Coerción. Chantaje. ¿Te suena, Roger? ¿No será que alguien te empujó a esto? Sí, sí, ya me parecía. Circunstancias atenuantes. Si ese es el caso, es muy posible que la

corporación sea benévola contigo. Y hay algo que sí puedo prometerte con toda seguridad. Te mantendremos a salvo de la Magnificencia.

Thirwell miró a la cámara. Por los movimientos de su boca y por la rapidez con que sus ojos miraban de un lado a otro, me di cuenta de que estaba a punto de derrumbarse.

—Muy bien, ese es mi muchacho. Ven con papá.

—La Magnificencia. —Miró a todos lados, como preocupado de que alguien pudiera estar fisgoneando—. Me dijeron… eh… que yo… —Tragó con esfuerzo y escudriñó la cámara como si estuviese tratando de ver a través de la lente—. Tengo miedo —dijo en tono susurrante, conspirador.

—Todos tenemos miedo, Roger. Son mierdas como la Magnificencia las que nos mantienen asustados. Es hora de dejar de tener miedo, ¿no crees? Puede que sea la única manera de detenerlos. Es decir, hazlo de una vez. Sólo para poder decir ¡al diablo con todo esto! Voy a…

—Tal vez si pudiera hablar unas palabras con él —dijo Samuelson, inclinándose por encima de mi hombro—. Dijiste que yo ejercía alguna influencia sobre este muchacho. Tal vez…

Lo empujé contra la pared; cuando rebotó contra ésta, Gerald lo atrapó y lo arrojó por el corredor, llevándose un dedo a los labios para indicarle que debía quedarse muy callado. Pero el daño ya estaba hecho. Thirwell se había vuelto hacia el panel de control y estaba tecleando el código que abría el sello de la compuerta exterior.

—¡No seas imbécil! —le dije—. Eso no le hará bien a nadie.

Acabó de pulsar el código y se quedó mirando el perno que iniciaría el ciclo de apertura. Las luces de Peligro que se encontraban sobre la compuerta interior se prendían y apagaban; una voz de computadora había comenzado a repetir “Atención, Atención. Abierto el sello de la compuerta anterior, cámara de descompresión no despresurizada. Atención, Atención…”

—¡No lo hagas, Roger!

—Sí. Quiero hacerlo.

—¡Escúchame!

La mano de Thirwell se dirigió, vacilante, hacia el perno.

—Señor de los callejones —dijo—. Señor de los rifles, Señor de los enardecidos, Vos, que habéis cometido todas las vilezas…

—¡Por Dios, viejo! —le dije—. Nadie te va a hacer daño. Ni la Magnificencia, ni nadie. Te garantizo seguridad.

—…todos los pecados, todas las violencias, quedaos conmigo ahora, ayudadme a convertir esta agonía en un amor que no muera… —Bajó el volumen de la voz, tanto que ya no se oía.

—¡Maldición, Thirwell! ¡Estúpido malnacido! ¡Ya deja de balbucear tonterías! ¡No permitas que te venzan! ¡No prestes atención a lo que te han enseñado! ¡Son todas puras mentiras!

Thirwell miró a la cámara, me miró a mí. Por un momento, los rasgos se le torcieron de terror, pero luego las líneas de tensión se aflojaron y rió.

—Tiene razón —dijo—. El tipo tiene toda la razón. Usted nunca entenderá.

—¿Quién tiene razón? ¿Qué es lo que nunca entenderé?

—Observe —dijo Thirwell, gozoso—. Observe mi cara.

Me quedé callado, tratando de pensar en algo perfecto que decir, algo que contrarrestara su impulso demente.

—¿Está observando?

—Quiero entender —le dije—. Quiero que tú me ayudes a entender. ¿Me ayudas, Roger? ¿Me hablas de la Magnificencia?

—No puedo. No puedo explicárselo. —Inspiró profundamente y dejó salir el aire con lentitud—. Pero puedo mostrárselo.

Sonrió dichosamente hacia la cámara, al tiempo que empujaba el perno.

La descompresión explosiva, incluso vista a través de un monitor blanco y negro, no es algo lindo de presenciar. Aparté la mirada. Inadvertidamente, mis ojos se posaron en Samuelson. Estaba a unos cinco metros, con las manos detrás de la espalda, sin expresión alguna, como un pastor preparándose para dar su sermón, pero se evidenciaba algo más en ese rostro enjuto, de expresión neutra, algo que estaba sucediendo debajo de la superficie, un leve regocijo, y entonces supe, *supe*, que Samuelson no estaba angustiado en lo más mínimo por la muerte de Roger, que más bien estaba complacido. Nadie de su posición, pensé, hubiese sido tan ingenuo como para interrumpir a un hombre de Seguridad que intenta dialogar con un suicida en potencia. ¿Qué tal si lo que le había hecho a Thirwell había

sido intencional, una amenaza torpemente solapada? Si tenía tanto poder y capacidad de amenaza en sus manos, bien podía ser el responsable de lo que Thirwell le había hecho a Arlie.

Avancé hacia él a paso lento. Sus ojos estaban atentos a mis movimientos. Me detuve a un metro y medio de él y lo estudié, buscando señales de culpabilidad, pistas de un pasado de satén negro, de antorchas, de sangre, de cánticos en grupo. En su rostro había debilidad, pero ¿era una debilidad nacida de la perversión y la brutalidad o simplemente producto del miedo? Decidí que, en nombre de Arlie, de Thirwell, debía presuponer lo peor.

—¿A que no adivina lo que voy a hacer ahora? —le pregunté.

Antes de que pudiera responderme, le lancé una demoledora izquierda a la mandíbula que hizo girar su cabeza un cuarto de vuelta. Dos de los guardias se precipitaron hacia mí, pero les advertí que retrocedieran.

Carbajal me miró con una expresión de relamida desaprobación.

—Eso fue algo muy estúpido —dijo Gerald, acercándose lentamente y mirando a Samuelson, que estaba gimiendo, retorciéndose.

—Merece lo peor —dije—. Thirwell estaba a punto de salir. Estoy totalmente seguro. Y entonces este bastardo tuvo que abrir la boca.

—Sí. —Gerald se apoyó contra la pared, cruzó las piernas—. ¿Y cómo te figuras que lo hizo?

—¿Por qué no le preguntas a él? Será interesante ver cómo responde.

Gerald dejó escapar una risa sardónica.

—El tipo es un altruista. Trataba de ayudar. —Escarbó una zona áspera de uno de sus nudillos—. La verdadera pregunta que tengo es qué tan metido está en esto. Si es que está involucrado con la Magnificencia o si sólo está tratando de convencer a todos de que lo está. Necesito saberlo para poder tomar una decisión a conciencia.

No le di mucha importancia al dejo de frialdad que tenía su voz.

—¿Y qué decisión es esa, si se puede saber?

Carbajal, mirándome por encima del hombro, me dirigió una sonrisa de sapiencia.

—Ya no le caías bien, John —dijo Gerald—. Me lo dijo. Y ahora va a querer poner tu culo en un cuadro. Y yo debo decidir si debo entregarte a él o no.

—¿Oh, de veras?

—Estamos en un grave lío, amigo. Si desafío a Samuelson se va a armar una de los mil demonios. Seguridad contra Administración.

Samuelson estaba tratando de sentarse; tenía la mandíbula hinchada y descolorida. Yo deseaba que la tuviera rota.

—Podríamos estar hablando de una guerra —dijo Gerald.

—Creo que estás exagerando —dije—. Aunque así fuera, una guerra civil no sería lo peor que podría suceder, siempre y cuando venciera la facción que corresponde. En esta estación hay una gran cantidad de imbéciles que estarían espléndidos en el papel de muertos.

Gerald dijo: —Sin comentarios.

Samuelson se las había ingeniado para apoyarse sobre un codo.

—Quiero que lo arreste —le dijo a Gerald.

Miré a Gerald. —¿Puedo hablar unas palabras con él antes de que decidas?

Los ojos de Gerald se posaron en los míos por unos segundos y luego meneó la cabeza con consternación.

—Oh, a la mierda —dijo.

—Gracias, amigo —le dije.

—A la mierda contigo, también —dijo. Se alejó un par de pasos y se quedó de pie, vigilando el corredor. Carbajal fue con él, le susurró algo en el oído y le masajeó los hombros.

—¿Oyó lo que le dije? —Samuelson se enderezó hasta quedar sentado, tomándose la mandíbula—. Arréstelo. ¡Ahora!

—Venga, déjeme ayudarlo. —Tomé a Samuelson de la solapa con el puño, lo levanté y lo arrojé contra la pared—. Así es. ¿Mucho mejor, verdad?

Los ojos de Samuelson bailaban de izquierda a derecha, buscando aliados. Le golpeé la cabeza contra la pared para que me prestara atención y él luchó por liberarse.

—¡Qué tragedia! —dije, con mi mejor acento de clase alta—. La muerte del joven Thirwell ¿no?

Dejó de resistirse; sus ojos quedaron fijos en los míos.

—Fue un asesinato calculado como no había visto en muchos años —le dije.

—¡No tengo la más remota noción de lo que estás hablando!

—¡Oh, claro que sí! Yo había logrado hacerlo volver sobre sus pasos por la cuerda floja. Entonces apareció usted y le recordó las consecuencias que sufriría si traicionaba a la Magnificencia. Sólo Dios sabe qué pensó el muchacho que le tenía reservado.

—¡No hice tal cosa! Estaba…

Le enterré los dedos de la mano izquierda en el gaznate. Me hubiera gustado apretar hasta juntar el pulgar con los dedos, pero sólo apliqué la fuerza necesaria para hacerlo chillar.

—¡Cierre el pico! Todavía no terminé. —Acomodé los dedos para darle más aire—. Usted es un sucio, Samuelson. Usted es el germen que está causando todas las miradas pálidas que hay por aquí. No sé cómo logró pasar los controles, pero no es importante. Tarde o temprano voy a comerme sus bolas en el desayuno. Y cuando haya limpiado el plato enviaré lo que quede de usted al mismo sitio al que empujó a Thirwell. Por supuesto, usted podría decirme los nombres de todas las personas de Solitaria que están involucradas con la Magnificencia. Con eso podría mitigar mi resolución. Pero no se demore mucho, porque estoy condenadamente hambriento de usted. Apenas puedo esperar a que me ponga algún impedimento. La saliva se me pone espesa y pegajosa cuando pienso en los buenos momentos que podríamos pasar juntos. —Lo sacudí y oí que gorgoteaba—. Yo sé lo que es usted y sé lo que quiere. Tiene un sueño, ¿verdad? Un sueño vasto y espléndido de hombres vestidos de satén negro que pueblan las estrellas. Nuevos planetas para echar a perder. Bueno, eso sencillamente no sucederá. Si alguna vez acontece que una nave regresa con buenas noticias, usted no la abordará, hijo mío. Ni ninguno de su tribu. Ustedes estarán flotando allí afuera, en las manos negras de Jesús, con la sangre congelada, formando nubes a su alrededor, y los corazones

embutidos en sus inmundas bocas. —Lo solté y le guiñé un ojo alegremente—. Muy bien. Adelante. Suelte el rollo.

Samuelson se alejó por la pared, tomándose la garganta.

—¡Estás loco! —Echó un vistazo a Gerald—. ¡Ambos lo están!

Gerald se encogió de hombros y abrió los brazos. —Forma parte de la descripción de funciones.

—¿Debemos interpretar —le dije a Samuelson— que no tiene intención de confesar en este momento?

Samuelson advirtió, igual que yo, que una cantidad de gente había salido de la sala común y estaba observando el procedimiento.

—Le diré cuál es mi intención —dijo él, poniéndose derecho, en tren de impresionarme—. Tengo intención de redactar un informe detallado en lo que concierne a su desacato a la autoridad y a la forma en que ha abusado de su posición.

—Vamos, vamos —dijo Gerald, caminando hacia él—. Nada de amenazas. De lo contrario, alguien… —la voz se le volvió un grito— ¡alguien podría perder la paciencia! —Acompañando el grito, golpeó la pared con la palma de la mano, lo cual hizo que Samuelson retrocediera, tropezando, unos tres metros y medio.

Varios de los espectadores rieron.

—Sea honesto, amigo —le dije a Samuelson—. Haga lo correcto. Me han dicho que cuando todos esos horrendos secretos empiezan a salir se siente un placer mejor que el del sexo.

—Si lo hace sentir más cómodo, primero puede ponerse su ropa de satén negro —dijo Gerald—. Tener esas suaves telas contra la piel le dará un lindo escozor a las cosas.

—¿Sabes, Gerald? —dije—. Tal vez estos chiflados han descubierto algo bueno. Tal vez la Magnificencia tiene mucho que ofrecer.

—Siempre me interesa incrementar mi potencial de placeres —dijo Gerald—. ¿Por qué no nos dice su discurso de ventas, Samuelson?

—Sí —le dije—. Cuéntenos de todos los estremecimientos de gozo que siente cuando le arranca los brazos a una virgen.

Aumentó el volumen de las risas, inspiradas por la expresión de tonta impotencia de Samuelson.

—Ustedes no entienden con quién están tratando —dijo—. Pero lo entenderán, se los prometo.

Ahí está, me dije. Esa es su confesión. No era suficiente para llevarlo a la corte, pero por un momento todo estuvo allí, en su rostro: la altivez enfermiza y la pasión corrupta de los de su tribu.

—Apuesto que es un hombre muy importante dentro de la Magnificencia —dijo Gerald—. Apuesto que hasta tiene un título.

—Ministro de Escorias y Delirios —sugerí.

—Me gusta —dijo Gerald—. ¿Qué te parece Secretario del Inferior?

—Gran Salamandra —dijo Carbajal y rió entre dientes.

—Amo de los Excrementicios.

—Ya basta —dijo Samuelson, cerrando los puños. Parecía a punto de ponerse a patalear y llorar.

De la multitud de mirones salieron varias sugerencias de títulos más y Gerald propuso “Reina de los Lamemierda”.

—Se los advierto —dijo Samuelson, y luego gritó—: ¡Se los advierto! —Estaba rojo, temblaba. Todo el espasmódico material de su núcleo central había quedado expuesto. Golpearlo había sido divertido, pero ahora yo quería clavarle mis tacones, sentir que crujía bajo mis pies.

—Márchese —dijo Gerald—. Váyase a casa. Aquí ya hizo todo lo que podía.

Samuelson le clavó una mirada inestable, como si no estuviera seguro de lo que Gerald le estaba diciendo.

Gerald lo despidió con la mano. —Hablaremos pronto.

—Sí —dijo Samuelson, alisándose la chaqueta, tratando de rescatar un retazo de dignidad—. Sí, por cierto, hablaremos, con toda seguridad. —Lanzó lo que supongo quería ser una mirada fulminante y se alejó tambaleándose por el corredor.

—Ahí va un imbécil a cumplir su misión —dijo Gerald, observándolo doblar la esquina.

—No tengo ninguna duda —le dije.

—Problemas. —Gerald restregó los tacones contra el piso de acero y miró hacia abajo, como esperando ver una marca—. No es broma. El tipo

es un problema.

—Nosotros también —dije.

—Sí, ajá. —No sonó muy convencido.

Intercambiamos una rápida mirada. Habíamos pasado por muchas cosas juntos, Gerald y yo, y yo sabía, por la inclinación de su cabeza, por la torcida expresión de su boca, que estaba muy preocupado. Estaba a punto de hacer un chiste para levantarle el espíritu cuando recordé algo más urgente.

—¡Oh, Cristo! —dije—. ¡Arlie! Tengo que regresar.

—Te olvidaste de ella ¿eh? —Asintió lóbregamente, como si mis olvidos fuesen algo que él censurara desde hacía mucho—. Sabes que eres un idiota ¿verdad? Sabes que no mereces el amor de una mujer ni la amistad de un hombre.

—Sí, sí —dije—. ¿Puedes manejar las cosas aquí?

Hizo gestos de que me fuera. Volvió a asentir con morosidad.

—Sabes que sí —me dijo.

*E*n Solitaria no había estaciones climáticas, no había rápidos lapsos de frío y oscuridad, no había repentinas apariciones de flores y verde; sin embargo, me pareció que los días que siguieron al suicidio de Thirwell transcurrían en una media luz otoñal, sin cambios de follaje y de temperatura, pero sí con un florecimiento de cintas de satén negro y de horribles rumores, con una degradación gradual del espíritu del lugar hasta convertirlo en una opresiva atmósfera de hosca cautela y con la lenta oclusión de toda brillantez visible de nuestras vidas, con la disminución de la clientela en los bares, con las salas comunes vacías, incidencias de una declinación que me recordaba, en suma, a la obstinada resistencia de los robles ingleses a la inevitable muda, rindiendo poco a poco su verde profuso y solemne a los parcos imperativos del invierno, igual que un hombre fuerte al que gradualmente va erosionando la pena.

La guerra no llegó inmediatamente, como Gerald lo había predicho, pero continuó la violencia esporádica, junto con las discusiones respecto de las verdaderas intenciones y naturaleza de la Extraña Magnificencia; muy pocos dudábamos de que se avizoraba una guerra, o algo muy parecido a la

guerra. Todos cumplían con sus tareas rápida, torvamente… es decir, todos excepto Bill. Él estaba tan absorto en sus propias dificultades que dudo que se haya percatado de todo esto; aunque, hasta cierto punto, el objetivo de las hostilidades ya no era él, sino algo más difuso y general, se puso cada vez más agitado y continuó balbuceando acerca de “hacer algo” y también —un nuevo acorde dentro de la simpleza de su sinfonía— que debía estar sucediendo algo terrible porque los percebes se estaban marchando.

Que se estaban marchando era innegable. Con cada hora que pasaba emigraban miles de percebes más y había enormes zonas de la superficie de la estación que habían quedado al descubierto. No completamente al descubierto, aclaro. Quedaba una capa del sustrato dejado por las hembras, de color plateado verdoso, pero de todas maneras resultaba chocante ver a la estación tan desnuda. No di verdadero crédito a los argumentos de Bill en cuanto a que estábamos en peligro, pero tampoco los descarté por completo y por lo tanto, en parte para calmarlo, para darle la seguridad de que estaba investigando el tema, releí las notas de Jacob Sauter para averiguar si tales migraciones estaban previstas.

Según las notas, los percebes pre-adultos —Sauter los llamaba “larvas”— flotaban libres en el espacio, cada uno encapsulado en un segmento de tubo cuyos extremos estaban unidos, formando un anillo. Como el percebe adulto, el exterior del anillo estaba salpicado de fotósforos sensibles a la luz; cuando percibía la existencia de un sitio apropiado donde adosarse, la colonia de anillos podía orientarse por medio de unas excreciones lanzadas, en forma de pulverización, por unos poros que había en la piel del tubo, método que no difería mucho del utilizado por los buques orbitales cuando se alineaban para reingresar en la atmósfera. La más leve alteración en el impulso hacia adelante inducía el lanzamiento de secreciones a todo lo largo del límite de la colonia, orientándola hacia el inminente punto de fijación; finalmente, la colonia se adosaba a su nuevo hogar, donde las hembras excretaban un sustrato ácido que se fundía con el metal. Los percebes eran hermafroditas y la metamorfosis inicial siempre daba como resultado especímenes hembras exclusivamente. Una vez que la colonia de hembras adquiría cierta densidad, se reproducía *en masse*. Cuando los tubos larvales se desprendían a veces quedaban entretejidos, resultando entonces en colonias de anillos trenzados, lo cual colaboraba para asegurar la variedad genética. Y eso fue todo lo que encontré sobre el tema migraciones. Si había que dar crédito a Sauter, al abandonar su

adquisición, nuestra estación, los percebes estaban, esencialmente, dejando su destino en manos de Dios, jugándose a la posibilidad —una posibilidad extremadamente débil, dada la vastedad del espacio y la ausencia de secreciones de anillo— de toparse con algo y ser capaces de asirse el tiempo suficiente para lograr adosarse. Si uno juzgaba sus actos en términos humanos, debían estar aterrados por algo, pues de lo contrario se hubiesen quedado donde estaban. Pero juzgarlos según ese criterio exigía un inmenso esfuerzo lógico de mi parte y, además, no tenía idea de qué podía ser lo que ocasionaba el éxodo.

A continuación de mi examen de las notas de Sauter, persuadí a Gerald de que me acompañara a una gira de inspección por la superficie de Solitaria. Se me ocurrió que si veía la migración con sus propios ojos quedaría más profundamente afectado que si lo hacía a través de las cámaras y que, entonces, tal vez compartiría mi sospecha de que —por más improbable que pareciera la perspectiva— Bill había descubierto algo. Pero no logré conmover a Gerald al punto de estar de acuerdo conmigo.

—No sé, amigo —me dijo mientras estábamos en la superficie de Louie Este, mirando hacia el CCP y el módulo de Administración. A nuestro alrededor, desparramados aquí y allá, quedaban algunos parches de percebes, criaturas que por alguna razón (sensibilidad deteriorada o tal vez por alguna especie de testarudez silícea) no habían abandonado la estación. De vez en cuando, uno o varios se elevaban, flotando en dirección a las tornasoladas nubes de congéneres que brillaban contra la negrura como afloramientos de mica en antracita—. ¿Qué sé yo de estas malditas cosas? Podrían estar haciendo cualquier cosa. Tal vez se les haya acabado el alimento y por eso estén mudándose. ¡Mierda! ¡Le estás dando demasiado crédito a ese idiota! Él tiene sus propias razones para desear que esto signifique algo.

No podía discutírselo. Era completamente consistente con el carácter de Bill que éste interpretara la migración como parte de su apocalipsis personal y que la creciente agitación que sufría pudiera originarse en el hecho de que veía que su mundo estaba siendo cercenado, que la utilidad de su tarea se iba reduciendo y que por lo tanto su existencia se veía amenazada mucho más.

—Sin embargo —dije— me parece raro.

—“Raro” no es suficiente. “Sobrenatural”, bueno, podría tener más peso. “Enloquecido”. “Descontrolado”. Eso justificaría mi atención. Pero lo “raro” no me quita el sueño. Si quieres preocuparte por esto, no puedo impedírtelo. En cuanto a mí, tengo cosas más importantes que hacer. Y tú también.

—Estoy haciendo mi trabajo, no te preocupes.

—Muy bien. Cuéntame qué has hecho.

Detrás del barniz de reflejos del visor, sólo podía verle los ojos y la frente, que no me daban ninguna pista de cómo estaba de humor.

—No hay mucho que contar. Por lo que he podido determinar, Samuelson es un santo por donde se lo mire. Hay una curiosa falta de profundidad en la descripción de sus antecedentes y algunos callejones sin salida en los informes investigativos. Informantes fallecidos. Empleadores que se han esfumado. Esa clase de cosas. No me huele bien, pero no tengo nada que presentar a la corporación. Lo que sí aparece es que su hermano mayor fue asesinado por la Magnificencia, lo cual confirma al menos una de sus *bona fides.*

—Si Samuelson forma parte de la Magnificencia, yo…

—¡Nada de “si”! —dije—. Sabes perfectamente bien que pertenece a ella.

—Lo que iba a decir es que el asesinato de su hermano es simplemente el estilo de táctica que les agrada utilizar para apartar toda sospecha contra sus miembros. Diablos, tal vez Samuelson odiaba a su hermano.

—O tal vez lo amaba y quiso sentir dolor.

Gerald gruñó.

—He aislado catorce legajos que recuerdan esquemáticamente al de Samuelson —dije—. Claro que eso no prueba nada. Casi todos son de Administración y relativamente nuevos en Solitaria. Pero sólo dos de ellos son sus asociados cercanos.

—Por eso es más probable que todos ellos estén involucrados. No creen en los agrupamientos. Lo verificaré. —Escuché un estallido de estática por los auriculares, lo que significaba que Gerald había exhalado un profundo suspiro—. Lo peor de todo es que —continuó— quizás

Samuelson no es el cabecilla. Quienquiera que esté dirigiendo las cosas bien podría estar oculto en las sombras.

—No, ni por casualidad —dije—. Samuelson está magnífico en el papel.

Un trineo de construcción, objeto parecido a un cubo hecho de postes plateados arrastrado por un hombre en una cápsula cohete, se elevó desde el laboratorio de física cero describiendo un arco y luego se dirigió hacia una de las plataformas de montaje; atados a los postes había toda clase de objetos, algunos de los cuales —en su mayoría herramientas, soldadores de vacío y cosas así— flameaban hacia atrás con el movimiento, dándole al trineo una apariencia andrajosa, gitana.

—Esos explosivos que guardaste… —dijo Gerald, siguiendo al trineo con la mirada.

—Están en un lugar seguro.

—Eso espero. Si no los tuviéramos ya se habrían abalanzado sobre nosotros. Habrían tomado rehenes. O tal vez habrían volado algo. Estoy bastante seguro de que no han traído nada más a la estación, así que mantén una estrecha vigilancia sobre esa mierda. Es nuestro naipe marcado.

—No me agrada esperar a que ellos hagan el primer movimiento.

—Ya lo sé. Si fuera por ti, estaríamos liquidando ciudadanos a diestra y siniestra, para luego decidir si eran culpables o no. Es por eso que tú eres el que tiene dientes y yo soy el que sujeta la correa.

Aunque su rostro estaba oculto, yo sabía que no estaba sonriendo.

—Tu forma de hacer las cosas no siempre es la forma correcta, Gerald —le dije—. A veces mi forma de hacer las cosas es la más efectiva, la más segura.

—Sí, puede ser. Pero esta vez no. En este embrollo hay demasiada palabrería. Demasiada gente de alto nivel metida en el asunto. Si borramos del libro el número equivocado nos enviarán abajo más rápido que un puto relámpago. No querrás volver a la vida de trifulcas de la Tierra ¿verdad? Por mi parte, estoy segurísimo de que no.

—Preferiría dejar que los pulmones me salgan por la boca, como Thirwell.

—¿De veras? Yo no estoy tan seguro. Quiero tener una vida que sea algo más que roer huesos, John. Ya no me interesa esa clase de actividad. Y

creo que a ti tampoco.

Nos quedamos callados durante más o menos un minuto. Se acercaba la hora del cambio de turno y por todas partes había trozos de plata que se elevaban, separándose de la superficie manchada de la estación, para luego agruparse frente los brillantes haces de luz provenientes de las bodegas de transporte, con movimientos tan rápidos y caprichosos como los de las motas de polvo en un rayo de sol.

—Ultimamente estás pensando demasiado, viejo —dijo Gerald—. No estás olfateando el aire, no estás percibiendo cosas. —Se palmeó lenta y desmañadamente por encima del vientre.

—¡Mentira!

—¿Sí? Escucha esto. “La vida tiene significado pero no tiene tema. No existe verdad que podamos asignarle que no oscurezca, de algún modo, el brillante fogonazo de existencia que conforma su sustancia esencial. No existe lección que podamos aprender que no señale una falsa interpretación de nuestras estrellas. No existe moraleja en esta oscuridad”. Linda mierda. Extremadamente profunda. Pero el hombre que la escribió no está vigilando el mar para ver si hay tiburones. Está muy ocupado pensando.

—Me complace mucho —le dije— que hayas podido entrar en mi computadora otra vez. Sé que te provoca una alegría infantil. Y estoy segurísimo de que a Ernesto le resulta apasionante espiar un poco.

—Con la práctica se llega a la perfección.

—¿Has sacado alguna otra conclusión después de haber metido las narices en mis archivos personales?

—Tienes una vida de fantasía de los mil demonios. O bien esa Arlie, amigo, es una especie de bestia. ¿Cómo es que escribes todas esas cosas sobre el sexo?

—Lascivia —dije—. ¡Maldita sea! No sé cómo mierda soporto todo lo que me haces.

—Bueno, yo sí. Soy el Jefe de Seguridad más afortunado del sistema, sabes, porque me conseguí un perro grande y malo que además es inteligente, fiel —levantó un dedo de su mano enguantada para significar que esta era la idea clave— y no ambiciona mi puesto.

—No estés tan seguro.

—No, viejo, tú no quieres mi puesto. Es decir, lo aceptarías si te lo dieran, pero te gustan las cosas como están. Tú, descontrolándote siempre; yo, tratando de cubrirte el culo.

—Espero que no estés sugiriendo que soy un irresponsable.

—Eres responsable, sin duda. Pero no desearías tener la clase de responsabilidad que tengo yo. Interferiría con tu estilo. Es condenadamente hermosa esa forma que tienes de moverte por la estación, hablando estupideces con la gente, todo tranquilo, hasta que de repente ¡Bam! ¡Bam! y haces rodar a alguien por el suelo, y al segundo siguiente te pones a hablar de Degas y toda esa mierda, y después ¡Bam! cae otro al piso, y tú dices “Oh, diablos, creo que armé mucho escándalo, por favor, perdóname, ¿alguna vez te hablé de París en primavera, cuando todos los poetas se convierten en flores de cerezo?”, ¡Bam! Tienes a la mitad del personal tan aterrorizado que se esconden debajo de la alfombra cuando te ven venir, y la otra mitad se muere de amor por ti, y la mayoría jura que eres una especie de Robin Hood: les das con el látigo porque los amas y porque es tu deber, y sólo usas tus poderes para servir al bien y a la verdad. No te entienden como yo. No se dan cuenta de que no eres más que un hijo de puta peligroso y amoral.

—¿Esta es la clase de cháchara que pones en los informes personales?

—Ni por asomo. Te presento como un verdadero ciudadano. Un modelo de integridad, coraje e ingenio.

—Te lo agradezco —dije con frialdad.

—No cambies nunca, amigo. No cambies nunca.

Todos los trineos que se habían separado de la estación habían desaparecido, pero otros se materializaban en la negrura, pequeños puntos de plata y luz que regresaban de las plataformas de montaje. No más sustanciales que las nubes de percebes. Finalmente, Gerald dijo:

—Tengo que ocuparme de algunas cosas. —Hizo un gesto hacia los percebes—. Déjalos tranquilos ¿quieres? Después de que arreglemos todo lo demás tal vez podamos investigar a estas mierdas. En este momento, lo único que logras es hacerme perder el tiempo.

Lo observé deslizarse a lo largo de la curvatura del módulo rumbo a la cámara de descompresión, sintiéndome algo fastidiado por su reacción

brusca y su análisis. Lo respetaba muchísimo como profesional, pero su evaluación clínica de mis habilidades me hacía dudar de que su respeto por mí fuese tan incondicional.

Sentí un leve golpecito contra el costado del casco. Elevé la mano y arranqué un percebe. En la palma de mi guante, con las valvas cerradas y la superficie bordada de dorado y carmesí, parecía un objeto críptico, mágico, extraordinario, algo que uno encontraría después de una búsqueda de media vida, una reliquia sepultada con algún rey brujo, colocada entre sus costillas en lugar del corazón. Cambié de posición para que la luz que salía de la tronera que tenía detrás proyectara mi sombra sobre la superficie de la estación; al variar la intensidad de la luz, se operó el cambio neurológico y algunos de los percebes que quedaron bajo mi sombra comenzaron a abrir las valvas y a perforar el vacío con sus rechonchas "lenguas" grises, tratando de alimentarse. Era un panorama pavoroso: la forma en que movían las "lenguas", rígida y espasmódicamente, como un mal dibujo animado, como criaturas de un jardín grotesco alucinado por Hawthorne o Baudelaire, y el hecho de estar parado entre ellos, con la mezcolanza de objetos tecnológicos de la estación moviéndose en todas direcciones, era como estar varado en un charco de tiempos primitivos mirando al futuro. Era, advertí, una sensación parecida a la que experimentaba en Londres cuando pensaba en las colonias espaciales, en los puestos de avanzada diseminados por el sistema.

Roer huesos.

Como habría dicho mi antiguo profesor de Lenguas Clásicas, la metáfora de Gerald era "una expresión feliz".

Y ahora que tenía tiempo de considerarlo, me di cuenta de que Gerald tenía razón: después de tantos años en Solitaria, ya no podría adaptarme a la vida de Londres; mis instintos estaban oxidados y eran incapaces de readaptarse a la feroz intensidad de la ciudad. Pero creía que no tenía razón en cuanto a esperar a que Samuelson actuara contra nosotros primero. Una vez que la Magnificencia tenía algo en la mira no era proclive a las medias tintas. Yo era demasiado disciplinado para desobedecer a Gerald, pero nada me impedía prepararme para el día del juicio final. Samuelson podía derrotarnos, me dije, pero yo me encargaría de que no nos sobreviviera. No estaba al tanto, sin embargo, de que el día del juicio final estaba casi al alcance de la mano.

*T*al vez fueron los problemas de esos días lo que hizo que Arlie y yo nos acercáramos más, lo que nos hizo redescubrir la dulzura de nuestros cuerpos y la filosa red de nuestras almas, todas esas cosas que habíamos llegado a dar por sentadas. Y quizás Bill tuvo algo que ver con eso. Si bien era un elemento triste, es posible que su presencia haya servido —como sugirió Arlie— para proporcionarnos algún aspecto esencial de la calidez o del corazón que nos estaba faltando. Pero fuese cual fuese la causa, constituyó una época grandiosa para nosotros, en la que llegué a percibir a Arlie, una vez más, no como a alguien que podía curar una herida o lograr que yo dejara de pensar por un rato, sino como la encarnación de mis esperanzas. Después de haber atestiguado tantas cosas, de habérseme presentado tantas evidencias ruines y sangrientas de la mezquindad y la codicia de nuestra raza, me dejaba perplejo comprobar que aún podía sentir algo tan puro por otro ser humano. Y si eso podía suceder… ¿por qué, entonces, no era posible que se cumplieran otras esperanzas más improbables? Por ejemplo, supongamos que regresaba una nave con la noticia de algún mundo habitable. Me imaginaba que los dos abordábamos, nos alejábamos volando, aterrizábamos, nos purificábamos en la lucha de una vida austera y sencilla. Tonterías, me decía a mí mismo. Ignorancia desatada. Pero cada vez que me metía en la cama con Arlie, aunque la oscuridad que nos cubría siempre pareciera imbuida de un toque de satén negro, de la enfermiza pátina de la Extraña Magnificencia, percibía en el fondo de la mente que tocar a Arlie era como alejarme volando otra vez, y que entrar en Arlie era como aterrizar en alguna perfecta esfera verdeazulada. Llegó una noche, sin embargo, en la que demorarse en tales pensamientos pareció no una mera insensatez sino el colmo de la indulgencia.

Eran cerca de las once y media; los tres —Bill, Arlie y yo— estábamos sentados en la sala, mientras las paredes pasaban el paisaje holográfico de un mar coronado de espuma y montañas de nubes elevadas, con ballenas zambulléndose y una goleta de tres mástiles impulsada por el viento, que desaparecía cuando llegaba a un rincón y luego reaparecía en la pared adyacente. Bill y Arlie estaban en el sofá y ella le estaba contando historias de la Tierra, mentiras sobre los maravillosos animales que vivían allí, tratando de distraerlo de su parloteo obsesivo sobre los percebes. Yo acababa de sacar varias de las cargas explosivas que Gerald y yo habíamos escondido y estaba trabajando en ellas, tratando de rearmarlas en unidades más pequeñas, proyecto éste que ya me había tenido ocupado durante

varias noches. Previamente, parecía que Bill se había asustado de ellas porque no las había mencionado. Esta noche, sin embargo, señaló las cargas y dijo:

—¿Splosivos?

—Muy bien —le dije—. Los que tú y yo encontramos. Con los que estuve trabajando ayer. ¿Recuerdas?

—Ajá. —Me observó reinsertar un temporizador en una de las cargas y luego me preguntó qué estaba haciendo.

—Preparando unos regalos —le dije.

—¿Regalos de cumpleaños?

—Digamos que son más bien regalos para el Día de Guy Fawkes.

Bill no tenía idea de la identidad de Guy Fawkes, pero asintió sagazmente como si así fuera.

—¿Uno es para Gerald?

—Se podría decir que todos son para Gerald.

Me observó un rato más y luego dijo:

—¿Por qué son regalos? ¿Los splosivos no lastiman?

—Te está haciendo un chiste —dijo Arlie.

Bill se quedó callado por uno o dos minutos, con los ojos pendientes de mis dedos, y finalmente dijo:

—¿Por qué no le cuentas a Gerald de los percebes? Tienes que decirle que es importante.

—Deja en paz eso, Bill —dijo Arlie, palmeándole el brazo.

—¿Qué esperas que haga Gerald? —le dije—. Aunque estuviera de acuerdo contigo, no se puede hacer nada.

—Irse —dijo él—. Como los percebes.

—¡Qué idea fantástica! Recogemos nuestras cosas y nos largamos de aquí.

—¡No, no! —chilló él—. ¡CCP! ¡CCP!

—Escúchame —dijo Arlie—. No hay ninguna posibilidad de que la maldita corporación nos autorice a usar el CCP para algo así. Así que bórralo de tu mente, querido, ¿quieres?

—No necesitamos a la corporación —dijo Bill con tono plañidero.

—Se le metió el CCP en la cabeza —dije—. Todas las noches vengo aquí y lo encuentro revisando el archivo.

Arlie me hizo callar y luego preguntó:

—¿Qué fue lo que dijiste, Bill?

Bill apretó los labios, se recostó contra la pared. Su cabeza se convirtió en una oscura y siniestra interrupción del trayecto de la goleta. Una ola de agua brillante pareció romper sobre él, despidiendo espuma blanca.

—¿Tienes algo que decirnos, querido?

—Agradece su silencio —dije.

Unos segundos después, Bill comenzó a llorar, a quejarse de que no era justo que todos lo odiaran.

Hicimos lo mejor posible por calmarlo, pero fue en vano. Se puso de pie torpemente y comenzó a golpearse los muslos con los puños, a saltar de arriba abajo, a chillar a todo volumen, y su rostro se puso rojo como el de un niño en medio de un berrinche. Luego, de repente, se tomó la cabeza con ambas manos. Las piernas se le pusieron rígidas y se le crisparon los tendones del cuello. Cayó hacia atrás, sobre el sofá, convulsionándose, gritando, aferrando el bulto que tenía detrás de la oreja. Había intervenido el Señor C, que estaba castigándolo con descargas eléctricas. Era algo espantoso de ver: un hombre enorme e infantil sacudido por relámpagos internos, con hilos de baba cayéndole por la barbilla mientras la animación se le escurría del rostro y sus protestas se hacían cada vez más débiles, hasta que al fin se quedó ahí sentado, mirando fija e inexpresivamente a ningún lado, como un muñeco demasiado grande y horrible vestido con un manchado mameluco blanco.

Arlie se le acercó y le enjugó la cara con un pañuelo de papel. Se le afinaron los labios; las líneas que dibujaban unos paréntesis en las comisuras de sus labios se hicieron más profundas.

—Dios, sí que es un objeto repulsivo —dijo Arlie—. No sé qué es lo que me conmueve tanto de él.

—Tal vez te recuerda a tu tío.

—Me doy cuenta de que estás pasando por un momento difícil, mi amor —me dijo, sin dejar de secar la cara de Bill—. ¿Pero realmente

encuentras necesario esto de tratarme con tanto sarcasmo, como si yo fuese uno de tus delincuentes?

—Disculpa —le dije.

Arlie se encogió de hombros casi imperceptiblemente. Algo cambió en su expresión, como si hubiese hecho a un lado una máscara opaca, revelando una nueva vulnerabilidad.

—¿Qué piensas que va a sucederle?

—Probablemente lo mismo que nos sucederá a nosotros. Parece que nuestros destinos han quedado entretejidos. —Levanté otra carga explosiva —. En todo caso, ¿qué importa este pobre retardado? Su mejor amigo es un pequeño garbanzo negro que lo electrocuta cada vez que le da una pataleta. Es universalmente detestado y su idea de pasar un buen rato es encender un cristal y flagelarse la verga toda la noche. A mi entender, su destino ya ha tocado fondo.

Arlie hizo chasquear la lengua contra los dientes. —Tal vez lo que veo en él es a nosotros.

—¿Tú y yo? No me hagas reír.

—No, me refiero a todos nosotros. ¿No parece, a veces, que todos estamos indefensos como él? ¿Que sólo somos animales grandes y vacilantes que no perciben el sentido correcto de las cosas?

—Prefiero no pensar así.

Su rostro se inundó de desagrado, pero antes de que pudiera expresarlo en voz alta sonó un fuerte timbrazo en el dormitorio. Era la alarma privada de Gerald, un dispositivo que sólo usaba cuando no podía comunicarse conmigo abiertamente. Me puse de pie de un salto y tomé un láser de mano de un cajón de la mesa que estaba junto al sofá.

—No dejes entrar a nadie —le dije a Arlie—. Bajo ninguna circunstancia.

Arlie asintió y me abrazó brevemente. —Vuelve pronto.

Los corredores de Louie Este estaban atestados, con cientos de personas arremolinándose en las entradas de las salas comunes y las proveedurías. Percibí un olor a hashish, a perfume, a rocío de feromonas. Desesperado de preocupación, me abrí paso entre la multitud a los empujones y a los codazos, rumbo a las habitaciones de Gerald, que estaban en el extremo opuesto del módulo. Cuando alcancé la puerta, la

encontré a medio abrir. El preocupado rostro moreno de Ernesto Carbajal espiaba desde allí. Me arrastró hasta el recibidor. La habitación posterior estaba oscura; sobre la alfombra caía un rayo de luz oblicuo, proveniente de la puerta del dormitorio, que estaba abierta unos treinta centímetros, pero que no dejaba ver nada del interior.

—¿Dónde está Gerald? —pregunté.

Las manos de Carbajal dibujaron en el aire gestos delicados e ineficaces, como si estuviese tratando de encontrar un modo seguro de asirse de algo colmado de bordes afilados.

—No sabía qué hacer —me dijo—. No sabía… No..

Lo observé sacudirse y vomitar. Era el hombre de Gerald y Gerald insistía en que era de fiar. Por mi parte, nunca me había formado una opinión de él. Ahora, sin embargo, no detecté nada que me alentara a confiarle mis espaldas. Y por lo tanto, desde luego, determiné que iba a hacer exactamente eso ni bien se presentara la oportunidad adecuada.

—¿Tú accionaste la alarma? —le pregunté.

—Sí, no quise que nadie oyera… el intercom. Ya sabes, él… yo…

—Sí, sí, ya lo sé. ¡Cálmate! —Lo empujé contra la pared y le puse una mano contra el pecho—. ¿Dónde está Gerald?

Sus ojos señalaron el dormitorio; por un instante, la carne de su rostro pareció pegársele a los huesos, perder toda su firmeza.

—Allí —dijo—. Allí dentro. ¡Oh, Dios!

Fue en ese momento cuando supe que Gerald estaba muerto, pero me rehusé a permitir que esa certeza me afectara. Sin importar cuán terrible fuese el panorama del dormitorio, las reacciones de Carbajal —aunque estaban muy bien actuadas— eran demasiado volátiles para un profesional. Aún teniendo en cuenta su relación con Gerald, tendría que haber sido capaz de componerse y mostrar una fachada más laboral.

—Echemos un vistazo, ¿quieres?

—No. ¡No quiero volver a entrar ahí!

—Muy bien —le dije—. Entonces espera aquí.

Crucé el cuarto rumbo al dormitorio, manteniendo el oído atento a cualquier movimiento detrás de mí. Tragué saliva, contuve el aliento. La superficie de la puerta me pareció caliente al tacto y cuando la empujé y la abrí, se me ocurrió que el calor debía ser real, que todo el resplandor que

despedían las lustrosas superficies rojas del interior había penetrado el metal. Gerald estaba tirado en la cama; a la altura del estómago y el pecho tenía un gran hueco carmesí, expuesto y vacío, increíblemente vacío, vacío como una caverna, y había cosas como frutas rojas, relucientes y pulposas, descansando junto a su cabeza, manos y pies. Pero yo no me fijé en lo que veía y mantuve la mirada enfocada en un punto distante. Oí un paso detrás de mí y me volví, poniéndome en guardia, mientras Carbajal, con el rostro distorsionado en una mueca, se abalanzaba sobre mí con una navaja. Tomé el brazo que sostenía el cuchillo, le doblé el codo hacia atrás contra el marco de la puerta, oí el ruido del hueso al quebrarse y el alarido de Carbajal, lo empujé de vuelta a la sala. Carbajal se tambaleó pero no cayó. Se enderezó y comenzó a moverse con cautela, agachándose, apuntándome con el codo destrozado, dispuesto a soportar más dolores con tal de proteger el brazo izquierdo, aún sano. Discapacitado o no, sus puntapiés seguían siendo rápidos y peligrosos. Pero yo sabía que lo tenía atrapado, siempre y cuando actuara con cuidado, de modo que opté por jugar con él en vez de acabarlo con el láser. Cuanto más lo castigara, pensé, menos resistencia pondría en el interrogatorio. Hice una finta y cuando él saltó hacia atrás vi que daba un respingo. Su piel se puso blanca como la tiza. Cada uno de los movimientos que hiciera iba a dolerle mucho.

—Te convendría arriesgar todo de una sola vez, Ernesto —le dije—. Si no lo haces, es probable que te caigas solo antes de que yo te haga caer.

Continuó describiendo un círculo a mi alrededor, sin deseos de malgastar sus energías en responderme; su mirada parecía oscura, rebosante de ira concentrada. Al pasar por el rayo de luz que venía del dormitorio, pareció encenderse de furia: un delgado diablito con el brazo roto.

—No fue el karate lo que te delató, Ernesto. Fue esa ridícula actuación estilo reina del drama. ¡Absolutamente detestable! Pensé que ibas a empezar a golpearte el pecho y a implorarle socorro a Jesús. Por supuesto, esa es la clase de debilidad que parecen tener todos ustedes, los chiflados de la Magnificencia. Son unos arrogantes de mierda; creen que pueden engañar a todos con las tácticas más rudimentarias. Me pregunto a qué se debe. No importa. Dentro de un momento, te permitiré contármelo.

Le ofrecí una brecha, un buen ángulo de ataque. Estoy seguro de que él sabía que era una trampa, pero sentía tanto dolor y estaba tan ansioso de detener ese dolor que su cuerpo reaccionó ante esa brecha antes de que

su mente pudiera cancelar la orden. Balanceó la pierna, describiendo con ella un arco imperfecto. Fui al encuentro del puntapié y lo detuve con un golpe de cadera. Mientras él volaba por los aires y caía, me aferré de su brazo sano y, con un rápido movimiento de torsión, se lo arranqué de la articulación. Lanzó un grito, pero culebreó hasta quedar fuera de mi alcance y se puso de pie, con los dos brazos colgando. Lo hice caer de nuevo, golpeándolo con las piernas, y le hice trizas la rótula derecha con el talón. Cuando sus alaridos se apagaron, me senté en el borde de una mesa ratona y le mostré el láser.

—Ahora podemos hablar tranquilos —le dije vivamente—. Espero que tengas ganas de hablar, porque de lo contrario…

Maldijo en español y me escupió.

—Veo que no hay modo de engañarte, Ernesto. Obviamente, sabes que no saldrás vivo de aquí, no después de lo que has hecho. Pero sigues teniendo una opción vital que puede resultarte de interés. ¿Rápida —blandí el laser— o lenta? ¿Qué te apetece?

Se quedó ahí tirado, sin moverse, jadeando, pestañeando de vez en cuando, con una expresión neutra en la cara, tal vez tratando de pensar en algo que decirme que pudiera salvarle la vida. El aire le silbaba en la garganta, el sudor le perlaba la frente. Mis pensamientos insistían en llevarme de vuelta a esa habitación roja y mientras estaba ahí sentado esa atracción se volvió irresistible. Esta vez lo vi claramente. El corazón estaba sobre la almohada, por encima de la cabeza de Gerald; los demás órganos estaban colocados prolijamente junto a sus manos y sus pies; el hueco carmesí oscuro, con sus pálidos bordes… Cosas escritas con sangre en la pared. Me causó agotamiento verlo, y lo más agotador de todo era que yo estaba como atontado, que no sentía casi nada. Sabía que tendría que reponerme de esta dolencia espiritual y salir a perseguir a Samuelson. No podía confiar en nadie que me ayudara a emprender una campaña… Tomarme una rápida represalia era la mejor opción que tenía. Tal vez la única opción. La Magnificencia tenía una cantidad de defectos. Su arrogancia, la crudeza de sus tácticas, la infraestructura que permitía que ciertas personalidades inestables alcanzaran el poder. Para ser sincero, el miedo y la ignorancia de sus víctimas constituían su mayor fuerza. Pero la imperfección más prominente era que tendían a darles muy poca autonomía a sus subordinados. Si sacaba a Samuelson de la escena, era muy probable

que el resto se dispersara. Y entonces advertí que había algo que sí podía hacer sin dejar nada librado al azar.

—Ernesto —dije—, ahora que lo he pensado, realmente no hay nada que puedas decirme que me interese saber.

—No —me dijo—. No, tengo algo. ¡Por favor!

Me encogí de hombros. —Bueno. Oigámoslo.

—Los jefes —me dijo—. Yo sé dónde están.

—¿La Magnificencia, quieres decir? ¿Esos jefes?

Asintió. —En Administración. Ahí están todos.

—¿Están ahí en este preciso momento?

Algún dolor debe haberlo atormentado, porque dio un respingo y dijo:

—¡Dios! —Cuando se recuperó, agregó—: Sí, están esperando… —Otro acceso de dolor se apoderó de él por un momento.

—¿Esperando que se gane la revolución? —sugerí.

—Sí.

—¿Y de cuántos jefes estamos hablando?

—Veinte. Casi veinte, creo.

Demonios, pensé. Casi la mitad de Administración estaba dedicada al satén negro y a las pesadillas.

Me puse de pie y guardé el láser en el bolsillo.

—¿Qué…? —dijo Ernesto y tragó saliva. Su palidez se había acentuado y me di cuenta de que estaba entrando en estado de shock. Sus ojos oscuros buscaron mi rostro.

—Me voy, Ernesto —le dije—. No tengo tiempo de darte el mismo tratamiento que tú le diste a Gerald. Pero es mi ferviente deseo que te encuentre alguien que disponga de más tiempo. Tal vez alguno de tus hermanos de la Magnificencia. O uno de los amigos de Gerald. Ninguno de ellos, sospecho, considerará tu situación bajo una luz favorable. Y si nadie se acerca a ti en el futuro previsible, supongo que tendré que conformarme con saber que has tenido una muerte lenta. —Me incliné hacia él—. ¿Comienzas a tener frío, verdad? Ya tuviste tu porción de dulce, Ernesto. Ya no tendrás que simular que no tienes un hermoso par de testículos, ni

tendrás que hacerles de dulce Angelina a los chicos duros. Ya no habrá malos tragos para ti, cariñito. Se acabó todo.

Me habría encantado hacerlo sufrir un poco más, pero creía que no iba a poder detenerme una vez que comenzara. Le arrojé un beso, le dije que si el dolor se hacía demasiado fuerte podía tragarse la lengua, y lo dejé solo con lo que, casi con toda seguridad, era el primero de sus recelos finales.

Cuando regresé a mis habitaciones, Arlie me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza mientras le daba la noticia de Gerald. Yo seguía sin sentir nada. Contárselo era como escuchar mi propia voz relatando un resumen del noticiero.

—Tengo trabajo que hacer —le dije—. No puedo protegerte aquí. Quedarías expuesta a que te hagan una visita mientras yo no esté. Tendrás que venir conmigo.

Asintió, con la cara enterrada en mi hombro.

—Tenemos que ir afuera —le dije—. Podemos usar uno de los trineos. Sólo un corto salto hasta Administración, unos minutos allí, y terminamos. ¿Podrás hacerlo?

A ella le gustaba sentir algo sólido bajo los pies; ir al exterior le resultaba una perspectiva de espanto, pero no puso objeciones.

—¿Cuáles son tus intenciones? —me preguntó, mientras me observaba reunir los explosivos que había dejado desparramados en el suelo.

—No son nada agradables —le dije, mirando debajo del sofá. Aparentemente, me faltaban cuatro cargas—. No te preocupes por eso.

—¡No seas descarado conmigo! No soy una cualquiera que acabas de conocer. Tengo derecho a saber qué te propones.

—Voy a hacer explotar ese condenado lugar —le dije, separando el sofá de la pared.

Se quedó mirándome con la boca abierta.

—¿Pretendes volar Administración? ¿Te has vuelto loco de remate? ¿En qué estás pensando?

Le conté sobre los archivos sospechosos y lo que me había dicho Ernesto, pero no alcanzó para calmarla.

—¡Hay otras veinte personas viviendo allí! —dijo—. ¿Qué será de ellos?

—Tal vez no estén en casa. —Volví a empujar el sofá contra la pared—. Me faltan cuatro cargas explosivas. ¿Las viste?

—Es casi la una. Tal vez algunos hayan salido, puedo asegurarlo. Pero ya sean veinte o quince, estás hablando de asesinar a gente inocente.

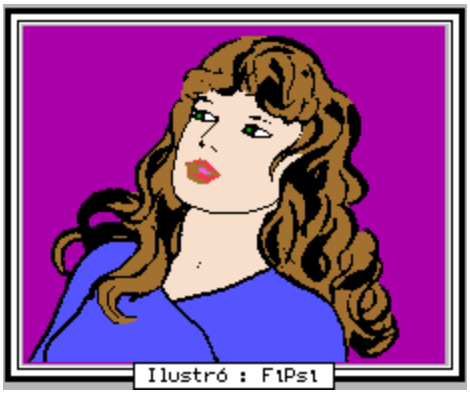
—Mira —le dije, continuando la búsqueda, tumbando sillas para descargar mi furia—. En primer lugar, no son gente. Son directivos de la corporación. Usar la palabra “inocentes” para describirlos tiene tanto sentido como usar la palabra “refinados” para describir los hábitos alimentarios de un cerdo. Más tarde o más temprano, todos ellos terminan apoyando una perforadora neumática en la espalda de algún pobre tipo y haciéndolo sangrar. Y vuelven a hacerlo sin vacilar, porque eso es lo único que esos hijos de puta saben hacer. En segundo lugar, si ellos estuviesen en mi lugar, si tuvieran la oportunidad de librar a la estación de la Magnificencia sacrificando tan sólo veinte vidas, no lo dudarían. En tercer lugar —levanté los almohadones del sofá—, lo que es más importante: ¡no tengo otra opción! ¿Me entiendes? No puedo confiar en que nadie colabore. No dispongo de una fuerza leal que me ayude a sitiarlos. Esta es la única forma en que puedo arreglar las cosas. No me fascina la idea de asesinar, como tú dices, a veinte personas para llevar a cabo lo que es necesario. Y me doy cuenta de que considerarme un villano te hace sentir moralmente superior. Pero si no hago algo pronto, repartirán corazones e hígados por toda la estación como si fuesen recuerdos de una fiesta, ¡y veinte muertos parecerán nada! —Arrojé un almohadón a un rincón—. ¡Mierda! ¿Dónde están?

Arlie seguía mirándome, pero en su rostro ya no se veía indignación.

—No las he visto.

—Bill —dije, invadido repentinamente por una idea—. ¿Dónde se metió?

—¿Bill?



—Sí, Bill. El imbécil. ¿Dónde está?

—Se marchó a alguna parte —dijo Arlie—. Estuvo un rato en el baño, después me fui al dormitorio y cuando salí se había ido.

Me dirigí al baño, esperando encontrar los explosivos allí. Pero cuando se abrió la puerta, lo único que vi fue que el piso estaba salpicado de brillantes hilos de sangre; había más sangre en el lavabo, junto con un cuchillo de cocina, matas de cabello y puñados de toallas de papel hechas un bollo, rojizas. Y algo más: un delgado disco negro, más o menos de las dimensiones de una hostia. Tardé un rato en absorber todo esto, en relacionarlo con las recientes obsesiones de Bill y después de que logré hacerlo la conclusión me resultó difícil de creer. Sin embargo, no pude hallar otra explicación que concordara con las características.

—Arlie —llamé—. ¿Has visto esto?

—No. ¿Qué? —dijo ella, acercándose detrás de mí. Luego—: ¡Dios Santo!

—Ese es su implante, ¿verdad? —le dije, señalando el disco.

—Sí, supongo que sí. ¡Dios mío! ¿Por qué lo hizo? —Se tapó la boca con una mano—. No creerás que él se llevó los explosivos…

—El CCP —dije—. Bill sabía que no podía hacer nada si llevaba al Señor C, así que se libró de ese bastardo. Y ahora fue al CCP. ¡Lo único que nos faltaba! ¡Otro maldito maniático suelto!

—¡Debe haberle dolido muchísimo! —dijo Arlie, pensativa—. Quiero decir que debe haberlo hecho rápido, brutalmente, pues de lo contrario el Señor C habría tenido tiempo de impedírselo. Y yo no escuché nada.

—En tu lugar, no me preocuparía por Bill. ¿Piensas que veinte muertos son una tragedia? Pues piensa en lo que sucederá si hace explotar el CCP. ¿Cuántas personas estimas que estarán pasando de un módulo a otro cuando se desenganchen? ¿Cuántos otros morirán aplastados por las cosas que caigan? ¿Por otro tipo de accidentes?

Volví a la sala, me puse la bolsa al hombro. Le entregué un láser a Arlie.

—Si ves que alguien nos persigue, quémalo. Apunta bajo si no puedes soportarlo, pero úsalo. ¿De acuerdo?

Asintió rígida, ansiosamente, y miró el arma que tenía en la mano.

—Vamos —dije—. Una vez en la cámara de descompresión estaremos bien.

Pero yo no tenía nada de confianza en nuestras posibilidades. Gracias a la codicia de unos locos y a la estrechez mental de nuestro idiota residente, parecía de las perspectivas de todos los que estábamos en Solitaria se volvían más negras con cada segundo que pasaba.

Supongo que en este punto algunos de ustedes dirán que yo tendría que haber previsto que iban a ocurrir cosas muy malas, y luego me echarán en cara que muchas de las cosas que realmente ocurrieron podrían haberse evitado si yo hubiese tomado algunas precauciones básicas y demostrado tener el más leve sentido común. ¿Qué fue lo que me llevó, podrían preguntarme, a salir corriendo de mi departamento, dejando los explosivos desparramados en el piso, de donde Bill podía apropiárselos fácilmente? ¿Y no pude darme cuenta de que su fascinación por el CCP podría llevar a circunstancias peligrosas? ¿Y por qué no supe percibir el potencial destructivo de Bill? Bueno, lo que me llevó a salir corriendo fue la preocupación por mi amigo, lo más parecido a un amigo que jamás había conocido. Y en cuanto a Bill y su potencial peligroso, él nunca había dejado entrever ninguna señal de ser capaz de soportar la clase de dolor que debió haber soportado, o de emplear la lógica lo bastante bien como para planear un acto tan simple como el que perpetró. Estoy seguro de que fue su desesperación la que ideó el plan… ¿y cómo iba yo a suponer que esa desesperación, más el cociente intelectual de una galleta, daría como resultado semejante reacción? No, rechazo tanto la culpabilidad como el crédito. La parte que desempeñé fue más simple de lo que exigía ese complejo giro del destino. Parece que yo sólo estuve allí para terminar las cosas, para estampar los últimos detalles y, al llegar el final, para darles un nombre a los demonios de ese lugar y de ese tiempo. Y sin embargo, quizás, hubo algo mío en toda esa furia de momentos. Quizás vi la oportunidad de alejarme un paso del pasado, si bien fue un paso violento, impulsado por alguna clase de señal, una señal demasiado leve para que la registrara otra cosa que no fuesen mis células, aproveché esa oportunidad. Me gustaría pensar que tuve en mente un propósito más elevado y no que meramente estuve obedeciendo a los imperativos de alguna feroz vanidad.

Acoplamos el trineo a una cámara de descompresión del módulo de Administración, puesto que mi razonamiento era que, si nos veíamos obligados a huir, tardaríamos menos en llegar a Administración que en activar la cámara de descompresión del CCP. Pero en vez de entrar por allí, caminamos por el techo del corredor que comunicaba Administración con el CCP, abriéndonos paso entre cubetas de plástico moldeado cubiertas por el sustrato verdoso plateado dejado por los percebes, pasando cerca de un dispositivo eléctrico, por debajo de un árbol de paneles radiadores treinta veces más altos que un hombre, hasta que ingresamos por la compuerta de emergencia. Había un trineo acoplado junto a ésta y, advirtiendo que seguramente lo había usado Bill, pensé en lo aterrado que debía estar para haber cruzado esa porción de vacío sin la guía del Señor C. Antes de entrar, programé el temporizador de una de las cargas explosivas en medio segundo y la embutí en el bolsillo que tenía mi traje a la altura de la cadera. Me sería posible activar el interruptor con sólo tocar el bolsillo con la palma de la mano. Por si ocurría lo peor.

Las cámaras del interior del CCP estaban funcionando, pero como no había personal de seguridad a la vista tuve que presumir que las alarmas automáticas habían fallado y que —como siempre— nadie se estaba molestando en monitorear las pantallas. No habíamos hecho ni seis metros por la sala principal cuando vimos a Bill, vestido de traje espacial, casco en mano, emerger de detrás de un panel de plástico, uno de los muchos paneles que, como ya mencioné, dividían el cavernoso espacio blanco en un laberinto de cubículos de trabajo. Bill parecía aturdido, perdido, y cuando nos vio no dio señales de reconocernos; tenía un costado del cuello cubierto de sangre seca y la cabeza inclinada hacia ese lado, como cuando uno trata de calmar el dolor aplicando presión sobre la zona lesionada. Tenía la boca abierta, adoptaba una postura laxa y había legañas en sus ojos. Bajo las bandejas de luz fría, su cutis se veía manchado, lleno de puntos rojos, granos que apenas comenzaban a salir.

—Los explosivos —le dije—. ¿Dónde están? ¿Dónde los pusiste?

Elevó erráticamente la mirada, se demoró en mi rostro, sus ojos saltaron bruscamente en dirección a Arlie y luego bajó la vista al piso. Emitió un feo sonido glutinoso al exhalar.

Daba una imagen lastimosa, pero yo no podía permitirme sentir lástima. Estaba furioso con él por haber traicionado mi confianza.

—¡Miserable, desgraciado hijo de puta! —dije—. ¡Dime dónde están!

Le di un golpe la parte posterior de la cabeza con la palma de la mano izquierda; con los nudillos de la derecha, le golpeé la desgarrada herida que tenía detrás de la oreja. Trató de zafarse, dejando escapar un gemido; se llevó las manos al pecho y me empujó débilmente. De sus ojos chorreaban lágrimas.

—¡No lo hagas! —chilló—. ¡No! ¡Me duele!

—Dime dónde están los explosivos —le dije— o te lastimaré más todavía. Te juro por Dios que nunca dejaré de lastimarte.

—¡No me acuerdo! —lloriqueó.

—Te llevo a mi casa —dije—, te protejo, te doy de comer. Lavo tu mugre. ¿Y tú qué haces? Me robas. —Lo abofeteé, haciéndolo chillar—. ¡Ahora dime dónde están!

Arlie me miraba con un brillo duro en los ojos, pero no decía nada. Con un movimiento de cabeza, le señalé el laberinto de paneles.

—Mierda, revisa un poco ¿quieres? ¡No tenemos mucho tiempo!

Arlie se fue y yo volví a Bill.

—Dímelo —le dije, y comencé a darle bofetones en la cara, no muy fuerte pero causándole dolor, haciéndolo tambalear, gemir y lagrimear. Se apoyó contra un panel, con los ojos desorbitados, con una mueca en esa pequeña boquita rosada—. Dímelo —repetí, y luego se lo dije de nuevo, se lo dije con cada bofetada—. Dímelo, dímelo, dímelo, dímelo… —hasta que Bill cayó de rodillas y se agachó, cubriéndose la cabeza con los brazos y gritando:

—¡Allí! ¡Están allí!

—¿Dónde? —le dije, obligándolo a ponerse de pie—. Llévame.

Lo empujé delante de mí, sin soltar el anillo que formaba el cuello de su traje, tironéandolo, sacudiéndolo, sin darle un segundo para que pudiera recuperarse, para que pudiera inventar alguna mentira. Bill chilló, gruñó y suplicó, diciendo “¡No! ¡Basta!”, hasta que por fin se detuvo en seco, dobló una esquina, y allí, descansando sobre una terminal de computadora, estaba una de las cargas, con la luz roja titilando en el temporizador, lo que indicaba que estaba activada. La levanté y tecleé el

código de desactivación. Según la pantalla, habían faltado cincuenta y ocho segundos para la detonación.

—¡Arlie! —grité—. ¡Regresa aquí! ¡Ya!

Tomé a Bill por el anillo del cuello y lo atraje hacia mí de un tirón.

—¿Programaste todos los temporizadores igual?

Bill me miró, sin comprender.

—¡Contéstame, maldito! ¿Cómo pusiste los relojes?

Abrió la boca, hizo un sonido rasposo con la garganta; unos hilos de baba unían sus dientes superiores e inferiores.

Mi reloj interior marcaba los segundos: 53, 52, 51… Considerando el tamaño de la sala, no había esperanza de localizar las otras tres cargas en menos de un minuto. Habría arriesgado una buena suma de dinero apostando a que Bill no había sido consecuente, pero no estaba dispuesto a arriesgar mi vida.

Arlie vino trotando y sonrió. —¡Encontraste una!

—Nos quedan cincuenta segundos —le dije—. O menos. ¡Corre!

No estoy seguro de cuánto tiempo demoramos en cubrir la distancia entre el lugar donde estábamos parados y la compuerta de Administración; pareció una eternidad, durante la cual esperé constantemente que el pasillo se sacudiera, se balanceara, se soltara y se disparara al vacío describiendo un remolino. Tener que arrastrar a Bill obligó a que nuestra carrera fuese considerablemente más lenta; demoré tal vez diez segundos más de lo debido en abrir la compuerta con mi llave codificada. Pero, así y todo, estimo que escapamos cuando estábamos muy cerca del límite de los cincuenta segundos. De lo que *sí* estoy seguro es que cuando sellé la compuerta detrás de nosotros, ya habíamos excedido ese límite. Bill, por cierto, no había sido consecuente.

Cuando atravesé la compuerta interior, descubrí que Administración estaba transformada en un panorama holográfico de hermosas estrellas contra un aterciopelado fondo negro, en el cual, dando la impresión de una incongruencia extrañamente encantadora, se destacaban quince o veinte puertas; un par de ellas estaban abiertas, dejando escapar rayos de luz blanca que parecían provenir de las oficinas de Dios, detrás de las paredes del tiempo y del espacio. Caminamos sobre nubes de gas, nebulosas y constelaciones. Entonces, a unos diez metros de nosotros, vi el cuerpo de

una mujer, tirado sobre un charco de sangre amplio como una mesa. No había nadie más a la vista, pero cuando llegamos a la cámara de descompresión y el contorno de la compuerta por la que habíamos salido del CCP ya era apenas perceptible en el paisaje astronómico, aparecieron tres hombres vestidos de negro por una puerta que estaba más adelante. Les disparé, igual que Arlie, pero con mala puntería. Unos rayos de luz color rubí hicieron humear la expansión estelar que tenían detrás cuando se agacharon para buscar protección. Oí gritos, que fueron respondidos con gritos. Un segundo después, mientras yo intentaba nerviosamente abrir la compuerta, nos dispararon con láser desde varias puertas, obligándonos a echarnos al suelo. Los que nos disparaban podían matarnos fácilmente, pero se regodeaban en apuntar muy cerca sin tocarnos. Por encima de los alaridos aterrorizados de Bill y el siseo del metal ardiente, oí risas. Arrojé el láser a un lado y le dije a Arlie que hiciera lo mismo. Toqué la carga explosiva de mi bolsillo. Pensaba que, de ser necesario, podría detonarla, pero la idea me daba frío.

Un grupo de hombres y mujeres, diez u once de aspecto fuerte, vino hacia nosotros por el corredor, con Samuelson a la cabeza. Como los demás, tenía puesto un pantalón de satén negro y una blusa del mismo material adornada con insignias. Parecían criaturas hechas de la misma sustancia negra y mística que las paredes, el techo y el suelo. Samuelson tenía una amplia sonrisa y asentía, como si nuestra invasión fuese un delicioso interludio que había estado esperando desde hacía mucho.

—Qué amable de tu parte venir a morir con nosotros, John —dijo cuando nos pusimos de pie. Nos rodearon en semicírculo, acorralándolos contra la compuerta—. Nunca esperé tener esta oportunidad. Y has venido con tu mujer, también. Vamos a divertirnos mucho todos juntos.

—Apuesto a que la chica sabe gemir de verdad —dijo un musculoso hombre de pelo negro por sobre el hombro de Samuelson.

—Bueno, pronto lo sabremos ¿no? —dijo Samuelson.

—Inténtenlo —dijo Arlie— y les retorceré los huevos.

Samuelson fijó la vista en ella y luego miró a Bill.

—¿Y cómo se encuentra hoy, señor? ¿Qué lo trae, me gustaría saber, a esta alegre excursión?

Bill le devolvió una mirada aturdida que, pasado un momento, bajo la influencia del semblante feliz de Samuelson, se convirtió en una perpleja

sonrisa.

—Hágame un favor —le dije a Samuelson, moviendo la mano hasta que la palma estuvo casi sobre el interruptor de la carga explosiva que tenía en la cadera—. Hay algo que anhelo saber hace mucho. ¿Esa vestimenta suya viene con ropa interior haciendo juego? Imagino que sí. Considerando el hato de maricas y prostitutas que están detrás de usted, supongo que es de rigor usar bragas negras.

—Para ser alguien que está a punto de doctorarse en alaridos —dijo una mujer a un costado del grupo, una rubia corpulenta con fuerte acento norteamericano y un tatuaje indescifrable en el bíceps— tienes una lengua bastante atrevida, lo reconozco.

—Así son los desafortunados modales de John —dijo Samuelson—. No es muy bueno en la derrota. Será interesante observarlo explorar las fronteras de esta derrota en particular.

Mi mano comenzó a temblar sobre el interruptor y descubrí que era incapaz de controlarla.

—¿Qué ocurre contigo, Samuelson? —dijo la rubia—. ¿Hace falta que juegues a Drácula cada vez que los haces picadillo? Vamos a eliminarlos de una vez y a seguir con lo nuestro.

Hubo una breve discusión acerca de si la mujer tenía derecho de expresar su opinión, de si preparar mentalmente a la víctima era correcto o no, acerca de “degustar la experiencia” y otras estupideces de distinta calaña. Bajo otras circunstancias, me habría reído al ver qué puñado de ridículos ineptos eran esos demonios; hasta podría haber reflexionado sobre la forma en que esa ineptitud explicaba el embrollo terminal en que estaba metida la Tierra, y sobre cómo era posible que semejantes mentecatos hubiesen conseguido tener tanto poder. Pero estaba absorto en el temblor de mi mano, el sudor que me corría por el vientre y la gelatinosa debilidad de mis piernas. Imaginé que sentía la masa fría de los explosivos revolviéndose, pateando, como un niño oscuro y fatal luchando por liberarse del vientre. Antes de que pasara mucho tiempo, tendría que revelar la presencia del explosivo y forzar el desenlace, para bien o para mal, y no estaba seguro de poder hacerlo. Mi mano quería golpear el interruptor, empujada, aparentemente, por el pesado detrito de mi vida violenta.

Finalmente, Samuelson puso fin a la discusión.

—Yo dirijo este espectáculo, Amy. Haré lo que yo quiera. Si deseas discutir la metodología durante la Retirada, te complaceré con todo gusto. Hasta entonces, agradecería tu total cooperación.

Lo dijo con la mansa ultrasinceridad de un sacerdote que reprende a las Damas de la Caridad que organizan una kermesse, pero cuando se volvió para mirarme vomitó toda la furia que debía estar reprimiendo.

—¡Pedazo de animalito! —me gritó—. ¡Estoy hasta las orejas de tus insolencias! Cuando haya terminado con tu zorra y con esa carroña imbécil que tienes detrás, te voy a destrozar!

En ese momento no vi lo que sucedía con Arlie. Alguien trató de manosearla, creo, y sentí un revuelo a mi lado, demasiado breve para considerarlo un forcejeo, y de pronto Arlie tenía un láser en la mano y disparaba. Un rayo de luz carmesí, no más ancho que una aguja de tejer, salió despedido del cañón y le perforó la sien a un compacto hombre canoso, saliendo por la parte superior del cráneo y haciéndolo caer sobre sus compañeros. Otro rayo hizo chisporrotear el hombro de la rubia. Y todo esto muy cerca de mí: gente chillando, tropezando, empujando, dándome codazos, casi haciéndome detonar el explosivo sin darse cuenta. Después le arrancaron el láser de la mano de un golpe y la empujaron, haciéndola caer al suelo. Samuelson se acercó y se paró a horcajadas sobre Arlie, con el láser apuntándole al pecho.

—¡Hazle un tatuaje a esta puta! —dijo la rubia, sujetándola del hombro.

—Espléndida idea —dijo Samuelson, programando el láser—. Para comenzar, le haré una pequeña inscripción. Podemos empezar con algún refrán ingenioso, ¿no crees? O tal vez —rió entre dientes— con “John y Arlie se aman”.

—No —dije, con los nervios más controlados ante esta agresión frontal. Saqué la carga explosiva—. No, usted no hará nada de eso. Porque, a menos que haga lo que debe hacer, dentro de unos dos segundos su querida humanidad estará chorreando cual grasa por las paredes. Contaré hasta tres para que todos suelten sus armas. —Tomé aliento y traté de sentir a Arlie a mi lado—. Uno. —Miré fijo a Samuelson, clavándole los ojos con toda la fogosidad que me quedaba—. Será mejor que les diga qué loco me pone usted. —Enderecé los hombros; recé por que tuviera el valor de apretar el interruptor a la cuenta de tres—. Y dos.

—¡Obedezcan! —le dijo a su gente—. ¡Obedezcan ya!

Todos dejaron caer sus armas.

—Retrocedan —dije, sintiendo alivio, pero también una inercia fantasmal, como si en alguna realidad alternativa hubiera seguido contando y ahora estuviera explotando en llamas y ruinas. Levanté mi bolsa y aferré a Samuelson por la camisa mientras los demás reculaban por el corredor—. Abre la compuerta —le dije a Arlie, que se las había ingeniado para ponerse de pie.

La oí teclear el código y, un momento después, escuché que la compuerta se abría de par en par. Retrocedí, sorteando la puerta, y arrojé a Samuelson al interior de la cámara de descompresión, empujándolo contra Bill, que había entrado dubitativamente por sus propios medios. En ese preciso momento explotó el CCP.

El sonido de la explosión fue inmenso, un golpazo de presión y ruido que me empujó al interior de la cámara de descompresión haciendo eses y flotando, puesto que ya no operaban los sistemas de gravedad artificial. Pero lo que fue verdaderamente aterrador fue el siseo resollante que siguió a la explosión y que indicaba la separación de los pasillos conectores, y el enfermante balanceo del piso, y luego el rugido de la ignición, cuando los motores del módulo transformaron en nave lo que había sido un hábitat. Me imaginé a toda Solitaria desprendiéndose pieza por pieza, y a cada pieza encendiendo los motores y deslizándose hacia la nada, como refulgentes fragmentos del derrumbe de un arrecife eléctrico.

Arlie se había apoderado de uno de los láseres y ahora le apuntaba a Samuelson, urgiéndolo a meterse en un traje espacial, tarea difícil dada la aceleración. Pero él se estaba dando maña. Ayudé a Bill a ponerse el casco y terminé de colocarme el mío justo cuando cesaba el impulso y comenzábamos a flotar a la deriva. Entonces rompí el sello de la compuerta exterior e inicié el ciclo de la cerradura.

Cuando se abrió la cerradura, le dije a Arlie que ella tendría que pilotear el trineo. La miré acomodarse en el arnés de la cápsula cohete; luego amarré a Samuelson a uno de los postes de metal y a Bill a otro. Coloqué el explosivo que tenía en la mano sobre la superficie del módulo y saqué dos cargas más de mi bolsa. Programé los temporizadores en noventa segundos. Mientras lo hacía no pensaba en nada; bien podría haber sido un técnico pelando un cable o un soldador uniendo una junta. Sin embargo,

cuando me preparaba a activar las cargas, fui consciente de que no sólo estaba librando a la estación de la Extraña Magnificencia, sino también del personal de la corporación. Por supuesto, esto ya lo sabía de antes, pero no me había percatado de lo que significaba. En el lapso de un mes, quizás considerablemente menos, los diversos elementos de la estación volverían a reunirse y cuando así fuera, por primera vez en nuestra historia, Solitaria sería un lugar libre, sin que la presencia de la corporación infundiera el temor a Dios y al Planeta Tierra en los corazones y las mentes de los trabajadores. Oh, claro que algunos representantes de la corporación quizás estaban en otros módulos en el momento de la explosión, pero la mayor parte de ellos había desaparecido y los sobrevivientes no podrían reunir demasiado poder; pasarían por lo menos seis meses antes del arribo de sus reemplazantes y de la instalación de una nueva administración. En ese lapso podían suceder muchas cosas. Mi comprensión de todo esto era mucho menos lineal de como lo estoy relatando: me invadió como una pasión, como una esperanza. Y mientras iba activando los temporizadores experimenté una loca sensación de libertad que, aunque entonces no la profundicé, ahora me parece premonitoria e inspirada.

Me amarré a un poste cerca Arlie y le dije que nos largáramos de allí, señalando como punto de destino la red de una dársena de transporte que estábamos pasando de cerca. No vi la explosión, pero vi su fulgor blanco en el visor de Arlie cuando ella se volvió para mirarla; durante un momento, mantuve los ojos fijos en los fragmentos de Solitaria que pasaban silenciosamente a nuestro alrededor, y cuando volví a mirar a Arlie, mientras el fuego reflejado se iba desvaneciendo, revelando sus ojos anchos, adorables y oscuros, no vi odio ni disgusto en ella. Quizás ya me había perdonado por ser el hombre que era. Su mirada no era amable y, sin embargo, no carecía de amabilidad. Sencillamente, era la de alguien que había aprendido a hacer lo era necesario y a convivir con ello. La de alguien cuyo pasado había quemado una sombra que oscurecía su futuro.

Le dije que pusiera los impulsores en reversa y detuviera el trineo. Quedaba una sola cosa que hacer, aunque no estaba tan ansioso de llevarla a cabo como lo había estado alguna vez. Afuera, en la oscuridad, en la nada, con todas esas estrellas apuntándote con sus calientes ojos y tratando de horadarte la mente con sus colores secretos, afuera, en ese desierto absoluto, la disyuntiva de ser el villano o el héroe se vuelve remota. Los pecados más terribles y las virtudes más dulces quedan, a menudo,

comprimidos en medio de todo ese frío sin sol; comparados con la terrible inhumanidad del espacio, los pecados y las virtudes nos parecen cálidamente humanos y comprensibles. Y así, cuando encaré el tema de acabar con la vida de Samuelson lo hice sin regodearme, sin el espíritu vengativo que podría haber demostrado si hubiésemos estado todavía en Solitaria.

Avancé, centímetro a centímetro, hacia el lugar donde había amarrado y asegurado a Samuelson a un poste; apunté el láser a la soga plástica que lo ataba al trineo y la quemé. Sus piernas flotaron hacia arriba y se sujetó del poste con las manos enguantadas.

—¡Por favor, Dios mío! ¡No lo hagas! —dijo con una voz de pánico que el parlante de mi casco convirtió en un sonido pequeño y cómico; bajó la mirada, fijándola en los postes que seccionaban el vacío al que estaba a punto de salir despedido: marcos plateados, cada uno de los cuales encerraba un rectángulo de negro irremediable, algunos conteniendo migajas de luz de mil millones de años de edad—. Por favor.

—¿Qué espera de mí? —le pregunté—. ¿Qué espera de la vida? ¿Piedad? ¿O un reconocimiento al mérito? Mire. —Señalé la extensión de estrellas y poesía, el rompecabezas de hierro de la dársena que comenzaba a acercarse, a dilatarse, hasta convertirse en un inmenso enrejado de vigas entrecruzadas con hebras de luz blanca, con un Marte en fantasmal cuarto creciente por debajo y con el sol como una brasa amarilla—. Usted anhelaba a Dios, ¿verdad? Si Dios no está aquí… ¿dónde está? Ahí tiene a su extraña magnificencia. —Le hice un ademán con el láser—. Impúlsese. Fuerte. Si no se impulsa lo bastante fuerte, iremos por usted y le daremos un empujoncito. Cuando quiera acabar con todo, abra el visor del casco.

Comenzó a suplicar, a regatear. —Puedo hacerlo rico —dijo—. Puedo hacerlo regresar a la Tierra. No a Londres. A Nova Sibersk. A una de las torres.

—Por supuesto que puede —dije—. Y sería muy sabio de mi parte, por cierto, confiar en que cumplirá con su promesa, ¿no?

—Hay maneras —dijo Samuelson—. Maneras de garantizarlo. No es tan difícil. En serio. Puedo…

—Thirwell me sonrió —le recordé—. Cantó. ¿Son sus creencias tan superficiales que usted ni siquiera nos deleitará con alguna melodía?

—¿Quieres que cante? ¿Quieres que me humille? Si eso es lo que hace falta para que me prestes atención, lo haré. Haré lo que sea.

—No —le dije—. No es eso lo que quiero.

Tenía los ojos desorbitados ante la idea de la muerte. Yo sabía lo que él sentía: toda su vida le resultaba, de repente, emocionante, preciosa, nueva; la dimensión y la intensidad de su miedo lo convertían casi en un inocente, casi en alguien limpio y renovado por el conocimiento de que todo este voluptuoso esplendor estaba a punto de continuar por toda la eternidad sin su presencia. Fue un momento difícil y él no hizo un buen papel.

Cuando comenzó a lloriquear, disparé el láser contra la carcaza de su radio para silenciarlo. Levantó una mano para protegerse la cara, temiendo que yo disparara contra el casco. De un puntapié le separé la otra mano del trineo, impulsándolo lentamente hacia atrás en el vacío, rumbo al sol, girando sobre sí mismo, precipitadamente: una corpulenta figura blanca volviéndose un caprichoso juguete inteligente contra el fondo negro de su futuro, como uno de esos monos mecánicos que giran sin parar sobre una barra de plástico. Yo sabía que Samuelson nunca se atrevería a abrir el visor: a mayor villano, mayor la incapacidad de aceptar el propio destino. Tardaría mucho tiempo en morir.

Revisé a Bill —¡estaba durmiendo!— y regresé a mi lugar, junto a Arlie. Nos impulsamos nuevamente hacia la dársena. Pensé en Gerald, en la estación fragmentada, en Bill, pero no pude concentrarme en ellos. Era como si lo que tenía ante mí se me hubiese metido en el cráneo y mi mente ya no fuese una tormenta de impulsos eléctricos, sino una inmensa vacuidad negra iluminada por estrellas diminutas y habitada por cuatro almas, una de las cuales estaba comenzando a conocer, recién ahora, la terrible soledad de su dios ausente.

Dejamos a Bill al cuidado del capitán del transporte atracado en la dársena, el *Ciudad de Acero*, un espantoso nombre para un buque espantoso, picado, gris y de formas desgarbadas, como un triste leviatán. Bill ya no regresaría a Solitaria. Habían revisado las cintas grabadas por las cámaras del CCP y sabían quién era el responsable de la ruptura de la estación, de la pérdida de

casi ciento treinta vidas, de los miles de millones de créditos que habían volado por los aires. Aún bajo circunstancias más felices, Bill no habría podido sobrevivir en la estación sin la guía del Señor C. Y tampoco en la Tierra. Pero allá, al menos, tendría una leve posibilidad. La corporación no tenía ningún especial interés en castigarlo. No estaban del todo insatisfechos con la situación, sino más bien complacidos de haber comprobado que el sistema de emergencia funcionaba, y nos aseguraron que se encargarían de conseguirle una institución donde lo cuidaran. Yo sabía lo que eso presagiaba. Lo encerrarían en un inmenso edificio oscuro con una estatua católica en el centro de su desprolijo jardín delantero y Bill se sentiría fuera de lugar, perdido entre los alaridos de los malditos y los débiles terminales, hasta que, finalmente, por carecer de razones para hacer lo contrario, él también se volvería oscuro, por un tiempo se quedaría acostado y respiraría, quizás alimentándose de vez en cuando, y luego, un día, simplemente dejaría de luchar, abandonaría todo y se extraviaría para siempre en el traqueteo de los platos del carro de la cena, o en un salvaje grito surgiendo como un fantasma desde alguna región del más allá, o en un temblor de luz invernal sobre el rajado piso de linóleo, o en cualquier trocito de claridad al cual pudiese adosarse para separase de los demás. Era horrible considerarlo, pero no teníamos opción. Si volvía a la estación lo harían pedazos.

Faltaban seis horas para el lanzamiento del *Ciudad de Acero* cuando Arlie y yo vimos a Bill por última vez. Estaba en una celda iluminada por una bandeja de biliosa luz amarilla colocada en el techo, luciendo el mameluco gris de la nave; le habían vendado la herida y estaba limpio… y estaba aterrado. Trató de abrazarnos, nos suplicó que lo lleváramos de vuelta a casa y, cuando le dijimos que era imposible, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, hamacándose de atrás para adelante, y se puso a tararear una melodía que reconocí como “Bill Percebe, el Espacial”. Aparentemente, había olvidado su contexto y la crueldad de las palabras. Arlie se arrodilló a su lado y le contó de los animales que pronto vería. Había tigres, taimados como el fuego, le dijo, y elefantes más grandes que aldeas, y pájaros más veloces que la lluvia, y lobos con luces misteriosas en los ojos. También había serpientes, le dijo, serpientes verdes con lenguas de rubí que contaban los cuentos más hermosos del mundo, y le dijo que en las Montañas de la Luna se habían oído gritos tan melodiosos que nadie se atrevía a ir en busca de la criatura que los había proferido por miedo a ser inmolado ante el panorama de tanta belleza, y el viento, le dijo, el viento

también era un animal y a los que lo escuchaban cuidadosamente les confiaba su nombre en susurros y se los llevaba a dar la vuelta al mundo en un día. Aves luminosas como la luna, enormes lagartijas que rugían cuando oían un trueno como si estuvieran respondiendo una pregunta, osos blancos con garras doradas y destinos mágicos. Bill iba a un país de las maravillas, y ella esperaba que nos llamara para contarnos de todas las cosas asombrosas que haría y vería.

Observándolos, pude percibir más claramente a Bill de lo que jamás lo había percibido. Supe que no le creía a Arlie, que sólo estaba simulando creerle, y allí reconocí su coraje, las obstinadas y limpias ganas de vivir que habían estado sepultadas bajo años de abusos y privaciones. No era físicamente valiente, en lo más mínimo, pero yo sabía qué fácil era ostentar esa clase de valentía: para dar la impresión de estar fogosamente loco sólo se requerían algunas tretas y una cierta indiferencia por la vida. Y dudé de que yo hubiera podido soportar todo lo que él había sufrido: la incesante fatiga de la humillación, el seco rechazo, las derrotas sexuales, la monstruosa soledad. Años de eso. Décadas. Dios sabe que Bill había cometido una estupidez abismal, pero también que nosotros lo habíamos empujado a ello, que lo habíamos amenazado y atormentado y que, en retribución —en un acto de egoísmo y desesperación, lo admito, aunque de egoísmo en su forma más refinada, de desesperación en su encarnación más bondadosa—, él había tratado de salvarnos, de obligarnos a amarlo.

Saber que un hombre o una mujer tienen coraje ya es saber bastante. Tal vez habríamos sabido más cosas de Bill si le hubiésemos permitido florecer, si le hubiésemos dado a su fortaleza alguna palanca contra la cual probarse a sí misma y, por lo tanto, crecer. Pero, en ese momento, saber lo que ya sabía me pareció más que suficiente y me abrió la puerta a todos los sentimientos que había estado reprimiendo, especialmente al recuerdo de Gerald. Advertí que mi relación con él —en realidad, la mayoría de mis relaciones-había sido similar a la que tenía con Bill: había evitado el verdadero conocimiento del otro, la verdadera intimidad. Tuve ganas de llorar, pero lo más lamentable era que iba a llorar por mí mismo.

Finalmente, llegó la hora de irnos. Bill nos manoseó, nos dio torpes abrazos, se colgó de nosotros, pero no con tanta desesperación como podría suponerse; él se dio cuenta, estoy casi seguro, de que no habría suspensión de su sentencia. Y también es posible que haya pensado que no se la merecía. Estaba avergonzado, creía que había hecho mal, y por eso fue que,

con una actitud pudorosa, para nada exigente, me preguntó si le pondrían otro implante, si yo podía ayudarlo a conseguirlo.

—Sí, claro, Bill —le dije—. Haré todo lo posible.

Volvió a sentarse en el suelo y se tocó la herida del cuello.

—Ojalá estuviera aquí —dijo.

—¿El Señor C? —dijo Arlie, que había estado hablando con un joven oficial que acababa de entrar para llevarnos de regreso a nuestro trineo—. ¿De él estás hablando, querido?

Bill asintió, con la vista en el piso.

—No tengas miedo, cariño. Conseguirás otro amigo allá en la Tierra. Uno mejor que el Señor C. Uno que no te va a lastimar.

—No me importa que me lastime —dijo Bill—. A veces hago cosas malas.

—Todos hacemos cosas malas, mi amor. Pero no siempre es necesario que nos lastimen por eso.

Levantó la vista y la miró como si estuviera loca, como si no pudiera imaginarse una circunstancia en la que una mala acción no fuese seguida de un dolor.

—Santas palabras —dijo el oficial—. Te prometo que te cuidaremos muy bien, Bill. —El oficial había estado haciéndole el amor a Arlie con los ojos y decía esto sólo para impresionarla con sus sentimientos humanitarios. Lo más probable era que, ni bien nosotros nos perdiéramos de vista, comenzara a patearlo y a gritarle. Arlie no se dejó engañar.

—Adiós, Bill —dijo ella, tomándolo de la mano, pero Bill no devolvió el apretón y su mano se escabulló de las de ella, desplomándose sobre su regazo. Ya estaba retrayéndose de nosotros, retrocediendo hacia su miseria privada, incapaz ya de manufacturar una fachada de valentía. Y cuando la puerta se cerró, la primera de muchas puertas, dejándolo solo en ese enfermante espacio amarillo, se puso las manos a los costados de la cabeza, como si su cráneo no pudiera contener un terrible dolor, y comenzó a hamacarse de atrás para adelante y a decir, casi cantando las palabras, como lo hace un amargo monje al entonar sus desesperanzadas letanías:

—Oh, no… oh, no… oh, no…

Unas setenta y cuatro horas después de la destrucción del CCP y de la dispersión de Solitaria, regresó la luminave *Perseverancia*… regresó con una precisión tan pavorosa que si la estación hubiese estado situada donde debía las energías liberadas por la aparición de la nave al salir del nivel supralumínico habrían aniquilado a toda la instalación y a todos los que estaban a bordo. Los percebes, tal vez percibiendo una enorme sobrecarga de luz a través de sus fotósforos… los percebes, y un idiota, habían demostrado ser más sabios que el resto de nosotros. Y además este regreso no fue un regreso común y corriente por otro motivo: porque resultó que el viaje de la *Perseverancia* había tenido éxito. Había un nuevo mundo esperándonos en el otro extremo de la nada; un mundo virgen, un jardín de posibilidades, un desafío a nuestros corazones y un faro para nuestras almas.

Me comuniqué con la corporación. Ellos, por supuesto, ya estaban enterados de la noticia y también reconocían que, si Bill no hubiera actuado, la *Perseverancia* y todo lo que había a bordo habrían resultado destruidos, junto con Solitaria. Se complacían en certificar que Bill era un héroe y que sería tratado como tal. ¿Cómo es eso?, les pregunté. Promociones, espacios especiales en los noticieros, celebraciones, desfiles, respondieron ellos. Lo que Bill quiere realmente, les dije, es volver a Solitaria. Bueno, por supuesto, dijeron, veremos qué se puede hacer. Cuando llegue el momento oportuno, dijeron. Lo trataremos muy bien, no se preocupe. ¿Qué les parece otro implante?, les pregunté. Sin duda, no hay problema, cualquier cosa que necesite. Cuando corté la comunicación, comprendí que, ahora que Bill era un héroe, su destino sería muy poco diferente del que tenía cuando era un simple tonto y un villano. Ahora lo usarían, le sacarían el jugo a su historia mientras los beneficiara y luego lo descartarían, lo ubicarían en un sitio que no le correspondería, lo extraviarían, lo abandonarían y lo echarían a circular en el torbellino de las masas formadas por los inútiles, los condenados y los olvidados.

Aunque yo, en combinación con otros, ya había elaborado un plan de acción, esta duplicidad de parte de la corporación endureció mi posición en su contra, y en consecuencia me aboqué con energía a la implementación de ese plan. Dentro de unas semanas, la *Perseverancia* y tres naves más que pronto estarán terminadas se lanzarán hacia el nuevo mundo. A bordo de ellas estará la tripulación de Solitaria, menos algunos miembros poco simpáticos del personal que han sido declarados sin vida, y

los pobladores de otras estaciones más pequeñas que están en el cinturón de asteroides y orbitando Marte. La propia Solitaria y todas las demás estaciones serán destruidas. La corporación demorará décadas, tal vez un siglo, en reconstruir lo que se ha perdido, y para cuando estén en condiciones de llegar a nosotros, esperamos habernos fortalecido, haber fabricado una sociedad libre de corporaciones y de Extrañas Magnificencias, compuesta de gente que haya aprendido a sobrevivir sin los cupos y los detestables consuelos de la Tierra. Es un viejo sueño, este deseo de decir “Basta, Nunca más” y de construir una sociedad limpia de viejas compulsiones y corrupciones, de modos de vida antiguos y viciados; tal vez es un sueño fútil, tal vez el hecho de que haya que incluir en la lista a hombres como yo, hombres violentos, hombres que siempre harán lo necesario, hombres que se protegerán de todos los enemigos sin pensar en la decadencia moral, predestina el fracaso de ese sueño. No obstante, es preciso que ese sueño se sueñe con frecuencia, y nosotros estamos preparados para ser los soñadores.

Así que esa es la historia de Bill Percebe. Y también mi historia y la de Arlie, pero sobre todo la de Bill, aunque el verdadero papel que tuvo en ella, la materia de sus pensamientos y esperanzas, el dolor que sufrió y el miedo que superó nunca podrán ser contados. Tal vez ustedes lo han visto recientemente en el HV, o incluso en persona, viajando en un automóvil descapotado, acompañado por hombres vestidos de traje, cerrando algún desfile, tomando un helado y sonriendo, pero, en realidad, él ya es historia, ya es parte del pasado, ya está medio olvidado, y cuando la última puerta se le haya cerrado, es posible que todos sus actos queden reducidos a una insignificante nota al pie de página, o a la simple mención de su nombre, la más leve prenda de una vida. Pero yo lo recordaré, no a título de conmemoración, no como un héroe, sino como lo que era, con toda su falta de gracia y sus formas lastimosas. Es de absoluta importancia recordarlo así, porque, según he llegado a entender, a ellos, a los descarnados y a los deformes, a los feos, a los miserables milagros de nuestros días, a la inmaculada vileza de la existencia, es a quienes debemos aprender a amar, a aceptar, a abrazar, si es que queremos poner fin a las contradicciones que nos debilitan, si es que queremos admitir alguna vez nuestra funesta fragilidad, confrontarnos con el terror natural y con las desgarradoras vicisitudes de nuestras vidas, y vivir como un fuerte haz de luz que cruza el cielo y no ocultándonos en la oscuridad.

Los percebes han regresado a Solitaria. O, mejor dicho, nuevas colonias de percebes se han adosado a la estación recientemente re-unida, sin cubrirla completamente, pero vistiéndola de parches. Me he aficionado a salir a caminar entre ellos, a entresacarlos como hacía Bill. Se me ha despertado el interés por ellos; siento curiosidad por saber cómo percibieron que se aproximaba una nave desde años luz de distancia, y tengo intenciones de llevar algunos con nosotros en el viaje para tratar de estudiarlos. Sin embargo, lo que me compele a hacer estas caminatas es menos una curiosidad científica que una especie de nostalgia furiosa, un deseo de recordar y de no perder de vista el objeto central de esos momentos que han alterado tanto la dirección de nuestras vidas, de pensar en Bill y en cómo debe haberle resultado a él, un temeroso guiñapo de hombre con una voz inteligente en el oído, solo en esa inmensidad intimidatoria, fijar los ojos en esos brillantes coágulos de vida que había a sus pies. Arlie me acompañó a una caminata recién hoy y me pareció que paseábamos por el borde de un infinito ojo oscuro salpicado de trillones de puntos de color, y que ese ojo podía ver todo lo que había en nuestras almas y en todas las demás almas, que yo podía mirar a la Tierra, atravesando la bruma y la escoria de su océano de aire, y ver a Bill mirando hacia arriba y tratando de encontrarnos en ese cielo moteado, y elaboré todas las misteriosas asociaciones que elabora un hombre cuando necesita creer en algo más que lo que él sabe real, y traté de decirme que Bill estaba bien, caminando por su jardín de Nova Sibersk, tomando aire con una mujer idiota, tan hermosa que casi lo volvía sensato. Pero no pude sustentar esa fantasía. Sólo pude lamentarme por él, sin tener ningún derecho a lamentarme, puesto que nunca lo amé… o, si lo hice, aun del modo más mezquino, nunca lo amé por su persona sino por lo que obtuve de él, por las cosas que despertaron en mí con lo sucedido. Sólo el pensamiento de que pude haberlo amado: tal vez eso es lo único a lo que tengo derecho.

Cuando íbamos de regreso a la cámara de descompresión de Louie Este, Arlie se agachó, arrancó un percebe macho y lo levantó. Era verde oscuro, como una esmeralda, a excepción de su rechoncho apéndice. Refulgía mágicamente, plagado de hilos coloridos, como barniz de alfarero.

—Qué raro es —dije—. Nunca antes vi este color.

—A Bill le habría encantado —dijo ella.

—¿Encantado? Diablos. Se habría colgado esta maldita cosa al cuello.

Volvió a colocarlo en su lugar y lo observamos mientras comenzaba a avanzar trabajosamente por la superficie del parche de percebes con sus lentas y torpes volteretas, casi perdiendo el equilibrio, balancéandose en el aire, casi malogrando el aterrizaje, pero de alguna manera haciendo bien las cosas, de alguna manera llegando a donde quería. Se instaló a la sombra de un equipo de comunicaciones, sacó la lengua y trató de alimentarse. Lo miramos un largo, largo rato, sin pronunciar más palabras, aunque en cierta forma había una pequeña verdad suspendida en el espacio, entre nosotros, en el silencio, una cosita que no valía la pena nombrar, o que quizás ni siquiera tenía nombre, que era un trocito infinitesimal de todo lo que existía… y a la que le permitimos nutrirnos lo más que pudiera, y de la que tomamos su esplendor para sumarlo al nuestro. La bebimos hasta la última gota, degustamos todos sus sabores y luego, del brazo, volvimos adentro, a reincorporarnos a la mentira del mundo.

Título original:
Barnacle Bill the Spacer
© 1992, Lucius Shepard
Traducción: Claudia De Bella

Anticipos

Axxón

En los próximos números de esta mágica revista…

- Ficciones de Tarik Carson, Charles Sheffield, Chuck Rothman, Federico Schaffler, Roberto Bayeto, Guillermo Lavín, Angélica Gorodischer, Carlos D. J. Vázquez, Mauricio J. Schwarz, Edward James O'Connell III, Héctor G. Oersterheld, Jack McDevitt, Brooks Peck, Ursula K. LeGuin, Larry Niven y muchos más.
- En el #54 el PORTAL FANTASTICO, la VENTANA CYBERPUNK y el TOUR MACABRO ¡Juntos por primera vez en la Historia!

Equipo Axxón

Axxón

- Director: Eduardo J. Carletti
- Director de Arte: Rodolfo Contin
- Administración: Carlos Chiarelli

Colaboradores

- Leandro D. Conde
- Claudia De Bella
- Alejandro Alonso
- Andrés Urtubey
- Carlos D. Vázquez
- Juan Kovac
- Gladys Canizzo
- Alejandro Molina
- Jorge Korzan

Secciones

- Portal Fantástico: Carlos E. Ferro
- Tour Macabro: Fabián Labeau
- Ventana Cyberpunk: Christian Vallini
- Crónicas desde la Garrafa Virtual: Alejandro Alonso, Andrés Urtubey
- BITS (Ciencia y Tecnología): Eduardo J. Carletti
- Rescate: Carlos Chiarelli

ePUB

Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**